



SS

**SERVICIO
SECRETO**

CLIFF BRADLEY

**RONDA DE
LADRONES**

CLIFF BRADLEY

Konda de ladrones

1.^a EDICIÓN
FEBRERO - 1956



EDITORIAL BRUCCIANA, E. A.
BARCELONA — BUENOS AIRES

**OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS
POR ESTA EDITORIAL**

En Colección BISONTE:

249. -- Sangre en las Vegas. 273. -- Juego peligroso. 282. -- Rencillas trágicas. 307. -- Una misión endiablada. 312. -- Contra la traición. 315. -- En deuda con el crimen. 328. -- Un hombre de Texas. 333. -- Cimarrón. 341. -- Dos forasteros en Rawhide. 356. -- El acto de los muertos. 368. -- Dextery vuelve. 395. -- Furia fronteriza.

En Colección BUFALO:

12. -- Río San Juan. 33. -- El valle sin ley. 42. -- Gato salvaje. 62. -- Ases en la manga.

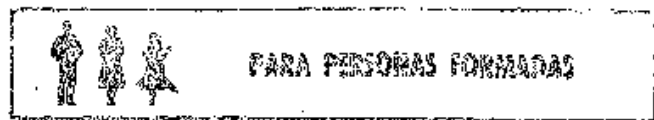
En Colección S. SECRETO:

157. -- Veracruz. 182. -- Casa mayor. 190. -- Donde los hombres mueren. 200. -- Buscando la muerte. 245. -- La sombra de Madame. 273. -- La muerte roba diamantes.

En Colección PANTERA:

2. -- El desconocido. 5. -- Pecos. 29. -- Sólo los bravos.

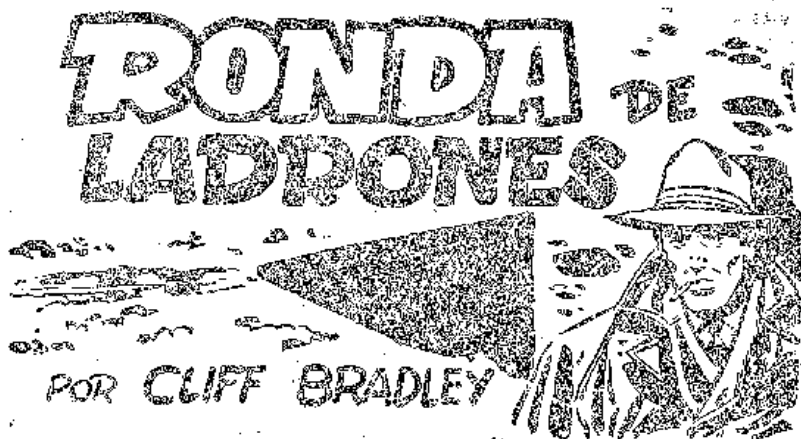
COMPLICACION DE DIFERENTES ASPECTOS MORAL



PRINTED IN SPAIN

Reservados los derechos para la presente edición

Impreso en los talleres de
Editorial Bruguera, S. A. - Profecto, 2 - Barcelona.



CAPÍTULO PRIMERO

Pierre Vallon se plantó sobre sus largas piernas y se quedó contemplando la escena con el máximo interés. Diez largos años de ausencia recorriendo todos los caminos del mundo no le había quitado totalmente el recuerdo del paisaje donde había transcurrido su niñez, y ahora se regodeaba contemplándolo, casi con el mismo sentimiento del que recobra un juguete perdido...

Aquí estaba de nuevo. En Laffite, después de tantos años...

Y Laffite no había apenas cambiado en todo el tiempo. La, misma avenida de magnolias y encinas partiendo en dos la población y formando un extraño dibujo de luces y sombras en la calzada polvorienta. Al fondo, el arroyo Mariposa, llevando sus perezosas aguas hacia el golfo, y a la derecha, las aguas verdosas del lago, reflejando la luz solar en destellos cegadores. Todo alrededor, árboles y más árboles. Y unas cuantas docenas de edificios, la mayoría mucho más viejos que sus moradores. Negros, mestizos y unos blancos, todos por igual de perezosos... y se acabó.

Ahora mismo estaban algunos de ellos mirando con mal disimulada curiosidad su alta y bronceada figura parada en medio de la plaza, donde poco antes había dejado el camión de servicio entre Laffite y Nueva Orleans. A buen seguro, todos ellos y los que no podía ver, se estaban preguntando quién sería él y a qué había venido.

Hasta donde llegaban sus recuerdos, siempre había ocurrido así

en Laffite... Y, desde luego, mal podían figurarse que él era el pequeño Pierre Vallon...

Un hombre de mediana edad y pequeña estatura, pero de una anchura extraordinaria, incluso para un hombre más alto, estaba reclinado indolentemente en una hamaca bajo la veranda del edificio de la policía. Fumaba uno de los negros cigarros de la región, y no le quitaba ojo de encima. El rostro delgado de Pierre se distendió en una sonrisa al imaginarse lo que aquel hombre estaría pensando de él. Y tomando su maleta del suelo, avanzó a su encuentro despaciosamente, saludando al llegar a la veranda.

—Buenos días, Comisario.

El comisario —pues lo era, de no mentir la insignia prendida en el chaleco—, se quitó despaciosamente el cigarro de la boca, mirándole con interés. Más de cerca, la impresión extraordinaria que causaba se hacía más patente. A primera vista parecía un hombre grueso, pero en realidad no tenía ni un gramo de grasa. Era todo músculos. Su cara, un poco ancha, de aspecto torpe y mandíbula saliente, ostentaba el adorno de unos bigotes como manillar de bicicleta, negros al igual que su cabello, brillante de pomada y su correa y pistola.

—Buenos los tenga, forastero —dijo despacio en mal inglés. Desde luego, pensó Pierre, era un mestizo—. ¿Qué le trae por aquí?

No le conocía. Era natural. Un hombre cambia mucho de los dieciséis a los veintisiete... Pierre dejó que una ancha sonrisa vagara por su rostro naturalmente agradable, y contestó en francés:

—Estoy de vuelta en el viejo hogar, simplemente.

—¡No me diga! —los ojos del policía se animaron un poco—. ¿Es usted de por aquí? Nunca le he visto...

—Eso debe ser porque falto hace casi once años de Laffite. Mi nombre es Pierre Vallon. Supongo que conocerá a mi abuelo...

El policía se levantó de la hamaca y plantóse firme sobre sus pies. Sus ojos escrutaban ahora la cara de Pierre con súbito interés, y había proyectado hacia adelante la barbilla. Habló despacio, con un tono que nada gustó a Pierre. ¡Vaya, vaya...!

—¿Pierre Vallon, eh? El nieto del viejo Jean Robert, del lago Dubac. Supongo que llevará encima algún documento que le acredite...

—Desde luego —repuso Pierre con voz tensa.

Ahora ya no le gustaba la cosa, decididamente. Aquí ocurría algo que él ignoraba. Algo que no era bueno...

—Tengo todo lo que necesite. ¿Quiere decirme...?

—Un momento. Si no tiene ningún inconveniente, pasaremos

adentro. Hace aquí demasiado calor...

Sí, algo malo había ocurrido... Conteniéndose, Pierre volvió a tomar su maleta y siguió al otro al interior de la casa. Un policía joven, pelirrojo y pecosito, con cara inteligente y fea, le miró curioso, y dejó su trabajo, esperando las palabras del que le precedía, el cual fue a sentarse detrás de la mesa, demostrando con ello ser el jefe. Pierre se preguntó si ya habría muerto el viejo Duresne... y siguió mirando a Pierre mientras le presentaba.

—Jimmy, te presento a Pierre Vallon, el nieto del viejo Jean Robert, del Durac. Al menos, él asegura llamarse así...

Su tono, y la curiosa expresión del llamado Jimmy, soliviantaron a Pierre, irritándole. Echó mano a su cartera, sacando algunos papeles, que alargó al policía de más edad, diciendo seco:

—Aquí están mis documentos, y puedo enseñar también mi pasaporte. Además, supongo que aún quedarán en el pueblo gentes que me recuerden. Incluso al anterior jefe policial... el viejo Antoine Duresne...

—Murió hace tres años de un empacho de balas —fue la tranquila respuesta. Las manos del policía eran grandes y fuertes. Tomó los papeles echándoles una rápida ojeada, y se los devolvió enseguida, mirándole a los ojos. Está bien, Vallon, no hay ninguna duda de que es usted. ¿Qué estuvo haciendo por ahí durante todos estos años? Su abuelo solía contar a veces muchas cosas, pero nadie las creía demasiado...

Pierre sintió helársele la espalda ante aquella mención en pretérito.

—Estuve en muchos sitios, e hice muchas cosas.

—¿En la guerra también? Según parece, usted se escapó de casa y falsificó sus documentos para alistarse...

—Bueno, eso no es ningún crimen, me parece...

—Desde luego que no. Ni tampoco el haber ganado la Medalla de Honor en Okinawa. Pero desde entonces acá parece ser, según su abuelo, que usted anduvo trajinando mucho...

Esta curiosa forma de interrogatorio, llena de reticencias, estaba poniendo tensos los nervios de Pierre. Asintió con voz dura y poco amistosa.

—Así es. ¿Tiene alguna orden de arresto contra mí?

—Ninguna —el policía pareció darse cuenta de las cosas—. Y perdone todo esto. Pero es que su llegada nos ha cogido de sorpresa...

—Quiero dársela a mi abuelo, eso es todo.

La rápida mirada que cambiaron los policías volvió a hacerle

sentir frío. El de más edad tornó a hablar, ahora con un nuevo tono de voz, más suave... y poco tranquilizador.

—¿Cuánto tiempo hace que no tiene noticias de su abuelo, Vallon?

—Casi medio año. Encontré una carta suya en el consulado norteamericano de Estambul. ¿Por qué?

—Su abuelo hace casi tres semanas que murió.

Con que era esto... Pierre aspiró hondo, expeliendo el aire lentamente. Su abuelo, el viejo trampero de las marismas, el único pariente que le quedaba, había muerto... Rememoró los años lejanos, cuando le llevaba por todos los escondidos caminos de las marismas, enseñándole pacientemente las mil y una trampas y triquiñuelas de aquella tierra difícil y hostil, y de sus salvajes moradores. Su abuelo había sido su maestro y su amigo, haciendo a la vez de padre y madre... y ahora... estaba muerto...

—¿Cómo ocurrió la cosa?

—Aparentemente, le mordió una mocasín —fue la plácida respuesta. Y Pierre se envaró, consciente de que el frío que le volvía ahora a la médula tenía otro significado. Uno ominoso...

—¿Qué quiere decir con eso, exactamente?

Los ojos de ambos policías estaban clavados en él ahora. Habló el más viejo:

—Lo encontró Jimmy en su cabaña, cuando hacía una ronda de rutina. Llevaba ya varios días muerto, y en su muñeca izquierda aún tenía las mareas de los dientes de una mocasín. La autopsia reveló que una serpiente de esa clase fue la causante de su muerte.

—¿Está seguro? —la voz de Pierre cortaba como un látigo.

—Esa fue la evidencia.

—En la isla donde mi abuelo construyó su casa no había mocasines. Nunca las ha habido, al menos mientras yo permanecí en ella. Mi abuelo las exterminó hace treinta años, y se jactaba siempre de que ninguna había vuelto a meterse en su isla.

—Eso dijeron algunos de sus amigos. Pero, por lo visto, una sí lo hizo...

Pierre apretó las mandíbulas, proyectando la inferior hacia adelante.

—Usted está insinuando algo, Comisario... Usted sabe, como todo el mundo aquí, que donde hay mangostas no sobreviven las serpientes, y menos sé arriesgan. Mi tío tenía mangostas en la isla. ¿O no?

—Varias.

—¿Pues entonces...?

—¿Quién podría tener interés en matar a un viejo trampero sin un centavo? Él vivía últimamente con lo que le enviaba usted, más que con nada, según parece. Y todo el mundo le quería. Nadie extraño anduvo por la región en aquellos días. Y nada apareció tocado en la casa...

Estaba claro que el policía quería decirle varias cosas. No había motivos legales para hablar de crimen.

Pero debía haberlos para pensar que el asunto no estaba del todo claro. Y, no obstante, los oficiales no querían concretar. ¿Por qué?

—Hay muchas cosas que no me gustan en lo que usted me ha dicho, Comisario —habló duro—. ¡Y me gustaría que fuera más explícito!

—No puedo serlo, porque nada hay que explicar. Nosotros hicimos las averiguaciones de rigor, y certificamos con el doctor muerte accidental por mordedura de reptil. No había otra cosa que decir. Por otra parte, hemos estado interesándonos en encontrarle a usted, pero parece que se mueve mucho y muy aprisa; de modo que nada conseguimos. Al parecer, es usted el único heredero legal de su abuelo, ¿no es eso?

—Exactamente. Pero no creo que haya mucho que heredar.

Otra vez cambiaron los dos policías aquella mirada rara... Y seguían mirándole así cuando dijo, despacio, el más viejo:

—Pues... así debería ser. Que yo sepa, su abuelo solo es propietario de la isla que bautizó con su nombre, y un centenar de hectáreas de pantanos y pequeñas islas que formaban su coto de caza particular. Hace como cuarenta años largos que lo adquirió, por unos cuantos dólares, y en realidad, no valen ahora mucho más. Tenemos un testamento suyo de hace seis años, dejándole heredero de todos sus bienes. Ni siquiera valdría la pena de meterse en un lío por apoderarse de ese trozo de tierras pantanosas...

—Y, no obstante, usted no acaba de asegurarse a sí mismo que mi abuelo sufrió un simple accidente. Bien, gracias por sus informes. Buenos días. Ya pasaré por aquí uno cualquiera de estos...

Ninguno de los dos policías pareció interesado en llevar la conversación más adelante. Se limitaron a contestar con un calmoso y seco «hasta la vista». Pierre recogió su maleta y salió bruscamente, lleno de irritación contra ellos, y de preocupaciones por lo que había sabido. Cuando estuvo ya lejos, atravesando la solitaria plaza, el más joven de los dos policías habló al otro.

—Va tan furioso como un toro fogueado. ¿Por qué no le ha dicho todo lo que hay? Se va a llevar una buena sorpresa cuando llegue a

la isla...

El policía grueso, encendió despacio su cigarro, y habló despacio también:

—Eso es precisamente lo que quiero. Que vaya descubriendo cosas por sí mismo.

—¿Te fijaste en sus ojos?

—¡Y tanto! Cuando supo que su abuelo había muerto de modo poco claro, parecieron helarse de pronto, y al mismo tiempo lanzar chispas. Me parece que este Pierre Vallon debe ser un sujeto peligroso...

—Cuando un hombre gana la Medalla de Honor suele ser bastante peligroso... Por lo que yo sé, este mestizo de francés, español y tejano, va a resultar un gran quebradero de cabeza para alguien antes de mucho tiempo. Y va a ayudarnos más de lo que a muchos les agradaría a desentrañar ciertos hechos misteriosos que tú y yo conocemos, y respecto a los cuales nada hemos podido averiguar hasta la fecha. Ya verás cómo su llegada a Laffite pone toda la zona en conmoción...

CAPÍTULO II

Una hora después del mediodía, Pierre Vallon abandonó Laffite en un pequeño bote con motor fuera de borda que había alquilado poco antes a un antiguo conocido suyo. Llevaba en el bote provisiones para una semana, y ahora sus aprensiones habían llegado a un punto muy elevado. Varios eran los conocidos de su niñez y adolescencia que había encontrado, pero en todos ellos halló la misma reticencia a hablar de la muerte de su abuelo. Parecía como si la gente, en Laffite estuviera temerosa de algo... Y el sexto sentido de Pierre, que tan bien le sirvió a lo largo de diez años de guerra y vida aventurera, le estaba diciendo ahora con fuerza que había peligro. Peligro inminente, alrededor...

Apenas abandonó el pequeño embarcadero se dio cuenta de que los que hasta entonces habían permanecido más o menos ocultos espiándole, ya no lo hacían. En la orilla estaban el policía grueso — Henry Michel le habían dicho se llamaba — el viejo Estrainges, del almacén, y algunos otros, mirándole marchar. A buen seguro que todas estas gentes sabían algo, algo que no querían, o no se atrevían, a decirle...

Los perdió de vista al torcer el próximo recodo del arroyo, y con un suspiro procedió a sentarse a popa, manteniendo sujeta la caña del timón. Esto no estaba claro... Conocía bien esta tierra de Luisiana del Sur, con sus pequeñas comunidades aisladas por los pantanos y la selva. Los hombres hablaban poco, y recelaban mucho. Había muchos que vivían más o menos al margen de la Ley... Pero él era uno de ellos, se había criado entre ellos, su abuelo había sido amigo de la mayoría de los hombres de esta región. Aquel silencio de ahora no era nada natural. Tan poco natural como la muerte de su abuelo mordido por una mocaín en un lugar donde no habían aparecido mocaínes en treinta años, y siendo él mismo el mejor experto de la región, a prueba de culebras...

Conforme avanzaba por el estrecho camino acuático, fue rememorando la vida y costumbres de los habitantes de la zona, tal como se conservaban en sus recuerdos. Le iba a ser necesario antes de mucho, si no se equivocaba...

La Tierra Temblona, como se llama en Luisiana del Sur a las grandes extensiones de pantanos, cerca de la costa, es una vasta región de praderas cenagosas surcadas por arroyos serpenteantes, y

zonas de montes, todo ello densamente poblado de especies vegetales y formando en conjunto un laberinto casi impenetrable para quien no esté muy familiarizado con la región. La habitaban los llamados «quemados», mestizos de tres razas que preferían vivir alejados de la civilización y de sus inconvenientes, cazando, pescando y cultivando reducidas extensiones de terreno propicio. Eran una raza aparte, arisca y recelosa, que seguía viviendo a su manera, con las mismas costumbres de sus antepasados de cuando la Luisiana era francesa o española. Él francés, muy mezclado de palabras españolas, era su lengua, y muchos de ellos ni sabían expresarse en inglés. Las escuelas estaban a grandes distancias unas de otras, y los niños de los alrededores acudían a ellas remando durante horas en sus piraguas. Con intervalos regulares pasaba un «barco-iglesia» o «buque de misa» como ellos le llamaban, y un cura realizaba los casamientos y bautizos. Entre las visitas del barco-iglesia, las parejas que deseaban casarse recurrían a la antiquísima costumbre de saltar por encima del palo de la escoba, con lo cual ya se consideraban casados, hasta que llegaba algún día la iglesia flotante y la unión se celebraba eclesiásticamente. Todo el mundo vivía aquí calladamente, sin pedir nada al exterior, fuera de que les dejaran tranquilos. Un extraño remanso de vida primitiva en los trepidantes Estados Unidos del siglo XX... una hora más tarde, la canoa de Pierre salió del arroyo para comenzar a zigzaguear por entre los canales del lago Ponca, hasta que al fin alcanzó la extensión de tierras libres de su centro. No se veía a nadie por allí, y el sol de la tarde llenaba de oro las verdes inmensidades selváticas. Millares de pájaros se ocultaban en los espesos cañaverales, a juzgar por su algarabía, y alguna que otra bandada revoloteaba de pronto para volverse a posar más lejos. De vez en cuando, se oía el ominoso chapuzón de los gaviales...

Atravesó la superficie despejada, conduciendo, el bote por un arroyito angosto orillado de espesos camelotes que apenas si dejaban paso, y pronto entró en los sombríos pasajes del pantano Six Miles, donde enormes cipreses acuáticos se elevaban sobre el precario terreno tendiendo sus ramas cubiertas de musgo sobre las aguas densas y amarillas, y los enormes mangles de amplias copas y flores de enfermiza belleza alargaban sus grandes raíces como tentáculos de pulpos entrelazados en sombría maraña, por entre la que pululaban serpientes, lagartos y otros pobladores inquietantes de la zona pantanosa. Mientras avanzaba, Pierre descubrió dos o tres gruesas serpientes de agua que al oír el ruido del motor se desenroscaban, escapándose por entre las raíces de los mangles; y

en cierta ocasión un caimán de musitado tamaño, que tras mirarle desde una caleta cenagosa se chapuzó en el agua amarilla, desapareciendo. También habían lechuzas mirándole curiosas desde las oscuras copas de los árboles, cuervos de reluciente plumaje y feos buitres de cuello pelado y ojos sanguinolentos. En los parajes donde el arroyo era más estrecho y las ramas formaban como un arco de follaje, los ojos alerta de Pierre no perdían un detalle de la verde bóveda. Las serpientes —la mocasín, la «fer de lance»... — solían estar enroscadas en las ramas altas y caerle encima a uno cuando menos, lo esperaba... Este era un sitio donde únicamente la gente más audaz se atrevía a meterse después de oscurecer, porque, según la tradición, abundaban los fantasmas, los aparecidos, las luces malas y otros representantes del otro mundo.

Pierre se alegró cuando por fin el bote emergió de las sombrías regiones del pantano y entró, marchando suavemente, por las aguas del ancho arroyo que sale por el sur del lago Ponca. Hacia la derecha se extendían campos de caña de azúcar en crecimiento, ostentando su tierno colorido verde. Y más adelante vio la pluma de un guinche que se elevaba sobre un conjunto de casas, al lado de un desembarcadero.

Aquel era el poblado de Tres Mangles, formado por una docena de casas y un pequeño comercio. Pierre recordaba al comerciante, un tipo llamado Ledoux, antaño amigo suyo y de su abuelo. Pero no se detuvo y siguió adelante, aun cuando pudo ver al hombre salir de su almacén y quedarse mirándole, como asimismo algunas mujeres y chiquillos. Tal vez ya supieran su regreso. Aquí, en los pantanos, las noticias circulaban con sorprendente rapidez...

La plantación se angostaba ahora formando una cuña de tierras cultivables, como una daga que se internara en el corazón de la tierra cenagosa circundante. A ambos lados de la vía de agua, el enorme pantano extendíase ahora de horizonte a horizonte, presentando una abrumadora monotonía de verde. Era una Vastísima alfombra de pasto que flotaba sobre una superficie barrosa cuya profundidad no se medía por metros, sino por kilómetros. Innumerables arroyitos desembocaban en la vía de agua principal y se perdían en la bruma azulada de la distancia como cintas dejadas caer descuidadamente, mientras en algunas partes, aglomeraciones arbóreas indicaban islas de tierra firme. Debido a lo tardío del invierno en el Norte, las migraciones de las aves no se habían iniciado aún. Bandadas de patos silvestres y otras aves acuáticas se elevaban en lento vuelo al paso del bote. Centenares de gansos azules, tan gordos que apenas podían volar, levantaban el

vuelo ruidosa y trabajosamente al ser espantados por el ruido del motor.

El sol se encontraba ya casi en la raya del horizonte cuando el bote dobló una curva del arroyo y Pierre descubrió a lo lejos un espinazo largo y bajo que se elevaba apenas unos metros sobre los altos pastos. Las manchas de cañaveral alrededor de su parte baja indicaban que aquello era «tierra pisable», o sea tierra por la que se podía andar con cierta seguridad. Pierre sintió una leve opresión en el pecho al verlo. Aquel era el extremo sur del lago Dubac. El lago en sí estaba al otro lado, una extensión de agua e islitas verdes de tres millas de largo por dos y media de anchura máxima, rodeado por tres lados de tierra relativamente firme y al otro lado por pantanos peligrosos. Durante diez años, aquel trozo de mundo perdido entre las ciénagas había sido su reino y su hogar...

Alcanzó la tierra alta, cubierta de tupida selva. El arroyo la atravesaba durante casi una milla, y luego salió a la extensión de aguas tranquilas, moteada de pequeños amontonamientos de verdor lujuriante y llena con la algarabía de millares de pájaros que saludaban la puesta de sol.

Sintiendo cada vez más fuerte la opresión de los recuerdos, Pierre enfiló el bote por entre las islas, espantando bandadas de pájaros, ratas almizcleras, lagartos, nutrias, serpientes y otros moradores de las islas. Conocía al dedillo, a pesar del tiempo transcurrido, cada palmo del lago. Hubiera podido guiar el bote con los ojos vendados...

Al fin salió a un espacio despejado, frente a una isla de unos doscientos metros de largo que emergía de las aguas tranquilas, empenachada de vegetación. Hacia su mitad había un embarcadero de maderos, y detrás, una casa de bastante buen aspecto. De la chimenea de la casa salía humo, y delante de ella, cerca del embarcadero, había dos hombres, los cuales empuñaban sendos rifles.

Pierre se enderezó, poniéndose rígido. Aquella era la casa de su abuelo, pero había sufrido modificaciones. Resultaba más grande, más bonita... y estaba habitada. Habitada por gentes que no parecían muy amistosas...

Apretando los dientes, soltó el botón de la funda de la pistola. No iba a dejarse intimidar, desde luego. Quienesquiera que fuesen aquellos dos, tendrían que explicarle qué hacían allí, y con qué derecho.

Llevó deliberadamente la canoa al embarcadero, la detuvo, y ató el extremo de una cuerda a uno de los postes, atando el otro al

banco trasero. Luego saltó arriba y se encaró con los dos hombres.

Pudo verles claramente, a diez metros de distancia, pues ellos se habían acercado, sin abandonar su inamistosa actitud. Uno de ellos era un gigante de pelo crespo y tostadas y fieras facciones, labios abultados y ojos feroces bajo cejas hirsutas. Posiblemente medía un par de metros, y hasta Pierre, que no era precisamente bajo y endeble, parecía ser muy poca cosa para él. Vestía unos pantalones usados de color oscuro, recias botas y una camisa a grandes cuadros rojos y azul oscuro, abierta sobre el fuerte pecho velludo. Era blanco, desde luego. Pero no parecía americano. El rifle semejaba de juguete entre sus manos potentes.

El otro era menudo de cuerpo, y parecía un niño al lado del gigante. Moreno cetrino, de pelo lacio y tal vez de treinta años de edad, chupadas facciones y enérgica expresión. Así como el gigante llevaba un cuchillo de caza al cinto, este usaba una pistola.

Los dos le contemplaron en silencio agresivo, mientras Pierre hacía lo mismo. Y cuando él avanzó, el gigante le detuvo con una seca orden en mal inglés:

—¡Quieto, si estima la vida! ¿Qué viene a hacer aquí?

Sintiendo que le hervía la sangre, Pierre replicó duramente:

—Eso mismo pregunto yo. ¿Qué hacen ustedes en mi casa?

—¿Su casa? —pareció pasar una ráfaga de sorpresa por los ojos del gigante—. ¿Quién rayos es usted?

—Soy Pierre Vellon, y ya me estoy cansando de ver esos rifles. Quiero saber quién les dio permiso para meterse en mi propiedad, y van a decírmelo deprisa, si no quieren que...

El gigante avanzó tres pasos con gesto de pocos amigos. Parecía muy capaz de destrozar a Pierre sin recurrir al rifle, y este se encogió ligeramente de hombros, llevando la diestra a la pistola, aunque bien le constaba cuán pocas probabilidades tenía contra aquellos dos.

Entonces ocurrió algo inesperado. Una voz de mujer, vibrante y armoniosa, rompió el silencio llegando de la casa.

—¡Espera, Juan!

CAPÍTULO III

Se detuvo el gigante, y el sorprendido Pierre pudo mirar hacia donde había venido la oportuna orden, dicha en español, idioma que conocía bien.

Una mujer estaba en la puerta de la casa. Una mujer joven, desde luego, vestida con una blusa blanca y una falda verde con adornos de flores. ¿Quién era, y qué diablos hacía aquí?

Mientras se lo preguntaba «in mente», ella avanzó con movimientos suaves y elásticos, hasta llegar a la altura del gigante. A pesar de que al lado de este parecía menuda, Pierre se dio cuenta de que en realidad era alta para mujer. Y muy hermosa... Una de esas bellezas morenas que solo pueden verse al sur del Río Grande. Pelo casi negro, largo, anudado en trenzas que se enrollaban sobre la nuca formando un gracioso y favorecedor peinado, grandes ojos negros, rasgados y atrayentes como un abismo, boca jugosa, fresca, quizá un poco grande, y tez algo tostada, al igual que la piel de los redondos brazos. Había decisión en su mirada y en el firme mentón, y exquisita femineidad y delicadeza en toda su apariencia. Mirándola cada vez más intrigado, Pierre se dijo que ella no era, desde luego, una mujer del pueblo.

Ella le estaba mirando a su vez con más interés que recelo. Volvió a inquirir en fluido español:

—¿Quién ha dicho que era, Juan, y a qué ha venido?

Antes de que el gigante contestara, lo hizo Pierre, en correcto español:

—Me llamo Pierre Vallon, y soy el dueño legal de esta isla, señorita. Mi abuelo construyó esa casa y vivió aquí durante cuarenta años. He venido a tomar posesión de lo que es mío.

Tanto su firmeza y aplomo como sus palabras y el que se hubiera expresado en su idioma, parecieron afectar a la joven. Parpadeó, perpleja, por un instante. El gigante la interpeló sin perder de vista a Pierre.

—Puede ser una añagaza de Gaylord, señorita. El sobrino...

—Espera, Juan. Dice usted que es Pierre Vallon. ¿Lleva encima algún documento que acredite su personalidad?

Sonriendo duro, él asintió, mientras se decía que aquello iba resultando cada vez más interesante. Sacó del fondo de la chaqueta sus papeles, tendiéndoselos.

—Esta mañana me han preguntado lo mismo en Laffite —habló seco—. Parece ser que hay mucha gente por aquí interesada en asegurarse que no miento.

—Es bueno asegurarse siempre, señor —fue la ambigua respuesta, mientras ella examinaba con atención los documentos.

Luego pareció satisfecha del examen, y también aliviada. Se los devolvió, esbozando una sonrisa que le iluminó el rostro de singular atractivo.

—Perdone nuestra desconfianza, señor Vallon; pero usted que ha vivido aquí, sabe cuán necesaria suele ser para no correr sorpresas desagradables. Está bien, Juan; el señor es Pierre Vallon. ¿Quiere acompañarme a la casa? Juan y Alonso se encargarán de su equipaje. Tiene su habitación dispuesta desde hace meses, y de veras me alegra su regreso. Yo soy Isabel Ojeda. Observo que habla usted nuestro idioma muy bien...

Le tendió la mano, pequeña y cuidada, con una sonrisa cordial. Pierre la tomó aturdido, diciéndose que esta mujer joven, hermosa y agradable que tenía delante, resultaba tan desconcertante como todo lo demás.

—Encantado de conocerla, señorita Ojeda —repuso—. Y sí lo hablo bastante bien. Estuve algún tiempo en Sudamérica. Pero yo...

Ella ya estaba soltándose, y se volvió, andando hacia la casa.

—¿No le hablaron de nosotros en Laffite? —inquirió sin mirarle.

—No. Por eso me ha sorprendido... ¿Es que tenían que hablarme?

—Pero le hablaron de la muerte de su abuelo...

—Desde luego —ahora ya estaba Pierre de nuevo sobre sí—. Lo hizo el jefe de policía.

Ella se volvió un poco a mirarle de reojo.

—¿Qué le dijo?

—Muy poca cosa. Que le había picado una serpiente, y que lo encontraron muerto en esta casa.

Los grandes ojos negros se le quedaron mirando, especulativos.

—Sí —habló ella, despacio—. Eso es lo que oficialmente se dijo. Pero fueron muchos los que hallaron rara esa muerte. ¿Lo sabe?

—Yo también. Mi abuelo había exterminado las serpientes en la isla, y mantenía algunas mangostas aquí. Además, oía una culebra a media milla. En treinta años, que yo sepa, ninguna culebra cruzó el agua para entrar en la isla.

—Tal vez esa no vino por sí misma...

Súbitamente, pareció enfriarse el aire alrededor de Pierre. Consciente de todo el ominoso alcance de las palabras de la joven,

la miró fijamente a los ojos.

—Sí, pudo haber sido eso. Pero, ¿por qué?

Ella estaba seria ahora. Por toda respuesta, le indicó la casa.

—Venga. Me parece que tenemos que hablar un poco usted y yo. Lo haremos antes de cenar, si no tiene en ello inconveniente.

En silencio, llegaron a la casa y penetraron en su interior. En rápida ojeada Pierre comprobó los muchos y grandes cambios experimentados en la casa. La habitación que servía de comedor, cocina y cuarto de estar antaño, era ahora un saloncito lleno de montones de cosas que nunca estuvieran allí. Visillos, cojines, cómodos sillones, muebles buenos... La chimenea había sido dejada, pero más como un adorno que como otra cosa. Y se abrían tres puertas, una a la derecha y dos al fondo. El techo también había sido reconstruido, y todo estaba agradablemente limpio y acogedor.

—Tuvimos que hacer algunas reformas —explicó la muchacha, a su lado. Al mirarla de nuevo, Pierre comprobó por primera vez lo exquisito y turbador de su belleza de un modo puramente subjetivo y emocional. Ella usaba también un perfume muy grato, y personal...

—Ya lo veo —repuso, carraspeando—. Y ha quedado una casa preciosa. La felicito, pero no...

Sonrió la muchacha.

—Pero no comprende cómo yo he gastado todo este dinero y me he tomado tanto trabajo en arreglar una casa que no me pertenece. ¿No es así?

—Pues... poco más o menos.

Ella se dirigía a un bargeño de madera tallada, del que sacó una botella y unas copas, poniéndolo todo en una bandeja, con la que regresó a la mesa que ocupaba el centro de la habitación. El gigante y el llamado Alonso entraron portando el equipaje de Pierre, que dejaron a un lado, en el suelo. La muchacha le invitó.

—Siéntese, por favor. Lo que voy a decirle le parecerá demasiado extraordinario, y puede incluso que se figure que le estoy tomando el pelo. Le doy mi palabra de que no es así. ¿Lo quiere seco o con agua? Su abuelo lo prefería seco.

De modo que ella había conocido a su abuelo... Pierre estaba tan sobre sí como pocas veces en su vida lo estuvo.

—Seco, desde luego. Y no imagino que usted tenga ningún interés en engañarme.

—Gracias. No lo tengo. Bien —se sentó. El gigante se puso a sus espaldas, mirando a Pierre, mientras el otro hombre iba a sentarse

cerca de la puerta y oteaba al exterior—. Creo que debo sacarle de dudas con respecto a mi interés en arreglar la casa. Yo soy la dueña de esta isla ahora.

—¿Cómo? —Pierre dejó el vaso con fuerza, y se inclinó hacia adelante—. ¿Quiere decir que mi abuelo se la vendió antes de morir?

—Exactamente es lo que hizo. Con una condición. Que cuando usted regresara, si quería recobrarla, yo se la debía vender por el mismo precio que él me cobró: cien dólares.

Pierre volvió a tomar el vaso, y lo apuró de un trago. No podía suponer que ella estuviera burlándose, ni mintiéndole. Su expresión era más bien ansiosa, alerta... Y no obstante, todo aquello era absurdo. ¿Qué hacía ella aquí, llena de recelos, enterrada en un rincón perdido de las marismas? ¿Cómo llegó aquí, conoció a su abuelo, y por qué le compró la isla? ¿Por qué esa venta increíble? Eran demasiadas preguntas sin respuesta...

—Tal vez yo no haya oído bien —dijo despacio—. ¿Dice usted que mi abuelo le vendió sus propiedades por cien dólares a condición de que usted me las volviera a vender por el mismo precio cuando yo regresara?

—Así es. Si usted las quería comprar.

—¿Tiene pruebas de eso?

—Puedo mostrarle copia de la escritura legal que obra en poder de un notario de Nueva Orleans.

—Ya... Bueno, pues no lo entiendo. Mi abuelo sabía que sus tierras valían bastante más de esos cien dólares... Y con los arreglos que ha hecho usted a la casa... A no ser que usted y él estuvieran locos al hacer ese trato, no lo entiendo. Ni muchas otras cosas.

—¿Por ejemplo?

—¿Qué hace usted aquí y por qué compró?

—Me lo pidió su abuelo, y quise hacerle ese favor. El recelaba que alguien quería apoderarse de sus tierras. No me dijo quién, ni por qué. Yo necesitaba residir en esta región por una temporada. Tengo mis motivos... Así que hicimos el trato. Dos días después de haber firmado la venta, su abuelo murió. Yo estaba entonces con Juan en Laffite, preparándome para trasladarme aquí. Íbamos a hacerlo cuando llegó el policía más joven trayendo el cadáver. Entonces, nos vinimos para acá los dos. Alonso llegó luego.

—Ya. Eso explica muchas cosas. De todos modos, no lo entiendo. En el pueblo, la policía se muestra reticente, mis viejos conocidos también, y nadie me habla de ustedes y esa venta que hizo mi abuelo. El vende su propiedad a usted por la vigésima

parte, o menos, de su valor, y usted la compra, gasta aquí su dinero, y debe estar dispuesta a vendérmela de nuevo, cuando me ha hablado de esa cláusula...

—Exacto. Con una condición.

Pierre se envaró ligeramente.

—¡Ah, vamos! Hay una condición... —dijo suave; y ella asintió.

—Sí. Usted debe saber que su abuelo era un poco descuidado en sus cosas. No se puso esa condición por escrito. Fue un trato verbal. Tenía confianza en mí, me dijo. Y después de todo, yo no iba a quedarme aquí de por vida, ni me importa este trozo de marisma y los pocos dólares que pueda valer.

—Entonces...

Ella hizo una pausa efectista, antes de contestar:

—Señor Vallon, su abuelo fue asesinado.

Pierre respiró hondo, ensanchando el pecho, y guardó un minuto de silencio antes de contestar. Mientras, observó las caras de sus interlocutores.

La muchacha aparecía como nunca ansiosa, y a la vez decidida y sincera. Estaba diciendo la verdad, cualquiera que esta fuese... En cuanto al gigante, su expresión era dura y hermética. Estos dos temían algo, sabían mucho... y le necesitaban, para lo que fuera. Bien...

—¿Tiene pruebas?

—Usted mismo ha dicho que su abuelo había exterminado las serpientes aquí, y que las olía a media milla. Yo estuve aquí varios días, y nunca me tropecé con ninguna. Habían, y siguen habiendo, algunas mangostas, más que suficientes para mantener la isla limpia de ofidios. Y, no obstante, una mocasín pudo llegar desde la orilla del lago, atravesar el agua, meterse en la casa y morderle en la mano sin que nada se lo impidiese. Bueno, Juan encontró señales en la casa de que alguien estuvo registrándola... y no fue el policía.

Consciente de que sus nervios se habían apretado, Pierre inquirió:

—¿Por qué no contaron eso a la policía?

—Por varias razones. Una, que las pruebas eran demasiado insignificantes para formar evidencia. Otra, que somos extranjeros. La tercera y de más peso, porque estoy segura de que quien trajo la serpiente no lo hizo para matar a su abuelo, sino para matarme a mí.

CAPÍTULO IV

Por un momento, el silencio se cernió sobre todos, como una manta húmeda y espesa. Pierre estaba asimilando la nueva, y sorprendente afirmación, mientras trataba de encontrar en las expresiones de los otros algo que le guiara... sin mucha fortuna. Habló al fin, lentamente, dejando caer una a una las palabras.

—Así que a usted... ¿Cómo lo sabe?

—Ellos no sabían que yo no estaba aquí esa noche. En realidad, nosotros debíamos haber venido con su abuelo, pero nos detuvimos a esperar a Alonso, y él marchó solo. Estaba durmiendo en la habitación que yo ocupaba. La serpiente debieron introducirla por la ventana, entreabierta, mientras dormía. Y hay más. Desde entonces se ha atentado cuatro veces contra mi vida, sin resultado, por fortuna.

—¡Ajá! Eso es muy interesante... ¿Por qué no dieron parte a la policía?

—No podemos permitir que la policía se meta en esto —fue la sorprendente respuesta—. Ello echaría a perder nuestros propios planes.

De nuevo se hizo el silencio. Pierre sopesaba todos los pros y contras de la situación, mientras sobre él estaban fijas las miradas de la muchacha y el gigante.

Al cabo, inquirió:

—Todo esto me parece un tremendo embrollo, y, desde luego, no lo acabo de entender. Y usted dice que yo debo hacer algo para recobrar la propiedad de mi abuelo. ¿Es algo referente a esos intentos de asesinato?

—Y al asesinato de su abuelo. Supongo que lo querrá vengar...

—Desde luego... quienquiera que sea el que lo matase, y si es que fue asesinado.

La muchacha esbozó una ligera sonrisa.

—Comprendo su desconfianza... Es natural que usted no se fíe de nosotros, pues somos extranjeros y no nos conoce, encontrándonos aquí en misteriosas y oscuras circunstancias. Bien, como aún nos queda tiempo para la cena, le voy a contar la historia, desde que comenzó...

Hizo una pausa efectista, y luego rompió a hablar con voz queda, monótona, y de sedante influjo.

—Nosotros somos peruanos, señor Vallon. Desde los tiempos de la conquista, los Ojeda han sido gente de pro en mi patria, y siguen siéndolo. Quiero decirle con esto que tenemos alcurnia, posición social y riqueza bastante para mantenerla...

»Hace tres años, mi padre sufrió un accidente montando a caballo en una de nuestras haciendas, y quedó paralizado de ambas piernas... obligado a vivir en silla de ruedas. Nosotros éramos dos hermanos, mi hermano Carlos y yo. Él me llevaba cuatro años, y estaba casado, teniendo dos hijos de muy corta edad. Le digo esto para que comprenda más tarde el porqué de mi presencia aquí...

»Hace cuatro siglos, el primer Ojeda que llegó al Perú, tuvo la oportunidad de salvarle la vida a un próximo pariente de Huáscar, el último inca. Gracias a mi antepasado, el noble indio pudo escapar a una matanza ordenada por Bizarro y Quesada, y huir a la región amazónica, según parece. Años más tarde, un indio llegó a la casa de mi antepasado en Lima. Era el noble que este había salvado, y vino a darle algo: una joya. Un pectoral de oro finamente trabajado con un adorno de siete esmeraldas dispuestas en forma de estrella. Según el indio, aquella joya tenía un gran poder mágico y mientras se conservara en la familia de los Ojeda, estos gozarían de ventura y prosperidad. Él se la daba en prueba de agradecimiento y amistad eternos.

»Mi antepasado agradeció el presente, y aun sin hacer mucho caso de las palabras acerca de su poder, lo guardó, y dio alojamiento al indio. A la mañana siguiente este había desaparecido, y no se le volvió a ver.

»Fuera verdad el poder de la joya, o simple coincidencia, dos días más tarde llegaron de España despachos concediendo a mi antepasado un alto cargo que había solicitado sin muchas esperanzas tiempo atrás. Y poco más tarde casó con una dama linajuda y rica, viviendo en paz y prosperidad durante muchos años. A su muerte, confió la joya a su primogénito, hablándole de la conseja. Y desde entonces hasta hace dos años, el pectoral de esmeraldas fue la más preciada y bien guardada joya de los Ojeda. También desde entonces y a través de todas las vicisitudes sufridas por el Perú, la familia prosperó y vivió felizmente. Por ello el pectoral era guardado casi con superstición por nosotros, ¿comprende?

—¡Hum! Perfectamente —aseveró Pierre, preguntándose a dónde iría ella a parar—. Verdad o coincidencia, lo segundo es demasiado continuo para que uno fuera a desprenderse de la joya esa...

—Exacto. Bueno, al correr de los siglos, algunos Ojeda hablaron de la joya y su leyenda, e incluso fue enseñada a personas de toda confianza alguna vez. Excusado es decir que, aparte su valor digamos moral, el intrínseco y arqueológico es de gran magnitud. Hubo quien, burlándose de la leyenda, ofreció grandes sumas por ella; pero los Ojeda contestaron siempre con una sonrisa...

»La joya no salió nunca de nuestra casa solariega. En tiempos de guerra o de revuelta, se la escondía en un lugar secreto solo conocido por los miembros, de la familia. Normalmente, en el fondo de un arcón antiguo de recio roble contrachapeado con refuerzos de acero e incrustado en el piso del despacho de los señores de la casa.

»Hace dos años, poco más o menos, mi hermano se había quedado en casa, mientras nosotros íbamos a una playa cercana, donde tenemos una quinta. A mi padre le agradaba estar allí, y por otra parte, Carlos tenía asuntos que resolver en Lima. De modo que, como le digo, se quedó en casa, con dos de los criados, varón y hembra, viejos a nuestro servicio...

Hizo ella una nueva pausa, crispando los labios en un rictus de tristeza, que también apareció en sus ojos. Pero casi enseguida cuadró los hombros y siguió:

—Cómo ocurrió la cosa, no hemos podido, ni tampoco la policía, concretarlo del todo. Pero a la mañana siguiente, los criados encontraron el cuerpo sin vida de mi hermano echado sobre la alfombra al lado de la mesa del despacho, forzado el arcón, y robadas todas las joyas que en él había, incluso el pectoral.

»Excuso decirle cómo nos afectó la pérdida de mi hermano. Mi padre enfermó gravemente, y estuvo en trance de morir. Las mujeres, sobre todo mi madre y mi cuñada, casi se volvieron locas de dolor... Hicimos cuanto estuvo en nuestra mano para que fueran descubiertos los asesinos. La policía peruana no dejó un resorte por tocar...; pero todo fue inútil durante casi un año.

»Luego se descubrieron pistas verídicas. Uno de los criminales fue capturado, y confesó el delito. Lo habían planeado y ejecutado entre tres. Un peruano, un francés y un norteamericano. Asesinaron a mi hermano tras entrar en la casa forzando una ventana alta, y robaron las joyas, escapando con ellas. El americano parecía ser el jefe, y quién lo planeó todo. El que había sido capturado —el peruano— solo sabía que se llamaba Moster. A él le dieron parte de las joyas, pero el pectoral se lo quedó el americano; de eso estaba seguro, pues parecía muy interesado en él.

»Más tarde, y mediante sus datos, el francés fue capturado en

Brasil, y su confesión coincidió con la del peruano. Moster fue identificado como un tal Lon Reaves, peligroso *gangster* de Nueva York, y se pidió su captura a la policía norteamericana. Pero entonces supimos que había sido muerto poco antes durante un robo a mano armada.

»Entonces tomé yo el asunto en mis manos. Mi padre no podía, y el pectoral tenía que ser recuperado a cualquier precio, así como castigado el inductor del robo y asesinato de mi hermano. Yo tenía una pista. Tanto el francés como el peruano habían coincidido en que su cómplice deseaba el pectoral para vendérselo a un coleccionista, que había ofrecido pagar un alto precio por él. Y ese coleccionista debía hallarse en los Estados, pues de allí había venido directamente Reaves.

»Le haré gracia de los detalles, pues no son necesarios. Bástele saber que al fin localicé al inductor y comprador. ¿Ha oído hablar de «Blind» Gaylord?

Pierre silbó quedo.

—¿El magnate de los cabarets?

—El mismo. Ya está retirado de sus negocios, al menos en apariencia. Y tiene una enorme colección de objetos raros y valiosos. Oyó hablar de nuestro pectoral en un viaje que hizo al Perú, y quiso comprárselo a mi padre. Pero este se negó en redondo y ni se lo quiso enseñar. Gaylord volvió a los Estados, contrató a Reaves, y luego le compró el pectoral. Ahora lo tiene en su poder.

—Bueno, entonces la cosa es fácil, ¿no? Con recurrir a la policía...

—Olvida usted que no poseo pruebas concretas, y que nadie las tiene de que Gaylord tenga en su poder el pectoral. Sé que es así, pero no puedo probarlo. Y él tiene mucha influencia, mientras que yo soy una extranjera...

—¡Hum! Toda la historia es muy interesante, pero no veo por ninguna parte el motivo de su estancia aquí y todo lo demás...

—¿Conoce el lago Saville?

—Ciertamente. Está a unas ochos millas al norte...

—Gaylord ha comprado la tierra alrededor de ese lago y el mismo lago, edificando una casa que es una fortaleza, en sus orillas. Vive aquí, servido por media docena de criados, y escoltado por otra media docena de guardaespaldas, que son todos antiguos *gangsters*. Nadie puede entrar en su casa sin ser invitado previamente. Y no invita a casi nadie. Cuando sale de viaje, la casa queda custodiada como si fuera una posición militar.

—¡Ajá! Eso quiere decir que él tiene ahí su colección...

—Eso mismo. Y nosotros estamos aquí para recuperar el pectoral.

—De dentro de una casa fortificada y guardada por doce pistoleros... —Pierre estaba más sobre sí que nunca—. Me parece una tarea un poco difícil, ¿no cree?

—Así es, máxime cuando Gaylord ya sabe mi presencia aquí, y está sobre aviso. Como le digo, ha intentado ya asesinarme varias veces, y mató a su abuelo por equivocación. Quiere quitársenos de encima cuanto antes, y no reparará en medios...

—Y usted no está dispuesta a levantar el campo sin llevarse su pectoral, ¿no es así?

—Exactamente.

—Ya... Sueno, ¿qué papel me ha asignado a mí en este asunto?

—Usted debe ayudarme a recobrar el pectoral, y desenmascarar a Gaylord para que pueda ser llevado ante los tribunales. A cambio de eso, le venderé esta posesión de nuevo. Y habrá vengado a su abuelo.

—Perfecto. Y claro, yo debo hacerlo, aunque solo sea por lo segundo...

Los ojos negros le estaban mirando fijamente, de un modo penetrante y turbador. Y ella habló muy suave...

—Su abuelo le quería mucho, señor Vallon. Toda su esperanza era no morir sin volverle a ver. Siempre estaba hablando de usted y sus hazañas en la guerra. Sí, le quería mucho...

—Deje eso. No es preciso que lo remache —repuso Pierre, seco—. Volvamos al grano. ¿Ya tiene pensado cómo diablos me las voy a arreglar para meterme en esa fortaleza de Gaylord y salir de ella con su famoso pectoral?

La muchacha esbozó una leve sonrisa, y repuso en el mismo tono quedo:

—Ese, señor Vallon, es un problema que deberá resolverlo usted solo. Y si es el hombre que su abuelo decía, y tal como imagino, lo resolverá...

CAPÍTULO V

Una neblina azulada se elevaba de los pantanos y del lago, borrando los contornos de las cosas. Arriba titilaban las estrellas. Miles de ruidos se mezclaban en confuso rumor a todo alrededor de la isla, con el movimiento nocturno de la vida salvaje...

Pierre miró a su reloj y se puso en pie, encarándose con la muchacha, que estaba sentada delante.

—Las doce —dijo seco—. Me parece que ya debo comenzar mi ronda...

Ella le imitó, sonriendo.

—Alonso no tardará en llegar. Y yo me voy a dormir. Buena suerte, y no se duerma, señor Vallon. Puede resultar peligroso... para todos.

—Pierda cuidado en eso...

Los pasos suaves de Alonso se acercaban. Pierre llegó a dónde estaba su equipaje, tomó el rifle que había adquirido en Nueva Orleans, comprobó que se encontraba llena la caja de proyectiles, y se dispuso a salir. El pequeño hombre peruano apareció en la puerta, le miró y dijo:

—Bueno, usted puede salir... Tenga mucho ojo.

Desde la puerta, Pierre se volvió a mirar a la muchacha. Aparecía muy hermosa así, alumbrada por la lámpara de kerosene. Una espléndida mujer...

Ella le sonrió de modo promisorio, haciéndole un leve gesto de despedida. Y al salir afuera, Pierre se dijo que la aventura estaba haciéndose muy interesante...

Durante casi media hora estuvo paseando y esperando. No le preocupaba la posibilidad de que alguien pudiera desembarcar por sorpresa allí, en esta isla pequeña y solitaria. Aparte de conocerla palmo a palmo, sus oídos estaban acostumbrados a todos los cambios de ruido de la noche selvática. Era otra cosa lo que le preocupaba. Por ejemplo, que aquellos tres peruanos hablasen con acento de mucho más al Norte... de Centroamérica o las Antillas, concretamente. Era cosa que podía pasar inadvertida en los hombres. Pero no en la muchacha. Una joven de la mejor sociedad no podía, simplemente, hablar así. Pierre había estado tres años atrás en el Perú durante una larga temporada, y no hacía, ocho meses que volvió a estar otros dos, precisamente en Lima.

Recordaba perfectamente los giros y modismos del país, sobre todo en las personas educadas. También los de las gentes ribereñas del Caribe. Y esta hermosa muchacha hablaba como las segundas, no como las primeras...

Cuando todo pareció quedar quieto en la casa, se escurrió despacio hacia su parte trasera, sin hacer el menor ruido, y trató de captar los del interior. No le costó mucho percibir rumor de conversación, y hasta los tonos diferentes de la voz femenina y las de los hombres. Pero le fue imposible entender nada. Más el hecho en sí ya era bastante significativo...

Despacio también, y con suma cautela, se escurrió hasta la vegetación, y fue adentrándose en ella hasta un punto en que un poderoso mangle alzaba sus ramas cubiertas de olorosas y enormes flores blancas por sobre la restante vegetación. Se puso el rifle en bandolera, trepó por sobre las gruesas raíces, alcanzó una de las enormes ramas bajas y se izó por ella y las siguientes hasta una altura a mitad de la del árbol.

Allí, justamente encima del arranque de una rama, su diestra encontró un agujero en el tronco, por el cual introdujo la diestra, sacándola al poco con un objeto. Un estuche de madera que había contenido tabaco.

Sus dedos ágiles lo abrieron, y sus ojos descubrieron la blancura de un papel, doblado, para que cupiera en el pequeño estuche. Tomándolo, lo deslizó en un bolsillo, retornó la caja a su sitio y se bajó del árbol, dirigiéndose a la punta opuesta de la isla. Sus labios estaban ligeramente apretados ahora. Aquel papel en el escondrijo del árbol significaba que su abuelo había tenido algo importante que decirle. Muchos años atrás, cuando él era niño, aquella era su estafeta secreta de Correos, y el viejo le seguía el juego, subiendo hasta allí arriba para dejarle notas cuando se iba de caza mientras él estaba en la escuela. Había previsto la corazonada que le hizo subir...

Atravesó por entre la densa vegetación de la isla hasta un punto donde esta formaba como un pequeño promontorio lleno de maleza. Desde allí podía vigilarse casi toda la extensión del lago por la parte en que la tierra firme se hallaba más cercana dejando un canal de cómo media milla de aguas tranquilas. Pierre fue a colocarse en la parte que miraba el lago, en un punto donde la tierra formaba una depresión, cerrada por el promontorio. Una vez allí, dejó el rifle a su lado, en el suelo, se sentó en el fondo, sacó su encendedor, lo encendió y a su débil luz leyó la última carta de su abuelo...

El papel había sido arrancado de una libreta y estaba bastante sucio. Con tinta y letra desigual y no carente de faltas ortográficas, el viejo trampero había escrito ambas caras. Y lo que había escrito allí quitó el resuello a Pierre.

«Pierre, hijo, si llegas a leer esta carta, será que ya no vivo. Será también que me han asesinado. Hace meses que estoy esperando me ocurra algo, y daría cualquier cosa porque tú estuvieras aquí. Espero que llegues a tiempo de vengarme, e impedir que te arrebaten la fortuna que tu abuelo ha encontrado para ti.

»Escucha, Pierre: hace meses sospeché que en mis tierras había petróleo. Hice venir a un experto y resultó que estoy viviendo hace cuarenta años encima de un tesoro, mientras nunca gané bastante para un traje nuevo... Todo el lago, y las tierras de alrededor están nadando encima de una capa de petróleo, según parece. Pagué al experto, y me puse a hacer cosas.

»Tenía guardado casi todo lo que me has enviado. Comencé a comprar tierras alrededor de mi propiedad, y las puse a tu nombre. Pude comprar así unas mil hectáreas. Pero sea que el experto se fuese de la lengua, o que alguien se enterara de alguna otra forma, comenzaron a ocurrir cosas raras. Cinco veces han atentado contra mi vida. Pero soy perro viejo y fracasaron. Dos de los tipos están pudriéndose en el fondo de los pantanos y en el lago.

»El agente policial se ha olido algo, pero yo lavo mi propia ropa, y nada le quise decir. Creo que mis enemigos están ahora en Nueva Orleans. Son un tal Rockett... Averiguarás mucho de él en Nueva Orleans. Mala persona, hijo, ten cuidado... También puede ser uno llamado Gaylord, que se ha construido una casa-fortaleza en el lago Saville y vive rodeado de asesinos. Las dos pandillas esas son enemigas, y las dos me parece que andan detrás del petróleo. Han comprado las tierras que han podido, y trataron de comprar las nuestras por las buenas. Cuando me negué, comenzaron a ocurrir las cosas...

»He de hablarte de otra persona. Es una muchacha. La más hermosa que mis viejos ojos nunca vieron. Es del Perú, y de raza. Creo que Gaylord le robó algo a su familia, una joya o cosa así, de mucha importancia para ellos. Lo creo. Esa, chica dice la verdad, y es valiente. Tiene con ella un mozo, criado

suyo, de mucho nervio, llamado Julio. Y ella te gustará, muchacho... Ese lunaruyo en la barbilla es para marear a cualquier hombre con sangre en las venas. Previendo que pudiera ocurrirme algo, le he hecho una escritura de venta, solo de lo mío, a condición de que cuando tú vengas te lo devuelva. Así no podrán quitarnos nada... Ayúdala, hijo, y sí puedes, cástate con ella. No la dejes perder. Y dales duro a esos granujas.

»Con mi bendición,

»Tu abuelo».

Pierre apagó el encendedor y dobló lentamente los papeles, metiéndoselos en el bolsillo de la camisa. Aquello era casi un testamento. ¡Y vaya testamento! Ahora comenzaban a aclararse muchas cosas. De manera que debajo de aquel suelo había petróleo en grandes cantidades... Por mucho menos había visto a los hombres mentir, robar y matar. Y a las mujeres también...

Ahora tenía que pensar mucho, y muy deprisa. Estaba metido en una ratonera peligrosa. Cualquiera de ambas bandas detrás de sus propiedades no iban a vacilar mucho en eliminarlo por las malas si no conseguían hacer que les vendiera por las buenas. Su abuelo fue muy astuto... pero no lo previó todo. El sí lo iba a hacer...

Se enderezó, tomando el rifle, y atravesó el promontorio. A mitad de camino de la casa, sus oídos, acostumbrados y alerta, captaron un ruido que le hizo detenerse en seco y prestar súbita atención.

El ruido había sido tan leve, que en otras circunstancias no lo habría notado. Como un roce de ropas contra ramas... Ahora esperó, conteniendo el aliento y empuñando el rifle.

Un minuto más tarde, el ruido se repitió, ahora más cerca. Y casi simultáneamente, oyó desplazarse algo diez metros a su derecha. Dos enemigos, por lo menos...

Apretando los dientes, Pierre se escurrió con toda clase de precauciones para pasar por entre ambos enemigos. Su desplazamiento no movió ni una rama, ni una brizna de hierba...

Quienesquiera que fuesen los otros, estaban evidentemente decididos a silenciarlo por la vía rápida. Oyó de nuevo el ligero roce a su izquierda, ahora muy cerca. Y de repente, una figura se materializó en las sombras saltándole encima.

Pierre vio el brazo en alto, y sin pararse a pensarlo, movió los suyos levantando el rifle y pegando con él en el brazo de su atacante

y en rápido molinete en la barbilla. Alcanzado y frenado, el hombre gruñó de dolor y se derrumbó sobre sus rodillas, medio inconsciente. En un salto, Pierre estuvo sobre él, le pateó en plena cara tirándolo de espaldas y se revolvió a toda prisa para hacer frente al segundo asaltante.

Este debía haber oído el ruido de la pelea y el gruñido de su compinche. Como fuera, emergió entonces de detrás de un árbol, empuñando una pistola, con la que hizo fuego contra Pierre.

Vallon le adivinó la intención, saltó de costado, sintiendo cómo la bala le pasaba cerca para ir a clavarse en un tronco detrás de él, y disparó a su vez en posición forzada.

El otro escurrió el bulto, metiéndose tras el árbol, y Pierre se echó atrás rápidamente, buscando el amparo de los que tenía detrás. El que primero le atacó lo aprovechó a su vez para ponerse en pie, empuñando también una pistola y disparándole casi a boca de jarro, aunque sin conseguir acertarle por la rapidez de movimientos de Pierre y la oscuridad. Luego, los tres hombres parecieron preocuparse más que por otra cosa de su propia seguridad.

Desde el refugio de los árboles, Pierre esperó tenso los nuevos disparos para contestarlos. Pero nada ocurrió. En cambio, sí pudo oír acercarse gentes desde el lado de la casa, viniendo a toda prisa. Permaneció oculto, no obstante, hasta que la voz de Juan le llegó bronca, inquiriendo:

—¡Eh, señor Vallon! ¿Dónde está?

Casi al mismo tiempo, tuvo la intuición de que sus desconocidas atacantes habían escapado. Se irguió despacio, retrocediendo sin hacer ruido al encuentro de Juan. Y no tardó en encontrarse con este y Alonso, que venían alertados y rifles en mano, y a los que tuvo que avisar su presencia.

Al reunirse los tres, el gigante inquirió:

—¿Qué ha sucedido?

—Dos hombres abordaron la isla. Me los tropecé y hemos cambiado unos tiros. Deben estar aún por ahí, pero tal vez crean más seguro para ellos volverse aprisa por dónde han venido.

—¡Vamos a por ellos para darles su merecido!

—¡Un momento! —Pierre les frenó, con voz seca y queda—. Mejor será que seamos prudentes. No cuesta nada y puede evitarnos un balazo...

Los otros parecieron comprender lo acertado de sus palabras. En silencio, los tres se desplegaron, arma en mano...

Llevarían recorridos unos treinta metros, cuando llegó a sus

oídos el ruido de un motor fuera de borda.

—¡Se escapan! —rugió Juan.

Y sin atender más razones lanzóse a correr hacia el otro lado de la isla. Pierre y Alonso le siguieron, pero cuando llegaron a la orilla del agua, el bote con los dos asaltantes nocturnos estaba ya al amparo de la otra orilla, y pronto cesó de sonar.

—Bueno, ellos se marcharon a toda prisa —comentó Alonso—. ¡Lástima que no haya matado a alguno!

—Faltó poco para ser yo el muerto —replicó Pierre, secamente.

—¿Cómo fue la cosa?

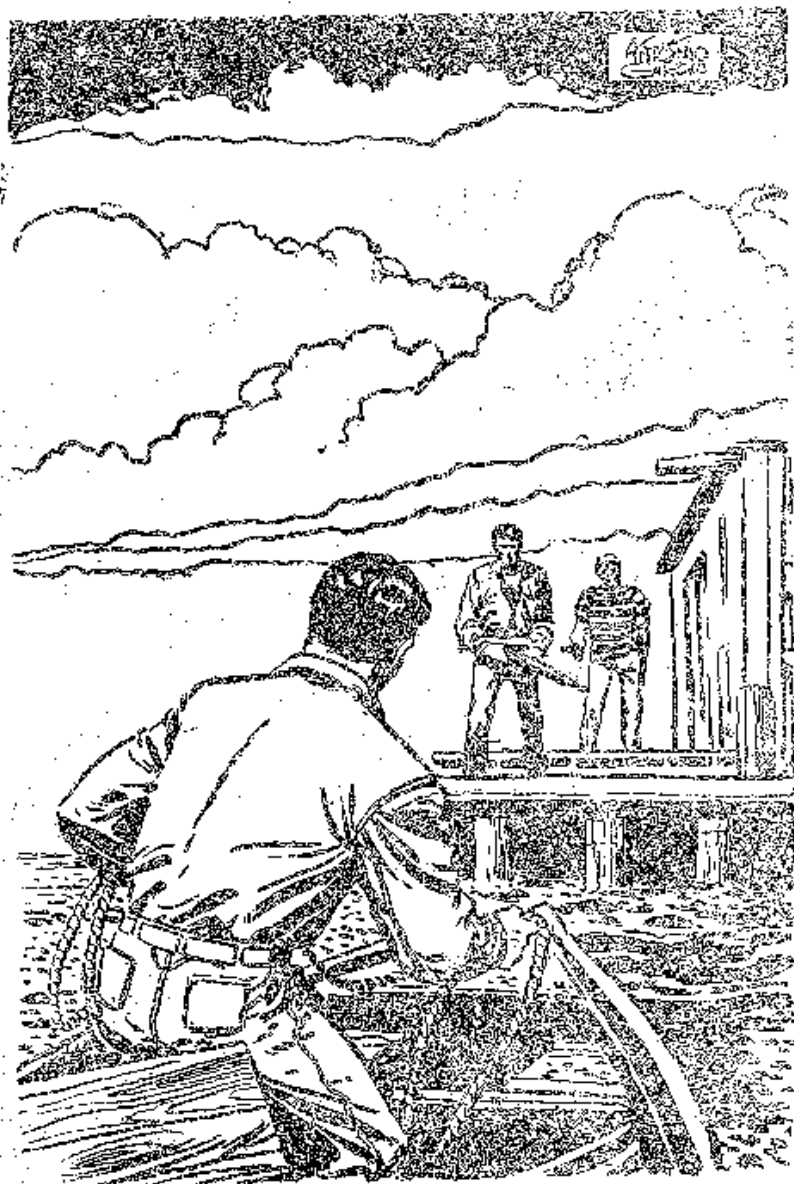
Pierre la contó en pocas palabras, mientras retornaban al lugar de los hechos. De pronto, al llegar allí, Alonso se detuvo, emitiendo una corta interjección.

—¡Miren... ahí...!

Miraron los otros. Por un claro de la espesura se filtraba algo más de luz. La suficiente para ver algo que se movía, en el suelo...

Juan maldijo en voz baja, claramente asustado. Pierre nada dijo. Acercóse lentamente al objeto que se movía y comenzó a golpear duro con él con la culata del rifle, hasta que todo movimiento cesó. Los otros dos le contemplaban como fascinados cuando tomó el saco de cuero por una punta, levantándolo...

Porque todos ellos sabían lo que aquel saco contenía, y lo que hubiera ocurrido si los dos que lo llevaban hubieran podido llegar junto a la casa...



El gigante usará...

CAPÍTULO VI

La canoa de Pierre atracó al muelle de Laffite, y este saltó a tierra, encaminándose derecho a la oficina de la policía. Como el día anterior, el comisario local estaba indolentemente recostado en la veranda. Y como el día anterior, le miró fijo y sin mover un músculo mientras llegaba a su altura.

—Buenas tardes —le interpeló, con acento perezoso—. Observo que ya está de regreso aquí. ¿Encontró inconfortable su isla?

—Encontré muchas cosas... y todas sumamente interesantes. ¿Por qué no me dijo que la isla tenía otros inquilinos?

—Pensé que sería mejor lo descubriera por sí mismo. ¿No fue así?

Antes de contestar, Pierre lo escrutó durante medio minuto.

—Sí, así fue —concedió al cabo—, y me estoy preguntando cuál es su juego en todo eso, comisario.

El policía hizo un amplio gesto con las manos.

—Ninguno, se lo puedo garantizar. Mi único juego es tratar de que la Ley se respete en mi jurisdicción.

¿Le gustó la muchacha?

—Es muy hermosa. Y muy peligroso el gigante que la acompaña... y el otro.

Brilló una chispa de interés en los ojos del comisario.

—¿El otro? ¿Qué otro?

—¿Es que no lo sabe? Un peruano llamado Alonso.

—Describámelo, ¿quiere?

Pierre así lo hizo, preguntándose si sería genuina la sorpresa del comisario. Al terminar, este dijo despacio:

—Conque ahora son tres... cuatro con usted. No está mal.

Pierre endureció el gesto y la voz.

—Oiga, comisario, ya me estoy cansando de enigmas. Anoche, alguien quiso repetir con nosotros lo que hicieron a mi abuelo...

—¿Quiere decir que les entraron serpientes?

—Dos «copperheads» metidas en un saco de cuero.

Y esas culebras no se crían por estos alrededores. Tuvieron, que traerlas del Norte. Por suerte, yo estaba vigilando y les falló el plan.

—¿Mató o reconoció a alguno?

—No, pero faltó poco para que ellos me mataran. Escaparon, dejando las culebras, y uno iba herido, creo.

—¡Ajá! ¡Muy interesante! ¿Qué hicieron la señorita Ojeda y sus amigos?

—Asustarse bastante.

—¿Los hombres también?

—También, sobre todo el gigante. Pero, bueno, todas esas preguntas tienen un fin, y me parece que ya es hora de que yo sepa si usted está a mi lado o en mi contra. ¿Ponemos, o no las cartas boca arriba?

El comisario le miró fijo a los ojos antes de contestar calmamente:

—Ya le dije que yo no estoy en pro ni en contra de nadie, Vallon. Solo al lado de la Ley.

—¿Quiere decir que no piensa aceptar mi ayuda y contarme lo que sabe, que no piensa hacer nada?

—Pienso hacer muchas cosas... pero no contárselas a usted, por el momento. Y en cuanto a su ayuda, te diré una cosa. Usted y yo tenemos muchas más probabilidades de ver el final de esto si ciertas personas creen que no colaboramos. ¿Entiende?

Pierre entendió. Y con un seco «buenas tardes» dio media vuelta y abandonó la veranda, encaminándose al almacén.

Allí encontró la misma reserva y alguna más tensión que el día anterior. Parecía como si todos los habitantes del pueblo estuvieran al tanto de lo que ocurría y temieran a alguien. ¿Rokett... o Gaylord? Para saberlo tenía que marchar a Nueva Orleans, y no podía hacerlo sin despertar sospechas. Estaba seguro de que todos sus pasos eran vigilados, y las últimas palabras del comisario martilleaban en sus oídos. También llenaban su mente las extraordinarias noticias que le dejó su abuelo...

Al fin se decidió por un término medio. Volviendo a embarcar, llevó su bote arroyo abajo durante una milla, pero luego lo metió por uno de los estrechos canales que zigzagueaban entre los pantanos y tierras bajas. Y dos horas más tarde estaba esperando al autobús de línea junto a la carretera, bien alejado de la población. Cuando apareció, plantóse en medio del camino y le obligó a parar, subiéndolo a él, sin hacer caso a los refunfuños del conductor.

De las veintitantas personas que lo ocupaban, descartó en la primera ojeada a casi todos como posibles fuentes de peligro. Eran en su mayoría viejos conocidos y mujeres y niños la mitad. Pero había tres individuos que no le gustaron nada, especialmente un tipo alto y seco, de unos treinta años y ojos gris-azul, que le miró como al desgaire y no volvió a ocuparse de él en apariencia. Aquel hombre tenía unas manos fuertes y cuidadas, muy distintas a las

callosas de los campesinos y trabajadores de la zona. Tampoco era sureño, y sus ropas desentonaban de las de los demás. Pierre habría jurado que podía acertar su profesión...

Sin mirarlo más por su parte, buscó un asiento detrás del hombre, y permaneció callado y observando a sus tres sospechosos, siendo a su vez observado con disimulo por los demás, durante todo el trayecto a Nueva Orleans. Ya era casi de noche cuando el autobús llegó a destino, y Pierre esperó a quedarse casi el último antes de descender a su vez. Lo hizo despaciosamente, mirando alrededor. Y aunque no vio indicios de que se le vigilara, y tampoco el tipo de cara chupada, parecía interesado por él, no por eso descuidó la guardia.

Adelantóse a grandes zancadas a la salida de la estación, cruzó la calle y se adentró por el dédalo de capejas estrechas del Vieux Garre.

Antes de que hubieran transcurrido quince minutos ya tenía la seguridad de ser seguido. Sin cambiar el paso ni dar ninguna muestra de que lo sospechaba, continuó durante cinco minutos más de tal guisa, y luego se metió bruscamente por un callejón mal iluminado, adelantando en cuatro rápidas zancadas hasta alcanzar un viejo y destartelado portalón a cuya sombría madera se pegó, esperando con todos los músculos preparados para el combate. Lo profundo del portalón, la escasa luz, y la casi absoluta soledad de la calleja le favorecían...

No tardó en oír los pasos rápidos de un hombre que llegaba, al parecer tratando de no perderle la pista. El hombre iba un poco desorientado, y amainó la carrera al acercarse a su escondrijo, lo que por un instante le hizo pensar si le habría descubierto. Pero no fue así, pues el otro siguió, llegando a su altura...

El largo brazo derecho de Pierre se disparó atrapándolo por una manga y haciéndale girar con brusquedad.

—¿Me está buscando a mí?

Atrapado medio por sorpresa, el otro emitió un juramento. La escasa luz de la calleja permitió a Pierre ver que se trataba del tipo de la cara chupada. Y también cómo el hombre deslizaba su diestra en el interior de la chaqueta rápidamente.

Más rápido aún que él, Pierre le disparó un puñetazo a la barbilla, haciéndole trastabillar y caer sentado en el arroyo. Antes de que pudiera reponerse del todo, Pierre se le echó encima, cuando el hombre trataba de nuevo de apoderarse de su oculta pistola, le atrapó y retorció un brazo esquivando una patada al bajvientre, le hizo girar sobre sí mismo en la basura y el polvo, le metió una

rodilla en los riñones y lo envió a dormir con una presa dolorosa y eficaz. Luego se agachó sobre él, registrándolo con manos hábiles y trasladando a sus bolsillos el contenido de los del otro, con excepción de la pistola que llevaba en una funda sobaquera. Y antes de que apareciera por allí algún policía o curioso en exceso, tomó las de Villadiego con fría sonrisa. Este pistolero del Norte no estaba acostumbrado a las peleas rápidas, por lo visto...

Veinte minutos más tarde examinó los objetos pertenecientes a su contrario en un café cercano al centro de la ciudad y poco concurrido.

Lo único que parecía tener algún interés era la cartera y una libreta de apuntes. En la primera habían hasta cien dólares en billetes nuevos de cinco y veinte, y otros ocho en billetes muy usados. Además, una carta a nombre de Bugsy Nolan y a una dirección en Nueva Orleans, carta en la que una tal Molly le hablaba de asuntos íntimos y preguntaba cuándo iba a acabar «aquel trabajo» para regresar a Nueva York; un permiso de conducir a nombre del mismo Nolan, y una nota mecanografiada y sin firma.

«No lo pierdas de vista. Seguro cogerá el «bus» por el camino...»

La libreta contenía una serie de números y direcciones que nada le dijeron, excepto una: la del abogado de su abuelo en la ciudad.

Se guardó una y otra, pensativo. De modo que esta gente sabía quién era el abogado de su tío, y también le habían calibrado bien... Bueno, aun así les había dado esquinazo. Y pronto tendrían más pruebas de que con él, Pierre Vallon, habían tropezado con un mal enemigo.

Salió del café, y de nuevo encaminó sus pasos a las callejas. Las conocía muy bien, y no temía ser objeto ahora de un asalto. Su perseguidor debía haber perdido las ganas y la pista...

Más tarde entró en un pequeño bar del puerto, lleno de humo y marineros de todos los rincones del mundo, que jugaban y bebían acompañados por algunas mujeres de vida airada. La mayor parte ni le miraron mientras se encaminaba al mostrador, donde un fornido hombre de pelo rojo estaba sacando unas copas y mirándole con cara inexpresiva.

Le saludó al llegar al mostrador.

—¡Hola, Pratt!

—¡Hola, Pierre!

—¿Puedo hablar contigo unos momentos?

—Pasa adentro.

Pierre avanzó a lo largo del mostrador hasta una pequeña puerta al fondo de la sala, y la abrió, metiéndose por un pasillo estrecho y maloliente a licores y pescado, siguiéndolo hasta otra puerta que, franqueada, le dejó en un pequeño y bien amueblado despacho, donde un hombre que trabajaba con unos papeles le sonrió, saludándole.

—¡Hola, Pierre! ¿De vuelta por aquí? Siéntate y toma un cigarro.

—Gracias, Sid.

Pierre se sentó, encendiendo un cigarrillo. La taberna de Cole Pratt era uno de los más activos y mejor organizados centros de contrabando en todo el golfo de Méjico y el Caribe. Y el mismo Pratt era un buen amigo suyo desde que años atrás le salvara la vida en circunstancias peligrosas. Este mozo, Sid Faherton, era su mano derecha, y hombre de toda confianza. Los dos sabían tanto acerca del hampa americana como el que más supiera.

Pratt entró ahora, cerrando la puerta a sus espaldas. Era muy alto, y había sido un buen peso pesado diez años atrás. Sus fieros ojos azules miraron atentamente a Pierre, y le habló mientras se adelantaba:

—Bueno, dinos en qué nuevo lío estás metido.

—Tú ya sabes algo, ¿no?

—Un poco, sí. Sé que Rockett y alguien más andan buscándote las cosquillas. Pero ignoro el porqué.

—Cuéntame lo que sepas de Rockett, Pratt.

—¡Hum! Es mucho lo que tendría que contar, pero te lo diré en pocas palabras. Es tan peligroso como el que más de cuantos te hayan encontrado.

—¿Asesinatos?

—Atracos a Bancos, trata de blancas y drogas. Eso hasta hace poco. Ahora parece que se halla metido en algo muy gordo y ha puesto toda la carne en el asador. Y, por lo visto, tú has ido a caer de narices en su plato, ¿no es así?

—Así parece, aunque no lo sabía cuando llegué a Laffite ayer mañana. Desde entonces me han ocurrido un montón de cosas. Supe que mi abuelo estaba muerto... asesinado con una mocasín. Y que en su vieja casa, completamente remozada, viven ahora una hermosa muchacha, un gigante y otro tipo de cuidado. Ellos se dicen peruanos, pero me consta que no lo son. Me contaron una fantástica historia, Pratt, acerca de un robo con asesinato y un fabuloso pectoral de esmeraldas que ahora posee cierto coleccionista...

—¿Gaylord?

Antes de contestar, Pierre miró a sus interlocutores. Estaba claro que ellos se interesaban por la cosa...

—Sí. Gaylord. ¿Qué sabes de él?

—Que a su lado, Rockett es un aprendiz. Gaylord hizo millones antes y durante la guerra, con todo aquello que podía dar dinero. Luego se retiró de los negocios, aparentemente, y se dedicó a coleccionar cosas valiosas. Hizo construir en las marismas una especie de fortaleza, y reclutó algunos de los mejores tiradores de los Estados para que se la guardaran. Ahora vive allí como un señor feudal, y la Hacienda daría algo por meter las narices en esa fortaleza y sus archivos. De modo que también Gaylord... Muchacho, te pintas solo para buscarte dificultades.

Pierre no contestó por el momento. Ahora ya sabía los motivos del comisario y las gentes de Laffite para rehuirle y callar...

—Bien —dijo al cabo—. ¿Prosigo, o no?

El pelirrojo asintió con voz y gesto.

—Continúa. ¿Qué más te ha ocurrido?

—Al parecer, todo el mundo en Laffite sabe lo que pasa. Ni el comisario de policía ni mis viejos amigos y los de mi abuelo han querido ser explícitos conmigo. Y anoche alguien se metió en la isla trayendo dos serpientes «copperhead» en un saco de cuero con la intención de metérnoslas en la casa. Por fortuna, yo estaba de guardia y lo impedí. Escaparon, uno herido. Esta tarde, a pesar de todas mis precauciones, un tipo me ha seguido. Me lo quité de encima con facilidad. Es un pistolero neoyorquino. Traigo su cartera y una libreta de anotaciones.

Las echó sobre la mesa; Pero ni Pratt ni su teniente las miraron. El primero inquirió, fija la vista en Pierre:

—Di qué quieres que haga, muchacho.

—Guardarme unas cuantas cosas. Esta carta la encontré anoche en un escondite solo conocido de mi abuelo y de mí. Es una especie de testamento. Y en ella me da la clave de todo lo que está pasando, y de su asesinato.

—¿Y es...?

—Petróleo. Parece ser que toda aquella zona es rica en petróleo. Y mi abuelo compró y puso a mi nombre buena parte de ella.

Se hizo el silencio. Los dos contrabandistas habían cambiado una rápida mirada. Luego, Pratt asintió despacio, ensanchando el pecho.

—Eso es... Lo tuvimos todo el tiempo delante, y no lo hemos sabido ver...

—¿Qué quieres decir?

—Gaylord ha comprado varios miles de hectáreas en esa zona. Y Rockett casi tantas como él. Nadie imaginaba para qué podían querer poseer esas marismas, Ahora resulta que hay petróleo. Y si tú tienes lo que dices, los dos harán cuanto puedan para que les vendas tu parte sin saber lo que vendes. Es por eso que ninguno ha iniciado la explotación de lo suyo, para no ponerte sobre aviso...

CAPÍTULO VII

Pierre salió del bar cerca de la medianoche, y se dispuso a buscar un alojamiento. En las horas pasadas en el local de su amigo había tenido ocasión de enterarse concienzudamente de muchas cosas y también de planear su futura acción. Eran muchas las cosas que había pensado, y muchas las emergencias para las que se había preparado. No obstante, casi la tomó de sorpresa lo que sucedió...

Acababa de decidirse por el Hotel Des Isles, un establecimiento de segunda categoría situado en Augustine Street, y se dirigía hacia la puerta, cuando salieron por ella dos hombres, al parecer conversando, y le cerraron el paso de un modo natural. El de la derecha le interpeló jovial:

—¡Hola, viejo! Es una suerte encontrarte. Vente con nosotros a tomar un trago.

Pierre miró al hombre, miró su diestra y la del otro metidas en los bolsillos de sus chaquetas y comprendió que estaba atrapado. Cómo rayos esta pareja pudo llegar a imaginarse que él vendría a dormir aquí, era cosa que no podía saber ahora. Pero sí que le apuntaban dos pistolas, y que sus dueños no vacilarían en disparar.

Apretando los labios, esbozó una dura sonrisa, mientras miraba por detrás de ellos al impassible portero del hotel y las gentes que pasaban sin imaginar la verdad.

—¡Vaya, tampoco yo esperaba veros! —dijo suavemente—. De acuerdo, beberé ese trago...

Los otros cambiaron una rápida mirada, de ligero desconcierto. Era lo que Pierre había esperado, pero en el momento de iniciar su ataque, el más bajo la adivinó las intenciones y apretó las mandíbulas, levantando el arma oculta contra su estómago y diciendo entre dientes, ominoso:

—No lo hagas, si quieres vivir...

Pierre se detuvo, aspiró hondo y relajó los músculos. Luego se dejó tomar por los brazos con ademanes superficialmente amistosos y llevar al automóvil, que estaba aparcado junto a la acera algo más allá. Uno de los pistoleros abrió la portezuela trasera y se metió dentro, sentándose y extrayendo su pistola, con la que le apuntó, favorecido por las sombras del interior del coche.

—Entra y no hagas tonterías.

Pierre así lo hizo, preguntándose quiénes serían estos dos

«gorilas» y para quién estarían trabajando. Resultaba evidente que lo necesitaban vivo...

El otro sentóse ante el volante, sacó el coche al centro de la calle y lo llevó hacia el norte durante un buen rato, deteniéndose más tarde frente a una casa de apartamentos, nueva y sita en una calle del ensanche, poco transitada e iluminada. Le hicieron salir del coche, atravesar la acera y entrar en la casa, subiendo al ascensor tras haber sido cacheado y despojado de su propia pistola en el solitario vestíbulo. Ninguno de los tres hablaba...

En el piso sexto, el ascensor se detuvo, y Pierre fue obligado a ir hasta el final del pasillo, donde uno de sus captores llamó a una puerta cerrada. Desde dentro les observaron por una mirilla, y luego abrieron, la puerta, haciéndoles pasar.

Un momento más tarde, Pierre estaba contemplando de hito en hito los ojos pequeños y fríos de un hombrecillo medio calvo, bien vestido y de larga nariz, que lucía un enorme y a todas luces auténtico diamante en la mano izquierda, con la que sostenía un cigarrillo perfumado. Aparta sus captores, y él, había otros dos hombres en la habitación, un despacho oficial dedicado a oficina, al parecer.

El hombre del diamante esbozó una sonrisa solo con los delgados labios, y le habló pausado:

—Buenas noches, Vallon. Nos ha costado un poco, pero ya le tenemos aquí.

—¿Puedo saber quién rayos es usted y qué significa todo esto? — fue la seca respuesta de Pierre.

El otro se encogió de hombros.

—No veo en ello inconveniente... Usted me interesaba y le he hecho venir. En cuanto a mi nombre, es Rockett. ¿No le dice nada?

—Puede. Y aún no veo en qué puede interesarle mi conversación.

—Se lo diré enseguida. Tome asiento, por favor. Bryan, Lodge, podéis salir. ¿Le cacheasteis?

—Completamente, jefe. Llevaba esto.

El más recio de sus dos captores puso sobre la mesa la «Luger» de Pierre.

Rockett la tomó, examinándola.

—Buen arma... ¿La compró, Vallon?

—La tengo conmigo desde la guerra, por si le interesa el dato. ¿Algo más?

—Muchas cosas. Parece ser usted un tipo escurridizo y hábil. También valiente a juzgar por lo que hemos sabido de su historia.

Es posible que sea también sensato...

Hablaba casi suavemente, jugueteando con la propia pistola de Pierre. Los dos pistoleros que le habían traído salieron, dejándole sólo con los tres que ya ocupaban el despacho. Dos los tenía casi a sus espaldas, uno a cada lado, mirándote con las manos en los bolsillos...

—Es posible —repitió seco—. Pero sobre todo, soy curioso. Y estoy deseando saber los motivos por los que se me ha traído aquí.

Su calma afectó por lo visto a Rockett, pues se le quedó mirando especulativamente, y tardó algo en contestar.

—¿Qué le trajo, a esta parte del mundo, Vallon, y qué sabe de lo que ocurre?

—Me trajo el lógico deseo de ver a mi abuelo, y sé que a él lo asesinaron y que parece ser que mi isla es el centro de algo bastante sucio. También sé que las gentes no quieren hablar de ello, y que desde apenas llegar me estoy tropezando con mucha gente indeseable.

Rockett apretó los labios ligeramente.

—¿Y nada más? —quiso saber.

—¿Le parece poco?

—¿Cuáles son sus planes?

—Eso es asunto mío.

—Será mejor que me lo diga.

—¿Es una amenaza?

—Tómelo como guste. Quizá no se haya dado cuenta de que está completamente en mí poder y le conviene ser sensato, Vallon. Desde luego, usted ha oído hablar de mí. Bien, entonces, sabrá cómo las gasto. No voy a irle con circunloquios. Estoy empeñado en una partida importante, y la vida de un hombre no cuenta mucho para mí. Es mejor para todos que se dé pronta cuenta de ello. Esta noche, usted vapuleó a uno de mis hombres y creyó haberse escabullido. Pero ya ve cuán equivocado estaba. Usted tenía que ir a dormir a alguna parte, y yo conocía todos los lugares adonde un hombre como usted puede ir en Nueva Orleans. Sabía que se hospedó en el Des Isles, y me imaginé que pensaría era ese hotel el más adecuado; por eso mis hombres le estaban esperando allí. Pero también los había en otros, por si acaso... Usted no podía escapar, en ningún caso. Ahora está aquí, y aun en el supuesto de que quisiera denunciarme. Una vez esté de nuevo libre —si es que se porta bien—, de nada le valdría. Esta oficina no me pertenece. La tomé prestada, ¿comprende? para esta entrevista. Si usted, como le digo, se porta bien, saldrá sano y salvo y podrá irse adónde quiera

con un puñado de buen dinero en sus bolsillos. Si no... bueno, también saldrá de aquí, pero será cargado y para ir a ser arrojado al río, Decida.

Pierre estaba ahora completamente tenso, mientras su cerebro trabajaba aceleradamente. Miró a los ojos a Rockett y dijo despacio:

—Tiene que ser de mucha importancia la cosa para la cual me precisa, cuando me habla de ese modo...

—Eso no le incumbe. ¿Va a ser sensato, o no?

—De momento, no veo por qué no he de serlo. ¿Qué quiere de mí?

Rockett parpadeó ligeramente. Con toda evidencia, no esperaba la calma de Pierre. Miró a sus hombres, enviándoles un mudo mensaje, y luego habló:

—Eso me gusta. Siga así y todo irá bien. Lo que quiero de usted es que ponga una firma al pie de cierto documento. Nada que pueda comprometerle en algo peligroso, se lo aseguro. Puede leerlo si gusta. Es simplemente un documento de venta de sus propiedades en Luisiana a mí, por la suma de dos mil quinientos dólares.

Pierre emitió un ligero silbido, fingiendo con maestría asombro ante la oferta.

—¿Eso es todo, Rockett? ¡Que me maten si lo entiendo! ¿Y para eso se ha tomado tanto trabajo? Usted debe estar chiflado, Rockett. Yo no tengo nada mío aquí. Lo único, la isla de mi abuelo y un trozo de terreno alrededor. Pero aun eso... Oiga, ¿qué juego se trae? Mis propiedades apenas si valen esos dos mil quinientos...

Rockett estaba engañado. Lo notó en sus ojos, y también en que dejó la «Luger» sobre la mesa.

—Eso es cosa mía, Vallon.

—Pero tendrá que darme alguna explicación, ¿no cree? Hay muchos puntos oscuros en eso. Ayer me encontré en la isla una mujer y dos hombres que me contaron una historia fantástica. Por la noche, alguien trató de asesinarnos con culebras, como a mi abuelo. La policía se inhibe y calla, la gente del terreno también, y ahora, usted me hace secuestrar, solo para que le venda un puñado de tierra sin valor. ¿O sí que la tiene?

Su comedia estaba dando resultados. Rockett se hinchó el pecho y adoptó un tono sugerente.

—¡Sí que es usted curioso, Vallon! Pero, bueno, le diré la verdad. Allí cerca tiene su guarida un tal Gaylord. Tal vez le haya oído nombrar. Es mi enemigo. El hizo matar a su abuelo porque había averiguado algo sobre sus negocios de contrabando. Yo quiero tener esa isla para estorbárselos. Tiene que meter por ahí sus

cargamentos de importancia, ¿entiende?

Pierre siguió el juego.

—A medias. ¿Y esa muchacha y sus compañeros? No son americanos, y ella dice que compró el terreno a mi abuelo a condición de que me lo vendería por el mismo dinero cuando yo volviese.

—Una añagaza. Ella trabaja para Gaylord. Fue él quien los metió en la isla, para impedirme apoderarme de ella, y los mantiene allí. Además, le serviría la chica de cebo para atraparlo a usted, ¿comprende?

—¿Y esos que trataron de asesinarnos?

—Le hablaré claro. Eran hombres míos. El asesinato de su abuelo me dio la idea. He de reconocer que es un buen sistema. Pero usted lo hizo fallar. No sabía yo que se encontraba en la isla, de lo contrario no habría dado orden de aquello. Bueno, ahora ya lo sabe. Necesito sus tierras para meter una cuña en la línea de abastecimientos de Gaylord. ¿Vende o no?

Pierre siguió el juego, fingiendo vacilar.

—¿Y me serán pagados los dos mil quinientos?

—Enseguida —Rockett sacó una abultada cartera y de ella un fajo de billetes verdosos—. Aquí está el dinero.

—Además, podré marcharme tranquilamente, ¿no es así?

Vio la chispa burlona en las pupilas de Rockett. Pero este ensanchó una sonrisa, replicando en tono convincente:

—Desde luego, si promete no soltar la lengua. No tengo ningún interés en matarle, comprenda. Podría haber investigaciones...

—Bueno, pues siendo así... ¿Dónde están esos documentos? No quiero más líos de los justos, y si ese maldito Gaylord mató a mi abuelo, es con él con quien tengo una cuenta pendiente...

—Seguro, muchacho. Y me dará una alegría si la salda. Tal vez le ayude, si lo hace, a dejar el país... —la macabra insinuación implícita en sus frases era demasiado evidente, aunque Pierre fingió no notarla. Sacó Rockett un documento de aspecto legal, tendiéndoselo—. Ahí, va. Escriba su nombre después de leerlo.

—No creo que haga falta. Y no llevo pluma encima.

—No se apure por eso. Tome la mía. Bueno, venga a sentarse aquí. Estará más cómodo...

Desde luego, Rockett le había tomado mal las medidas... Sonriendo levemente, Pierre se levantó, llevando el documento en la mano, y rodeó la mesa, mientras el pistolero se levantaba para cederle el asiento, tomando la «Luger», y los otros dos permanecían alerta junto a la puerta. Despacio, como si hubiera decidido que

toda aquella gente era de fiar, Pierre llegó a la silla, la hizo hacia atrás, dejando sobre la mesa el documento...

Y un instante después, su diestra se disparaba tan rápida como imprevistamente con un golpe de judo, alcanzando a Rockett debajo de la barbilla con el filo de la mano en un golpe terrible. El bandido emitió una mezcla de quejido y maldición, levantando ambas manos y abriendo la boca en mueca dolorosa. Casi al instante, Pierre le cayó encima, atrapándole el brazo armado y haciéndole girar con toda facilidad hasta colocárselo delante a manera de escudo mientras le arrancaba la pistola de un tirón.

Su iniciativa había sorprendido a los bandidos lo bastante para desconcertarles durante medio minuto precioso. Para cuando extrajeron sus pistolas, ya Pierre estaba escudado tras la mesa y medio inconsciente Rockett, que se debatía apenas entre sus brazos potentes, atrapado en férrea presa por el cuello. Y cuando apuntaron a Pierre buscando vacilantes un punto vulnerable en su anatomía, este ya empuñaba su propia pistola y apretaba el gatillo, enviándoles acero ardiendo...

CAPÍTULO VIII

La habitación llenóse de estampidos, humo y ayes de agonía. El pistolero de la derecha, alcanzado en el hombro, se cayó contra la pared soltando su arma y llevándose la mano sana a la herida. El otro disparó, errando a Pierre por milímetros, y volvió a disparar al mismo tiempo que lo hacía nuestro héroe girando sin dejar de mantener sujeto al pataleante Rockett. Rockett recibió la bala destinada a su aprehensor entre las costillas y chilló agudamente, relajándose. Su chillido aturdió al pistolero, haciéndole ver a quién había herido, y Pierre, que no le había acertado a la primera, disparó de nuevo, esta vez a dar, metiéndole una bala en el estómago. El hombre gimió, soltó la pistola y se cayó despacio, sujetándose el vientre con ambas manos...

El primeramente herido estaba ya repuesto y se agachó a recoger su pistola. Rockett era solo una masa inerte contra el pecho de Pierre. Lo soltó, saltanejo hacia adelante mientras afuera sonaban voces excitadas y golpeteaban la puerta, y cayó sobre el bandido herido, pegándole una patada en plena cara cuando ya casi tenía atrapada el arma. El hombre fue proyectado hacia atrás, y quedó sin sentido. Pierre disparó contra la puerta, que ya crujía a los impactos de los de afuera, oyó gritar a uno y se apartó de la línea de fuego, corriendo rápido hacia otra puerta lateral, que abrió, encontrándose en un nuevo despacho sin salida. Los del pasillo andaban ahora disparando contra la puerta y regando de balas el interior de la habitación que acababa de dejar...

En cuatro zancadas atravesó la estancia hasta el ventanal, lo abrió y miró afuera. La calle, allá abajo, estaba llenándose de gente, corría un automóvil y un, policía estaba también acercándose a la carrera. Muy lejana sonó una sirena policial. La alarma estaba dada. Y él entre dos fuegos...

Allí debajo, a tres metros escasos, había un balcón. Y los hombres de Rockett ya estaban rompiendo la puerta exterior...

Sin pensarlo dos veces se metió la pistola en el bolsillo, se izó sobre la barandilla y se dejó colgar de sus manos sobre el vacío. La calle comenzaba a llenarse de gente, pero también se había alzado la niebla...

Balanceándose un poco, miró hacia abajo. Si tenía suerte...

El estruendo arriba, al ser rota la puerta y entrar los pistoleros

en el piso le decidió. Soltóse y cayó hacia la profundidad de la calle, las manos preparadas... Y cuando la barandilla de abajo pasó delante de sus ojos, alargó ambas manos y se aferró a ella con fuerza.

El violento tirón casi le descuajó los brazos. Pero lo pudo soportar, y enseguida se montó a pulso, metiéndose en el balcón. Estaba entreabierta, por lo que dio gracias mientras se introducía a toda prisa, flexionando los brazos doloridos. Arriba, en la ventana que acababa de dejar, alguien gritó:

—¡Se ha metido en el piso de abajo! ¡Y viene la policía! ¡Sacad a Rockett deprisa, y vamos por él...!

Rápido, Pierre atravesó la estancia, guiándose por la escasa luz de la calle, hasta dar con la puerta y el conmutador. Al dar la luz vio que se hallaba en un dormitorio hecho y desocupado. Y la estancia siguiente era una salita, también sin señales de persona presente. Por lo visto, la gente de la casa estaba fuera. Seguía teniendo suerte...

Corrió a la salida, abrió la puerta empuñando la pistola, oyó cómo corrían arriba con pesados pasos y desde abajo subían gentes también, miró alrededor, decidió que el ascensor era peligroso y se lanzó por el pasillo a la derecha tras haber cerrado la puerta a sus espaldas. Llegó a doblar la esquina del pasillo justo a tiempo de no ser visto por sus perseguidores, descubrió al fondo la escalera de incendios y voló literalmente hacia ella mientras a sus espaldas y abajo en la calle aumentaban los ruidos.

Una vez en el fondo del pasillo levantó la falleba, se metió por el hueco de la escalera y la bajó a toda prisa hacia el patio en sombras. Estaba ya en el primer piso cuando apareció una cabeza en el hueco que había él cruzado, brilló un fogonazo y una bala le pasó peligrosamente cerca. Detúvose un instante para enviarle una bala a su ofensor, y saltó luego limpiamente por encima de la barandilla al suelo, cayendo sobre manos y pies sin hacerse mucho daño. Un instante después corría agazapado a través del patio hacia la parte trasera de otro edificio, y mientras el pistolero le disparaba con mala puntería. Y no tardó en alcanzar la protección del muro, notando entonces que arriba se había armado una buena ensalada de tiros. Por lo visto, Rockett y su gente se las estaban habiendo con la policía.

Sonriendo duramente, tanteó algunas de las puertas traseras, hasta dar con una que cedió a su presión. Metióse en un oscuro pasillo lleno de humedad, y dos minutos más tarde abría la puerta de la calle, saliendo a la paralela con la que daba entrada al edificio

que acababa de dejar.

Aquella calle estaba también poco iluminada, ya llena de niebla no demasiado densa. Había pocos transeúntes, y ningún policía. El tiroteo continuaba en el otro edificio, y hacia allí parecía ir todo el mundo ahora... Pierre se había guardado su pistola, y echó a andar calle adelante sin aparentar demasiada prisa. En la esquina vio a un policía que corría, y más allá un auto patrullero deteniéndose. Rockett y su gente iban a verse en un serio apuro...

Dobló por el otro extremo de la calle, alejándose del lugar del tiroteo, mientras se decía que tuvo una suerte muy grande al poder escapar sin un rasguño de aquella trampa mortal. Rockett era el asesino de su abuelo, y el hombre que utilizaba serpientes venenosas para deshacerse de sus enemigos y de sus víctimas. Bien, ahora iba a tener mucho que explicar a la policía... si es que no había sido muerto por el disparo de su hombre. El abuelo ya estaba raedlo vengado...

Diez minutos más tarde tomó un taxi, que cambió por otro en el centro de la ciudad. Y este le llevó de nuevo a la taberna de Pratt, donde permaneció casi una hora. Era ya muy entrada la madrugada cuando salía en una furgoneta conducida por Sid, atravesando la ciudad y tomando el camino de Laffite. Poco después, la camioneta se detenía en una caleta escondida de las orillas del Lago Salvador, y los dos hombres se acercaban a una choza, al parecer desierta, pero de la que salió una voz conminatoria.

—¡Alto, vosotros! ¿Quién sois y a qué venís? ¡Hablad pronto o disparo!

—Cierra el pico, Archie —ordenó Sid—. Soy yo, con un amigo. Abre.

Se abrió la puerta, apareciendo un hombre con una lámpara y un rifle, que miró a Pierre especulativamente mientras saludaba a Sid.

—¡Hola! No te esperaba esta noche. ¿Alguna novedad?

—Ninguna en el negocio. Pero Pratt quiere que lleves a este amigo a través del lago y los pantanos hasta el lago Saville.

El hombre pareció a punto de decir algo, pero se contuvo, y limitóse a decir secamente:

—De acuerdo. Que pase al bote.

Así lo hicieron. Se trataba de una canoa de fondo y motor bastante grande, que Pierre ya sabía servía para introducir contrabando a través de la zona pantanosa. Poco después, el llamado Archie se les reunió, desamarró la embarcación, y se dispuso a dar marcha al motor. Sid y Pierre se estrecharon las

manos, y dijo el primero:

—Suerte, muchacho, y ten mucho cuidado. Estás metido en un juego sobremanera peligroso, y ni a Pratt ni a mí nos gustaría no volverte a ver.

—Descuidad, que haré por conservar la piel. Bueno, ya sabéis. Si tardo en enviar noticias más de veinticuatro horas...

—Nosotros nos encargaremos de Gaylord, no te preocupes. Y estaremos aguardándote en donde has dicho. Hasta entonces, te repito: Suerte y mucho ojo...

Desamarró la canoa, alejándose de la orilla y adentrándose en las tranquilas aguas del lago. El llamado Archie interpeló a Pierre cuando ya estaban lejos de la orilla.

—¿Así que va contra Gaylord, eh?

—Es posible. ¿Tiene algo que decir?

—Solo que, o está usted loco, o tiene muchas agallas, amigo. Pero no me meto nunca en lo que no me importa, de manera que no se dé por preguntado. Fue mera curiosidad. ¿A dónde he de llevarle?

—¿Conoce bien el territorio?

—Como la palma de mi mano. Llevo veinte años recorriéndolo.

—¿Y la casa de Gaylord?

—La he visto de lejos.

—Ya. ¿Cómo es?

—Un sitio donde resulta muy difícil entrar, e imposible salir, si el dueño no lo permite.

—Muy interesante... Bueno, veremos si yo consigo ambas cosas... Entre por el arroyo Parrot hasta llegar al canal ancho cerca de la plantación de Sainte Louise y tuerza por él hacia el lago Bazin, saliendo por el canal que atraviesa los pantanos de Ormonde. Alcanzaremos el lago Saville por la punta de mangles que hay o había frente a la isleta de Grozier.

Archie le miró fijamente.

—Usted conoce bien la región, ¿eh?

—Un poco.

Y no se habló más durante las dos horas siguientes. Estaba apuntando el alba sobre las tierras pantanosas y ellos se disponían a salir al lago Bazin, cuando Archie apagó bruscamente el motor, diciendo:

—Alguien viene atravesando el lago.

Pierre aguzó también el oído. Del lago llegaba ciertamente el ruido apagado del motor de una embarcación. Y esto, a aquella hora, resultaba muy interesante...

—¿Dónde podemos escondernos aprisa? —inquirió.

—Aquí a la derecha hay un pequeño canal. Podemos meternos en él a remo en dos minutos, y ver a los que vienen cuando pasen frente a nosotros, sin que ellos nos descubran.

—Vamos, pues.

En un instante, ambos hombres tomaron los remos y condujeron el bote entre los enormes cañaverales de la derecha, metiéndolo difícilmente allí y deteniéndolo a solo un par de metros del canal. Pierre se colocó a popa, tendiéndose de modo que su cuerpo medio quedó fuera de la embarcación, y asió algunas cañas, separándolas lo bastante para poder distinguir las aguas oscuras y quietas del estrecho canal. La otra embarcación se acercaba rápidamente...

La gris luz del alba ya permitía distinguir los objetos, aunque muy borrosos y a corta distancia. El ruido del motor era a cada momento más potente, y no tardó en oírse rumor de voces y el chapoteo del agua desplazada. Encogido en su escondite. Pierre vio pasar la pequeña embarcación con solo dos tripulantes. Y al reconocerlos, apretó los dientes con fuerza...

La otra canoa pasó de largo y se fue perdiendo su ruido hacia el Sur. Con una seña, Pierre indicó a Archie que podían reanudar la marcha, y volvieron a salir al canal. El contrabandista no despegó los labios durante la maniobra. Luego lo hizo.

—No es corriente que una mujer joven vaya caminando a estas horas por los pantanos...

—No, no lo es —repuso Pierre pensativo. Estaba preguntándose qué podían haber estado haciendo la mujer que se hacía pasar por Isabel Ojeda y el gigante llamado Juan en aquella región, a aquella hora... y viniendo indiscutiblemente del lago gaviile.

CAPÍTULO IX

Ya estaba alto el sol sobre el pantano bullente de ruidos cuando Pierre se detuvo a contemplar la casa-fortaleza de Gaylord, medio oculto detrás de un mangle gigantesco.

Había llegado en la canoa hasta el extremo opuesto del lago, desembarcando acto seguido y emprendiendo la marcha a pie por el terreno alto de la orilla derecha. El plan audaz que iba a realizar había sido reforzado al encontrarse a la joven y su acompañante inesperadamente. Y ahora lo iba a poner en práctica...

A cien metros escasos delante de él, una vasta construcción de ladrillo rojo de dos pisos aparecía alzándose sobre una ligera elevación del terreno casi al borde del lago. Un caminito llevaba, de la casa a este, terminando en un embarcadero al cual estaban amarradas dos hermosas lanchas rápidas. No parecía haber nadie a la vista, pero Pierre tenía la seguridad de que aquello era falso. Tan falso como la pacífica apariencia de la casa rodeada de jardín. Detrás del revestimiento de rojos ladrillos, los muros eran de cemento armado, todas las ventanas de la planta baja estaban protegidas por gruesas rejas de estilo colonial, y además, así como las de los pisos, por persianas metálicas interiores. Aquella era una verdadera fortaleza y estaba guarnecida como tal. Entrar allí podía ser cosa fácil para él; pero salir... no tanto.

Con un hondo suspiro se decidió. Saliendo del amparo del mangle contorneó la orilla hacia el terreno despejado y se metió por uno de los pequeños senderos artificialmente enarenados que llevaban a través del jardín. Mientras avanzaba con pausado paso, sus ojos no perdían detalle de los alrededores. Por eso distinguió el metálico brillo de lo que podía ser un cañón de rifle o de ametralladora en una de las ventanas altas del edificio, y la fugaz aparición de una figura humana tras los cristales de otra ventana del piso bajo. Su presencia no solo estaba señalada, sino vigilada...

Cuando llegaba a la parte fronteriza de la casa aún no había aparecido ningún signo visible de que su presencia era conocida. Pero en el mismo momento que puso los pies en la escalinata de piedra que conducía a la veranda y la entrada principal, abrióse la ornamentada puerta de roble, y un hombre de mediana edad, recia contextura y acusadas facciones, que hacían anacrónicas sus maneras y vestimenta de criado, apareció a sus ojos. Nadie más.

Pierre se dijo extrañado que allí parecían estarle, esperando. Como fuese, no traslujo su inquietud y tensión, llegando junto al silencioso hombre e interpellándolo secamente.

—He venido para ver al señor Gaylord.

Sin parecer sorprenderse por su declaración, el otro se hizo a un lado.

—El señor Gaylord le está esperando en la biblioteca. Tenga la bondad de pasar, señor...

De modo que le estaba esperando... Y aquel criado tenía la voz educada, el ademán correcto... pero también una pistola bajo del sobaco. Muy interesante... y poco tranquilizador.

Precediendo al criado y sintiendo en la espalda un hormigueo poco grato, Pierre se introdujo en el amplio vestíbulo. Una ojeada le bastó para ver que se hallaba en un lugar lleno de objetos valiosos y artísticos. Los cuadros eran de firmas muy conocidas, y debían valer una fortuna los dos maravillosos jarrones chinos de la dinastía Tsang colocados a ambos lados de la gran escalinata de mármol. El efecto era casi de museo. Pero no de museo el hombre joven y de duras facciones que apareció en lo alto de la escalera portando una metralleta bajo el brazo y mirándole fijamente mientras avanzaba, ahora siguiendo al «criado». Sí, la fortaleza estaba bien guardada...

Tras atravesar el vestíbulo, llegaron a una hermosa puerta cerrada, donde llamó el «criado», abriendo luego y separándose mientras anunciaba:

—Mr. Pierre Vallon, señor...

Un hombre alto, grueso, con ligera calvicie, cabellos crespados y plateados que debieron ser rubio oscuro, grandes y acusadas facciones y enfundado en una bata de color púrpura. Un tipo que bien hubiera podido servir de modelo para la estatua de un emperador romano, se alzó detrás de una regia y enorme mesa de caoba y ébano repleta de papeles, libros y cosas, saliendo al encuentro de Pierre, que se había detenido tras dar dos pasos en el interior, y le estaba mirando fijamente.

Conque este era Gaylord... Pierre sintió de nuevo el hormigueo, ahora unido a una desagradable sensación de frío en las venas. Pero no permitió que tales sensaciones se reflejasen en su cara mientras el otro llegaba a su altura.

—Bienvenido a mi casa, Mr. Vallon —la voz era educada, firme, voz de hombre acostumbrado a mandar y ser obedecido. Y grande, cuidada y fuerte la mano que le tendió—. Es para mí un placer tenerle aquí.

—Según parece, usted ya contaba con este placer.. —repuso

suave Pierre. Y una sonrisa curvó los labios llenos de Gaylord.

—Así es. Ya veo que no me engañaron los informes que me han dado de usted. Pero por favor, tome asiento, y considérese como en su propia casa. Me tomé la libertad de ordenar nos subieran a ambos el desayuno, pues supongo tendrá bastante apetito después de una noche tan ajetreada...

Algo en su tono le avisó a Pierre que este hombre ya conocía lo ocurrido en Nueva Orleans la noche anterior. Bueno, el juego estaba así planteado...

Tomó asiento en uno de los cómodos sillones tapizados de cuero rojo, mientras Gaylord tomaba una caja de habanos de sobre la mesa ofreciéndole uno.

—Se los recomiendo. Me los hacen ex profeso y son inmejorables.

—Gracias —tomando uno, Pierre admitió el fuego que le ofrecía el otro en un encendedor de plata que era una pequeña obra de arte, dio dos chupadas al cigarro, recorrió con la vista la grande y lujosa biblioteca, comprobando la presencia de muchos volúmenes leídos y no pocos antiguos ejemplares, y se volvió a afrontar los ojos gris-azul, escrutadores e impenetrables, de Gaylord.

—Tiene usted una magnífica mansión, Gaylord, y al parecer un montón de obras de arte en ella.

—Así es. ¿Conoce usted algo sobre arte, Vallon? Quiero decir, si es entendido.

—No paso de ser un amante de las cosas bellas.

—En tal caso, me será muy grato enseñarle mis tesoros. Años de paciencia y esfuerzo, Vallon, me ha costado reunirlos. Casi toda mi vida.

—Así es.

—¿Solo eso?

—¿A qué se refiere?

—Usted lo sabe tan bien como yo... ¿Qué tal si ponemos las cartas sobre la mesa? Usted es lo bastante inteligente para no seguir el camino de Rockett...

—Rockett es un solemne idiota, además de entrometido en demasía, tosco y vulgar —las palabras salían de los labios de Gaylord suavemente, como si hablara de algo carente de importancia—. Personalmente le felicito por la lección que le dio anoche. Y, desde luego, yo no voy a cometer el error de menospreciarle, Mr. Vallon. Todo lo contrario. Tengo buenas razones para ello.

—¿Por lo de Rockett?

—No. Lo de Rockett tan solo me las ha reforzado. A propósito. Bueno es que sepa lo ocurrido. ¿O lo conoce?

—En absoluto. Salí de allí demasiado deprisa.

—En tal caso, hagamos un trato. Usted me cuenta qué le pasó, y yo le digo lo que usted ignora. ¿Le parece bien?

—Hay poco que contar. Rockett envió a sus gorilas detrás de mí. Pude deshacerme de uno en una calleja, pero otros dos me atraparon al ir a entrar en mi lintel y me llevaron a cierta casa de apartamentos, donde Rockett tuvo a bien ofrecirme dos mil dólares por venderle todas mis propiedades presentes. Fingí aceptar sus garantías, aproveché un descuido suyo para atraparlo y utilizarlo como escudo, recobré la pistola que me habían quitado y me abrí paso quitando de en medio a los otros dos que había con nosotros en el cuarto. Antes, uno de ellos hirió a su jefe. Escapé aprisa antes de que forzaran la puerta los que había fuera esperando, y mientras lo hacía, vi que los policías tomaban parte en el jaleo. Luego solo me preocupé de poner tierra por medio, y eso es todo.

—Ya es bastante. Bueno, pues Rockett está mal herido, dos de sus hombres muertos, heridos otros dos, y el resto en poder de la policía. Su estúpido error al desvalorizarle a usted le ha costado muy caro. Y de rechazo, usted me ha hecho un favor, que mucho le agradezco.

—Le aseguro que no pensaba precisamente en usted entonces...

—Lo creo sin dificultad. ¿Sabe que Rockett asesinó a su abuelo utilizando para ello una serpiente?

—Lo sé. Anteanoche quisieron repetir la suerte conmigo, o mejor dicho, con la mujer que usted ha enviado a mi isla para todavía ignoro exactamente qué.

Gaylord dejó de fumar, y se le quedó mirando fijamente.

—¿Se refiere a la señorita Ojeda?

—Me refiero a la mujer que dice ser la señorita Ojeda, pero que no lo es. Escuche, Gaylord; antes le dije que no cometa errores conmigo. Al llegar aquí, yo estaba a ciegas acerca de todo este embrollo. Pero ahora ya no lo estoy. Puede que ustedes confiaran en eso para llevar a feliz término sus planes. Usted, y Rockett, quiero decir. Ahora se acabó. Habremos de hablar claro. Ustedes no contaron con que mi abuelo podría ponerme sobre aviso por medios que solo él y yo conocíamos. Es lo que hizo. Sé que poseo varios centenares o miles, de hectáreas, de tierras alrededor de nuestra isla, y que en esas tierras hay petróleo. Sé que usted y Rockett tienen las restantes, y ninguno puede hacer gran cosa sin las mías, qué son las mejores. Sé que han armado todo este enredo

para lograrlas, y que están peleando sordamente para lograr el triunfo, de manera que no se escampe la cosa. Y como sé todo eso, tomé mis precauciones. Antes de venir aquí he escrito una relación detallada de cuanto me ha sucedido y lo que sospecho, anunciando mi intención de venir aquí. No soy un loco, ni quiero morir antes de tiempo. Vine a hablar con un hombre inteligente, Gaylord, y sensato además. Usted verá qué decide. Pero no torne a esa absurda historia de Isabel Ojeda y su pectoral de esmeraldas. He vivido en Perú, y también en Centroamérica. La mujer que hay en la isla, y que esta madrugada vi venir con el gigante que la custodia en una canoa desde esta dirección es centroamericana, igual que sus compañeros. Y no precisamente de la clase más alta...

Se calló, mirando fijamente a Gaylord. Este había apartado el cigarro de sus labios y le contemplaba especulativamente.

—¿Dice usted que vio a esa mujer venir de esta dirección...? —inquirió con raro acento, que puso en guardia a Pierre.

—Así es. A la hora del alba. Ella, y el gigante.

—Y usted cree que ella es una cómplice mía en este juego...

—¿Qué otra cosa puede ser?

—Muchas. Por ejemplo, esa mujer pudo haberle contado una historia verdadera...

—Dejemos eso, Gaylord. No cuela. Es demasiado inverosímil. Y no porque no le crea a usted capaz de comprar cosas robadas. Pero todo aquel lío... Bueno, vamos al grano. He venido a decirle que basta de emboscadas y demás. Nada conseguirá con ello, o matándome. Tomé mis medidas.

Los ojos gris-azul se entrecerraron tras las volutas de humo del cigarro. Y a Pierre le asaltó de pronto la desagradable e irritante impresión de que su interlocutor se le estaba burlando...

—Es usted demasiado impulsivo, Mr. Vallon. Tal vez sepa que tengo aquí más de una docena de hombres bien armados...

—Y capaces de todo, ya lo sé. No me importa. Y si usted es la clase de hombre que imagino, se dará cuenta de que en este juego llevo yo las mejores cartas ahora.

—Puede... ¿Quiere decir que vino con una proposición?

—Así es. Una concreta.

—Oigámosla...

—Un millón de dólares contantes y sonantes, a mi nombre en un Banco que yo designaré, a cambio de venderle mis tierras. Y eso...

Se interrumpió al abrirse de nuevo la puerta, que había cerrado el «criado» al salir poco antes, y se volvió a mirar instintivamente, quedando paralizado por la sorpresa.

En el umbral estaba una muchacha morena, vestida de blanco, y de suave y airosa belleza. Una mujer que se parecía un tanto a la que hacía llamar Isabel Ojeda, pero que poseía, un indudable sello de distinción del que la otra carecía y un lunar. Una verdadera preciosidad de grandes ojos oscuros que le miraron curiosos e intrigados.

A sus espaldas sonó la voz calma y burlona de Gaylord:

—Buenos días, Isabel. Le presento a Mr. Pierre Vallon. Vallon, esta es la señorita Isabel Ojeda, del Perú. La verdadera...

CAPÍTULO X

Por un momento, Pierre miró incrédulamente a la muchacha. Pero luego, la verdad llegó a su mente. No cabía ahora duda de que Gaylord estaba diciendo la verdad. Y si era así...

La joven se adelantó a su encuentro tras dirigir una mirada de odio y desprecio a Gaylord. Era menuda, exquisitamente formada, y el engallamiento de su cabecita y la firme mirada de sus ojos oscuros hablaban de energía y dignidad. Su voz, cálida, suave y melodiosa, disipó las últimas dudas de Pierre.

—¿De veras es usted Pierre Vallon, señor?

—Así es. Puedo mostrarle mis documentos...

—No hace falta. Le creo. ¿Cómo es que está aquí? ¿Le han raptado?

—Mi querida señorita Ojeda —rio despacio Gaylord, interviniendo—. Usted melodramatiza demasiado las cosas. Nadie ha raptado al señor Vallon. Está aquí de visita... de visita de negocios, y por su propia voluntad.

La mirada limpia de la joven se volvió interrogante.

—¿Es eso cierto?

—Sí —Pierre estaba preguntándose qué rayos pasaba aquí, y cuál era la situación real de esta muchacha en el «castillo» de Gaylord—. Vine a hablar con Mr. Gaylord acerca de mis propiedades, y con una oferta de venta.

Ella apretó ligeramente los labios antes de contestar:

—Supongo que usted ignora que su abuelo me vendió la isla, y soy yo su legal propietaria...

Pierre miró a Gaylord, encontrándose con la sonrisa enigmática de este. Volvió la vista a la joven, intrigado. ¿Sería posible que ella ignorase...?

Parecía ignorarlo, porque continuó:

—Y de momento no tengo interés ninguno en vender.

Con fina sonrisa, Gaylord intervino:

—¿Qué tal si los tres desayunáramos juntos y discutiéramos amistosamente la situación? Me parece que ha llegado ya la hora de que todos pongamos las cartas sobre la mesa.

Pierre no encontró nada que oponer a esta sugerencia. Cada vez le intrigaba más la presencia de aquella muchacha en el «castillo» de Gaylord. No era posible que este la retuviera como prisionera.

No parecía estarlo. Y no obstante...

Se interrumpió la conversación para pasar a una clara y hermosa habitación aldeaña a la biblioteca, donde ya estaba servido un succulento desayuno y esperaba uno de aquellos inquietantes criados. Una vez sentados a la mesa, Gaylord rompió el fuego, sin abandonar su plácida e irónica expresión:

—Antes que nada, bueno será aclarar unos cuantos extremos. Comenzaré diciéndole, señorita Ojeda, que en la isla que usted compró al abuelo de Mr. Vallon se encuentra desde hace unas semanas, exactamente desde poco después de haberle robado a usted sus documentos, su amiga Olga Velarde, junto con dos compinches bastante peligrosos.

La muchacha no pareció sorprenderse.

—Ya lo imaginaba —dijo seca—. Usted los puso allí para...

—En absoluto. Esa es también la opinión de nuestro amigo aquí presente, pero les aseguro que nada tengo que ver con esa gente. Ellos trabajan solos. Por si lo ignoran, Olga cumplió dos años de prisión por tráfico de drogas y «espaldas mojadas» en la prisión federal de Sonora. Ella sabe defenderse solita en la vida... El hombre llamado Alonso es su hermano, y el gigante ese, su amante actual. La muchacha no tiene muchos escrúpulos y es el verdadero jefe de su banda. Cuando usted se la encontró en el barco cometió un grave error que pudo serle de funestas consecuencias. Por fortuna, Olga no creyó necesario eliminarla. Se limitó a seguirle los pasos hasta las marismas, comprobar la verdad de lo que dijo, y hacerla raptar para robarle todos sus documentos. Fue suerte para usted su decisión de venir a verme. Le salvó la vida, simplemente. Ellos solo encontraron en la cabaña a su sirviente, lo asesinaron y robaron los documentos, arrojando el cadáver al lago, y preparándose para cazarla a usted en cuanto saliera de aquí.

Hizo una pausa, mientras los otros le escuchaban atentos, y elogió el café con displicencia, mirándoles a través de sus ojos entrecerrados.

—Este café sabe a gloria... No hay como el buen café para mantenerle a uno la cabeza despejada...

Pues sí, desde el primer momento este asunto se complicó un poco. Porque aquella misma noche, hombres de nuestro amigo Rockett metieron una culebra venenosa, en la casa de su abuelo, Vallon, y lo asesinaron. Él estuvo cazando durante el día, e ignoraba lo ocurrido. Creyó, al no verles, que ustedes habrían ido al pueblo. Se acostó tranquilamente... y murió.

»Olga y su gente se acercaron por allí a la mañana siguiente,

descubrieron el cadáver y probablemente a la culebra, a la que mataron. Entonces, ella ideó suplantarla a usted. Rápida de ideas, la muchacha...

»Se escondieron en las cercanías, y la esperaron, con idea de matarla en cuanto apareciera. Pero usted no apareció. El cuerpo del viejo Vallon fue encontrado por la policía, y Olga supo por su gente que a usted no se le había vuelto a ver. Pensó que tal vez le habría ocurrido algo. Los pantanos son traicioneros. Y decidió obrar.

»Se presentó en el pueblo audazmente con su nombre. A usted solo la habían visto de noche y mal. Ambas tienen casi idéntica complexión y una fisonomía parecida. No le fue difícil el engaño, aunque creo que el jefe no se lo acabó de creer. Es zorro viejo ese gordito... Más como fuese, ella pudo seguir adelante con su plan. Creyó que usted había sido eliminada por mí, y vino a presentarme sus condiciones. Cien mil dólares en efectivo por su silencio y desaparición de escena, o denunciar lo sucedido. Preferí seguirla el juego y dejarle creer lo que creía, por razones que usted, Vallon, conoce en parte. Ella volvió a la isla, se atrincheró allí, y esperó, entre temerosa y confiada. Luego llegó usted, y tuvo que efectuar un rápido cambio de frente. Ahora está asustada, por el segundo intento de Rockett, y eso la hace peligrosa. Podría destruirles a ella y su grupo con solo una orden, pero ha tomado sus medidas y la cosa me produciría riesgos que deseo evitar, máxime pudiéndolo hacer».

Hizo otra pausa, miró fijo expectante muchacha y su voz adquirió de pronto un tono extrañamente suave:

—Mi querida Isabel, usted cree estar aquí como una prisionera, ¿no es así?

—¿Y no es así?

—En absoluto, usted es mi huésped. Y me gusta. Se lo he dicho otras veces, y se lo voy a repetir delante del señor Vallon.

La muchacha enrojeció violentamente.

—Es mejor que no lo haga. Yo no deseo ser...

—Espere. Usted es orgullosa, impulsiva, valiente, y sobre todo, muy femenina. Exquisitamente femenina. ¿No lo cree usted también, señor Vallon?

Cogido fuera de guardia, Pierre asintió, sintiendo clavados en él los ojos oscuros de la joven.

—Desde luego es una de las pocas cosas en que nosotros dos podremos estar de acuerdo.

Gaylord rio suavemente.

—También me gusta, Vallon. Son ustedes dos magníficos

contrincantes. Y me agrada hacer de mis contrincantes valiosos mis amigos. Bien, iré al grano. Usted, Isabel, vino aquí a recobrar una valiosa joya da familia que el azar trajo a mi pequeña colección secreta.

—Dirá mejor sus asesinos —mordió la muchacha las palabras. Pierre la miró con interés. Estaba verdaderamente bellísima, lanzada hacia adelante la pequeña y airosa cabeza en gesto de rencor y desafío. Pero Gaylord no perdió su impasibilidad.

—Mi querida Isabel... ¿Cuántas veces debo decirle que yo no mandé a aquellos idiotas a robar y asesinar su casa? Me limité a decir que si la joya estaba en venta alguna vez, la compraría.

—¿Y no fue eso enviarlos a robar y asesinar?

—No, en absoluto. Pero dejemos eso ahora. Yo tengo la joya, y la tengo a usted. En esta casa de las marismas, podría retenerla de por vida sin que nadie lo sospechara. Me preocupé de borrar sus huellas, y mis hombres pueden hacer que, gracias a Olga Velarde, usted aparezca como muerta en cualquier punto lejano. ¿Me cree, verdad?

Muy pálida, pero sin sombra de temor, ella asintió.

—Desde luego que sí.

—Bien, pues no tengo el menor deseo de tal cosa. Sinceramente, Isabel, no quiero desprenderme ni de la joya... ni de usted. Y hay un medio honesto que nos conviene a ambos. Cásese conmigo.

—¡Jamás!

Ella se había levantado, vibrante de indignación. Pierre vio que se le agolpaban las palabras en la garganta palpitante, y sintió por ella una instintiva admiración. Era valiente la muchacha...

Gaylord ni se movió.

—Eso es solo una palabra. Sea sensata, por favor. ¿Qué tiene que reprocharme? Ya sé, mi pasado. Pero eso no cuenta ya. Acabó hace años, y soy un ciudadano respetable, sin cuentas con la Ley. Puede comprobarlo cuando quiera. Tengo dinero, millones, posición, amigos... Puedo darle cuanto desee. Y estoy dispuesto a ir con usted al Perú y residir allí. Haré lo que me pida y tendrá plena libertad de acción una vez se convierta en mi esposa. Y soy razonable. No pido ni pediré lo que no puede darme. Me conformo con tenerla a mi lado, como mi esposa. No es un mal trato, me parece. Y si es sensata, lo aceptará puesto que no le queda otra alternativa.

Ella estaba fría, dueña de sí misma... Replicó secamente:

—Es usted extraordinariamente ególatra, Gaylord. Y de una enorme insensibilidad. Dejando aparte el hecho de que jamás, ni aún por la joya, me casaré con usted. ¿Es que piensa forzarme de

algún modo?

—De ninguno. Ya se lo dije. Ha de ser por su voluntad.

—Y para ello pone por testigo al señor Vallon. ¿Acaso piensa tenerle a él también aquí retenido contra su voluntad?

La finta hizo a Pierre ponerse en guardia de nuevo, mientras aumentaba su respeto hacia la inteligencia de la joven, que así lo unía a su destino. Gaylord acusó el golpe con una sonrisa.

—Esa es otra cuestión. Mr. Vallon nos hará el honor de ser testigo imparcial de nuestra boda cuando se celebre. Probablemente, tratará de convencerla a usted para que acceda a ella. Y lo hará porque es también un hombre inteligente y sensato.

—Habrá de explicarse mejor...

Pierre estaba adivinando las intenciones de Gaylord, y una fría cólera le dominaba, dejándole lúcida la mente. Se volvió a la muchacha, hablando seco, en español.

—Lo haré yo, señorita Ojeda. Usted ignora porqué vine aquí. Mi abuelo compró todas las tierras colindantes a la isla y más allá que pudo, y lo hizo en secreto, poniéndolas a mi nombre. Todas esas tierras tienen petróleo en el subsuelo. Tal vez millones. Gaylord lo descubrió, y también Rockett, el otro jefe de «gang» que mató a mi abuelo. Ellos compraron el resto de las tierras petrolíferas de la zona, y lo mantienen callado, librando una lucha sorda por el total dominio que obtendrá el que consiga mis propiedades. Por eso todo lo que sucede y parece inexplicable... Lo malo es que yo descubrí la verdad, pues mi abuelo era más listo de lo que imaginaba. Anoche puse fuera de combate a Rockett, por el momento. Y hoy vine a ofrecer a Gaylord mis tierras a cambio de un millón de dólares contantes y sonantes, y las debidas garantías.

La muchacha le miraba con total incredulidad.

—¿Es... cierto eso?

—Totalmente—. Gaylord había tomado su copa y la alzó con dura y burlona sonrisa—. Como usted misma, el señor Vallon prefiere los caminos rectos. Y ahora, ambos están, digamos, en mí poder. No deseo melodramatizar. Saben bien cuál es su situación. El juego es este: Usted se casa conmigo de buen grado, obtiene la joya y plena libertad, y yo compro a Mr. Vallon sus tierras por su precio, garantizándole la vida en la forma que él prefiera. O ni usted ni él volverán a salir de esta casa, hasta que se cumplan mis deseos.

CAPÍTULO XI

Dos horas más tarde, Pierre tuvo oportunidad de hablar a solas con Isabel Ojeda. Hasta entonces, Gaylord les había estado acompañando, entreteniéndoles con su charla y no pareciendo nada molesto por la tensa situación. Ahora les había dejado para meterse en su despacho por algún tiempo, no sin antes advertir cordialmente a Pierre que cualquier intento suyo de escapar de la casa le costaría una ráfaga de balas. Apenas quedaron solos en una de las amplias salas, Pierre sacó tabaco, ofreciéndole un cigarrillo a la muchacha.

—Confieso que usted era la última persona que esperaba encontrar aquí, señorita Ojeda —dijo en español—. A decir verdad, ni creía que usted existiera ya. ¿Hasta qué punto podemos hablar aquí?

—Toda la casa está llena de micrófonos ocultos, me parece —repuso la muchacha aceptando el cigarrillo. No le temblaba la voz, y Pierre estaba cierto de que ella le había estado escrutando a fondo todo el tiempo—. Pero hay un modo de hablar sin que nos oigan.

—¿Cuál?

—Haciéndolo en voz baja junto a uno de los ventanales del estudio. Venga.

Le precedió, airosa y bella figura juvenil, hasta el amplio estudio que se abría sobre una de las alas del edificio, en el piso alto. Pierre sorprendió al ver allí montones de lienzos terminados y a medio terminar, caballetes y demás accesorios para pintura. Mientras andaban, la joven le fue hablando:

—Nuestro anfitrión tiene la creencia de que sabe pintar. Este es su lugar favorito. Como verá, sus cuadros distan mucho de igualarse a los que colecciona procedentes de todos los ladrones del mundo.

—¿Todos son robados?

—Él dice que no, pero yo prefiero creerle así —había llegado junto a uno de los grandes ventanales laterales, pegándose mucho a él, y Pierre observó que apretaba algo con el pie, junto a la pared—. Acérquese, por favor, y no hable alto.

Así lo hizo él, inquiriendo:

—¿Qué pisa?

—Creo que es uno de los hilos del micrófono. Me consta que

tiene toda la casa llena de ellos y trampas de toda índole, además de sus pistoleros. Dígame; ¿piensa de veras convencerme para que me case con él a cambio de cobrar ese millón? Le advierto que no va a conseguir nada...

Sonriendo, Pierre hizo un gesto con la mano.

—Eso supongo. Y no es esa mi intención.

—Pero entonces... Ya le oyó. No nos dejará salir por las buenas, y por las malas es imposible. Yo lo intenté sin resultado. Su gente vigila noche y día, y además está ese dichoso sistema de micrófonos...

—Bueno, pues, sin embargo, no voy a quedarme.

—¿Tiene algún plan? —había ansiedad en los ojos hermosos—. ¡Por favor, Sáqueme de aquí! Le estaré toda mi vida...

—Cálmese. ¿Por qué no me cuenta primero su historia? Todo ese lío de la joya... La otra mujer me contó una historia demasiado fantástica...

—¿Qué fue lo que le dijo?

Pierre se lo refirió y la muchacha asintió con un gesto.

—Le contó la verdad. Lo que no le dijo es que yo me la tropecé en el barco que me traía a Nueva Orleans y cometí la estupidez de trabar amistad con ella y confiarle mi misión sin antes averiguar quién era. Parece ser que, como Gaylord dice, me siguió los pasos hasta convencerse de que le había dicho la verdad y entonces puso manos a la obra, asesinando a mí pobre y fiel criado...

Había dolor en su voz y su cara. Pierre la interrumpió.

—¿Cómo entró en contacto con mi abuelo?

—Le conocí en Laffite, el mismo día de mi llegada. Me pareció hombre de bien, y al saber que vivía cerca de aquí, le pregunté si podría tenerme una temporada como huésped, diciéndole que era periodista y quería estudiar los pantanos. Él no me creyó, desde el primer instante, pero accedió a tenernos en la isla. Más tarde, yo le confié la verdad, y prometió ayudarme. Por su parte, me habló mucho de usted, y con gran cariño. Estaba esperando su regreso, me dijo; y al decirlo sonreía de un modo raro, como si algo le regocijara. Ahora me doy cuenta... Bien, el caso es que nos llegamos a hacer muy amigos. Me llevó en su barca por todos los pantanos, hasta cerca de aquí incluso, y fue el primero en advertirme del peligro de entrar en esta casa. Yo estaba furiosa, y decidida a desenmascarar a Gaylord si no me devolvía la joya. No di importancia al hecho cuando me pidió le acompañara a la ciudad para firmar un documento por el cual figuraba que yo le compraba la isla bajo determinadas cláusulas. Me dijo que era para hacer más

segura mi posición aquí, pues Gaylord ya comenzaba a sospechar de mí...

—Sí, él siempre fue un viejo zorro...

—Estoy segura de que me estimaba, y por eso lo hizo. Bien, una mañana él se fue a ver unas trampas, encareciéndome que no me moviera de la isla. Pero a mí me acuciaba la inactividad, y apenas habían pasado un par de horas tomé el otro bote, diciendo al pobre Julio que me iba a dar un paseo por el lago, y no permitiéndole que me acompañara. Ojalá lo hubiera hecho...

Estando ya lejos, me asaltó la idea de vigilar esta casa yo sola. Tal vez encontrara un medio de recobrar la joya sin demasiados riesgos... Fue una tontería, pero la cometí. Yo estaba, y sigo estando, decidida a recobrar ese pectoral. Mi propósito era simplemente comprobar la presencia aquí de la joya. Y la idea que me asaltó, la de hacerme pasar también por periodista, extraviada casualmente durante un paseo, y conseguir que Gaylord me la mostrase.

—No era mala idea...

—Lo fue, porque él es más listo de lo común, y además me había visto en Lima. No tuve ninguna dificultad en entrar; me recibió como un perfecto caballero, y todo el tiempo estuvo jugando conmigo como el gato con el ratón. Me enseñó su colección secreta, y tuvo la desvergüenza de mostrarme el pectoral de esmeraldas que me pertenece. Advirtió, desde luego, mi expresión, y entonces descubrió su juego, llamándome por mi nombre. Tomada de sorpresa, traté tontamente de arrebatarse la joya y escapar, sin más resultado que ser prontamente dominada. Desde entonces estoy aquí presa, viviendo algo que parece increíble en este siglo y este país.

—Y ahora, él desea convertirla en su esposa. Podría ser una buena solución...

Isabel le miró derecho a los ojos.

—Yo no me casaré con Gaylord ni por salvar mi vida, ni por salvar mi honor —dijo sencillamente. Y en la misma serena sencillez de su respuesta había una fuerza enorme, definitiva. Mirándola, Pierre se sintió de pronto presa de un súbito desasosiego. Era demasiado hermosa y llena de atractivos esta muchacha... No Gaylord, cualquier hombre habría por fuerza de desearla para sí...

Ella pareció leerle el pensamiento, pues enrojeció de pronto y desvió la vista, mientras que Pierre trataba de sobreponerse al peligroso pensamiento. Quedaron silenciosos un minuto, y luego, Isabel inquirió sin mirarle aún:

—¿Qué piensa usted hacer?

—Muchas cosas. No me gusta que me den órdenes, y menos que me encierren contra mi voluntad. Gaylord es muy listo, pero ha cometido un pequeño error.

—¿Cuál?

—Menospreciar un tanto mi propia inteligencia. Ella le volvió a mirar, con esperanza.

—¿Cree que podrá...? Pero es imposible... Él tiene todos los triunfos en la mano.

—Eso parece. Y esa será nuestra oportunidad para convencerle de lo contrario.

—No podremos hacer nada. Sus hombres...

—Escuche, señorita Ojeda; creo que tendremos que correr juntos este albur y si es así, habrá de tener en mí confianza absoluta. ¿La tiene?

Ella parpadeó ante su vehemencia, antes de contestar, de nuevo un tanto arrebolada.

—Sí... creo que sí.

—Eso está bien. Siga escuchando, y no pregunte nada. Va a enseñarme todos los puntos en que usted crea haber descubierto hilos secretos de alarma. Va a enseñarme también dónde está la joya esa. Y su propio cuarto. Todo con los ojos, y una breve indicación en voz baja, mientras paseamos haciendo como que nos contamos nuestras cuitas. Y cuando nos retinamos de nuevo con el amigo Gaylord, sígame la corriente en todo cuanto yo haga o diga. Con plena confianza, ¿entiende?

—Desde luego. ¿Podremos escapar?

—Lo intentaremos esta misma noche. Y ahora aparte ese pie; y déjeme examinar el hilo...

CAPÍTULO XII

—Bien, mis queridos amigos. Supongo que habrán tenido una amena conversación comunicándose sus mutuas opiniones... ¿Inspeccionaron bien toda la casa?

—De arriba abajo, excepto aquello que sus hombres no nos han permitido ver, sí.

—¿Y cuál ha sido su conclusión?

—Demasiado bien guardada para mí. Creo que no me va a quedar otra salida que ayudarle a convencer a la señorita Ojeda de que usted resultará un marido modelo.

Gaylord enarcó ligeramente una ceja mirando el rostro impassible de Pierre.

—Muy sensata deducción... Me alegro que la haya alcanzado. Y espero que la señorita Ojeda termine por hacerlo también pronto.

Ella se limitó a encogerse de hombros y desviar la vista en altivo gesto. Pierre prosiguió en igual tono tranquilo:

—Todo es cuestión de tiempo, y al parecer, vamos a disponer de bastante aquí. A propósito. He oído hablar de sus tesoros, Gaylord. ¿No podríamos verlos? Así conoceré también el famoso pectoral de esmeraldas. Si no tiene inconveniente, claro...

Gaylord se puso a la altura de las circunstancias.

—Desde luego que no. Será para mí un placer enseñárselo, así como el resto de mi pequeña colección. Aún falta un rato para la cena. Vengan, por favor...

Llegaron a la puerta, recia y ornamentada, de la habitación que ya Isabel había señalado a Pierre. Y los ojos alertados de este no perdieron detalle de las manipulaciones de Gaylord mientras abría.

—Pasen, por favor...

Les hizo entrar, y pasó a su vez dando la vuelta a un conmutador. La amplia estancia se llenó de luz. Y la voz de Gaylord se alzó, ahora impregnada de evidente orgullo satisfecho.

—Como verá, vale la pena... Todos esos cuadros son de algún maestro, y completamente auténticos. Observe aquel Rafael... Pagué veinte mil dólares al hombre que lo robó en Florencia trayéndole hasta aquí. Ese otro es un Tiziano. Aquellos dos, del Pinturicchio. Esa cabeza de niño es de Murillo. Allí tiene un Palma el Viejo, un Mantegna...

Mientras hacía como que contemplaba los magníficos «chefs

d'oeuvre» de la pintura renacentista, Pierre vio que grandes cortinajes cubrían los huecos de las ventanas. Y cruzó una rápida mirada con Isabel, en un momento que Gaylord no se fijaba en ellos, señalándoles más maravillas y rarezas.

—Esta estatuilla es de Donatello. El que me la trajo tuvo que matar, pero vale la pena...

—¿Igual que con mi pectoral?

Gaylord miró a la tensa Isabel, esbozando una sonrisa dura.

—Ya le he dicho mil veces, querida, que no ordené tal crimen. Fue una desgracia. Mire, Vallon, ese tapiz de Gobelinos. Perteneció a un duque francés hasta hace unos años. Comprado legítimamente. Y lo mismo esa tiara persa absolutamente auténtica. Esta mascarilla faraónica me fue vendida por el que la encontró en una tumba del Valle de los Reyes. Y esta sable perteneció a los Mikados durante cinco siglos. Se lo llevó como recuerdo un alto oficial de nuestro país, sin saber lo que se llevaba. Y ahora contemple mi colección de joyas antiguas... Cada una de ellas, vale una fortuna, aparte su valor intrínseco. Y aquí está la joya de las joyas, aquella que me ha proporcionado el placer de tener conmigo a la señorita Ojeda. Maravillosa y única, como su antigua dueña, ¿no cree?

Pierre la contempló con curiosidad, mientras la muchacha palidecía haciendo un esfuerzo para contenerse. Sí, era maravillosa, y única...

Sobre una placa de oro finamente trabajado con figuras simbólicas en relieve, siete grandes esmeraldas destellaban dispuestas simétricamente, como otras tantas estrellas de luz propia. Por si sola, aquella joya ya justificaba cualquier acción...

Se apartó de ella, comentando despacio:

—Desde luego es soberbia, Todo aquí dentro es muy valioso, pero me da la impresión de una tumba de joyas artísticas. O mejor aún, escondite de un botín.

Gaylord rio despacio, como divertido.

—Es usted muy ingenioso, Vallon. Y no tenga empacho en llamarme acaparador de objetos robados, No me importa en absoluto. Lo que quiero, lo compro, o lo tomo, eso es todo. Cuadros, joyas... lo que sea. En este mundo todo es cuestión de precio, mis queridos amigos. Y de audacia.

—Yo diría que no todo. Y también que se ha dejado la falta de escrúpulos —fue la acre respuesta de la Joven. Gaylord se encogió de hombros.

—Cada cual alimenta sus propias opiniones, querida. Bien, ya han conocido mi tesoro. ¿Algún deseo más?

—Por mi parte, solo que me permita mirarlo con mayor detenimiento. Nunca he podido comprender del todo los motivos que impulsan a ciertos hombres a coleccionar y esconder obras de arte robadas, a sabiendas de que nunca podrán exhibirlas.

—Eso es porque usted carece del sentido del arte, mi querido amigo. De ser así, lo entendería. Venga, fíjese en ese vaso Tsang. Observe la traslúcida pureza, casi aérea, de la porcelana. Se diría hecho con un jirón de cielo primaveral...

Se había ido exaltando, presa de su manía, y Pierre, siguiéndole la corriente, estaba ojo alerta a su oportunidad. Ya había fotografiado cada detalle de la vasta sala. Ahora necesitaba acercarse a una de las ventanas...

Lo consiguió mientras Isabel, aleccionada por una de sus miradas, entretenía la atención de Gaylord con habilidad. No era nada fácil lo que se proponía, pero...

Sus manos tantearon a su espalda los pesados cortinajes, hasta encontrar la solución de continuidad entre dos de ellos. Y se introdujeron allí, descubriendo las persianas metálicas. Lanzó un hondo suspiro mientras se separaba. Nada que hacer allí. Debería haberlo previsto...

Siguió fingiendo que se interesaba por la colección y escudriñando todos los detalles de la estancia durante casi media hora, hasta que Gaylord dio por terminada la visita a su museo particular. Y continuó fijándose en todos los detalles de su maniobra para cerrar la puerta. Una leve sonrisa le curvaba los labios...

La velada fue bastante aburrida, a pesar de los esfuerzos de Gaylord para Animarla con su conversación. Isabel anunció pronto que se retiraba a descansar, y los dos hombres se levantaron para despedirla, quedando luego solos. Gaylord abandonó casi en el acto su barniz amistoso, para ponerse serio y hablar con voz lenta y dura, al tiempo que sus fríos ojos se clavaban en Pierre.

—Bueno, Vallon, ya ha podido comprobar que de aquí no se sale sin mi voluntad. Ha tenido todo el día para convencerse. Y ahora vamos a hablar de negocios usted y yo. Mañana por la mañana, usted me firmará la escritura de venta de todos sus terrenos por la suma de diez mil dólares, ni un centavo más. Usted cobrará ese dinero, y podrá irse a gastarlo donde le plazca...

—Creí que habíamos quedado en un millón... —habló suave Pierre, recibiendo una dura respuesta.

—Eso creyó usted. Mi precio es ese.

—Y si no lo acepto, supongo que no saldré jamás de aquí...

—Se equivoca. Saldrá... para ir a dormir en el fondo del lago. Le

creí mucho más inteligente después de lo que hizo a Rockett, Vallon. Me ha decepcionado.

—Lo siento. ¿Y cómo voy a fiarme de que me dará los diez mil y me dejará ir? Nada le impide matarme...

—Desde luego. Y lo haré si se atreve a hablar de lo aquí ocurrido. Ahora, váyase a su cuarto, y reflexione. No puede salir de aquí, ni enfrentarse sin armas con doce hombres armados y que saben usarlas. Confío en que mañana firmará, sin decir una palabra a la señorita Ojeda de esto. Ella debe seguir creyendo que usted cobra un millón por sus tierras.

—¿Con qué objeto?

—No le importa. Buenas noches, y no cometa tonterías. Me disgustaría tener que ordenar su muerte, Vallon.

Llamó, apareciendo dos hombres de inquietante catadura y armados con pistolas, a los cuales les indicó Pierre. Sin abandonar su calmosa apariencia, este se encogió de hombros y salió con un seco «buenas noches». Seguido por uno de sus guardianes y precedido por el otro subió al piso alto, deteniéndose ante una de las puertas, que el primero abrió, haciéndose a un lado y ordenándole seco:

—Pase.

Obedeció. Uno de los guardianes dio la luz, echó una ojeada a la habitación, y tras ello salió, cerrando por fuera. Los pasos de ambos hombres se perdieron por el pasillo...

Pierre examinó su habitación —calabozo—. Era amplia, cómodamente amueblada y agradable. Solo que la ventana estaba protegida por una cortina de acero que impedía ver el exterior. Por lo demás, nada parecía faltar allí...

Cinco minutos más tarde, Pierre estaba arrodillado en el suelo debajo de la ventana, examinando la juntura de pared y piso. Y poco más tarde, sentábase en la cama, quitándose los zapatos y manipulándolos con dura sonrisa.

Aquellos zapatos eran muy especiales. Los tacones giraron entre sus dedos, que extrajeron de ellos tinos cuantos diminutos utensilios. Y también las suelas, gruesas en apariencia, escondían en su interior pequeñas herramientas como de juguete, pero que hubieran hecho fruncir el ceño a Gaylord de haberlas encontrado. Solo que Gaylord no podía imaginar que su forzado huésped llevase aquel arsenal en sus zapatos, como ignoraba *otras* muchas cosas de Pierre Vallon.

Una pequeña herramienta del mejor acero dejó al descubierto prontamente determinado hilo grueso que corría por la juntura

entre suelo y pared, disimulado por el estuco. Y una lima no mayor en longitud que un cigarrillo lo cortó limpiamente en pocos instantes. Después, una delgadísima sierra de acero fue incrustada entre la cortina de acero y su alveolo, subiendo hasta tropezar en un obstáculo, que cortó, y la operación fue repetida en el otro extremo. Hecho esto, Pierre se dedicó a otra extraordinaria tarea. Renegar, lanzar tacos y dar paseos de un lado para otro, descalzarse con ruido, meterse en la cama renegando, y seguir haciéndolo durante un rato. Luego, se deslizó suavemente al suelo, sin hacer el menor ruido, fue a gatas hasta la parte trasera de la mesita de noche, tanteó allí hasta encontrar lo que buscaba, hizo funcionar unos diminutos alicates, y entonces se enderezó con un suspiro, procediendo a vestirse y calzarse de nuevo, tras lo que movió la mesita, dejando al descubierto el pequeño micrófono allí adosado.

—Bueno, Gaylord, ahora estarás seguro de que me fui a dormir tras haber estado tanteando por toda la habitación, y en un estado de ánimo bastante malo —rio entre dientes—. Verás que sorpresa te llevas más tarde, amigo...

La siguiente tarea consistió en trabajar la puerta de la habitación. Una hora más tarde del comienzo de todas aquellas manipulaciones, la puerta se abría sigilosamente, cortados los hilos del sistema de alarma y limpiamente forzada la cerradura. Y un sigiloso Pierre Vallon salía al pasillo, cerrando la puerta a sus espaldas con todo cuidado, de forma que nadie sospechara había sido abierta.

Paso a paso, con todos los nervios en tensión, Pierre avanzó por el pasillo a la escalera. Ya tenía una idea concreta de todo el planteamiento del edificio, y también le constaba que por lo menos dos hombres armados estarían vigilando uno en cada piso, aparte los que dormían aquí, en el alto. En una de las habitaciones estaban escuchando un programa de radio, y al aplicar el oído a la puerta oyó rumor de voces y chocar de vasos. Alguien jugando al póker...

Más adelante se detuvo al ver la ominosa silueta de uno de los que le subieron, que estaba parada ante el descansillo, dándole la espalda. Retrocedió sigiloso al fondo del pasillo. Hubiera podido atacar y vencer a aquel hombre. Pero no le convenía en absoluto...

Allí al fondo esperó hasta que los pesados pasos del otro se movieron. Si venía en su dirección estaba fea la cosa...

Pero el hombre solo llevó hasta la puerta de su cuarto, pegó el oído, empujó la puerta un poco, se encogió de hombros y volvió a marcharse. Seis metros más lejos, aplastado contra la pared, Pierre respiró hondo, dando gracias a su idea de cerrar al salir. Luego

avanzó detrás del centinela, sin hacer más ruido que su propia sombra.

El otro siguió de largo, cruzó el rellano y se metió por el pasillo frontero. Andaba despacio, pesadamente, sin volver la cabeza...

Pierre se deslizó a lo largo de la pared, miró hacia la escalera, a la espalda del guardián que doblaba, ahora el extremo del pasillo, y apenas lo hizo cruzó el rellano y bajó apoyando las puntas de los pies en los escalones y sin apoyarse en la barandilla. Tenía dos probabilidades contra noventa y ocho de que el guardián de la parte baja no estuviera vigilando la escalera.

No estaba. El hombre había escogido justo aquel momento para ir a ver si sucedía algo en el cuarto de Isabel, al parecer. Dando gracias «in mente» a la muchacha por estar siguiendo sus órdenes, y a su buena estrella, Pierre bajó las escaleras a toda prisa, hasta alcanzar el vestíbulo, ahora envuelto en la penumbra como casi toda la planta baja de la casa, y siguió por él hacia la biblioteca, por cuya puerta se escapaba una raya de luz amarilla y algo como el rumor de una conversación entre dos personas.

Llegado allí, aprestó el oído, pegándose a la puerta. La voz de Gaylord le llegó distinta, hablando a su interlocutor:

—Debe haberse quedado reflexionando acerca de su suerte. Le creía más inteligente, la verdad... Bueno, necesitamos deshacernos de él, y al mismo tiempo sin que recaigan sospechas sobre nosotros. Así que en cuanto firme, que firmará, le sacaremos de aquí ostensiblemente. Una vez en Nueva Orleans, lo alojáis en el Madeira y tú pasas a la gente de Rockett el aviso. De ese modo, ellos se encargarán de liquidarlo. Sobre todo, quiero que aparezca bien claro que las gentes de Rockett se hicieron con él en represalia por lo de anteanoche. De ningún modo he de aparecer metido yo en esto, ¿comprendes? El venderá a Martyn, y Martyn a mí más tarde. Yo compraré legalmente, y nada más. Nunca habré conocido a ese individuo.

—Descuide, jefe, que así se hará. ¿Qué hacemos con Olga y sus chicos? Han estado rondando por aquí todo el día, y ya se ponen fastidiosos...

—Déjalos, mientras no pasen a mayores. En cuanto me haya casado con la señorita Ojeda, voy a calentarles la tierra debajo de los pies de tal modo, que se darán por satisfechos si consiguen salvar el pellejo. De todos modos, esa gata me agrada. Es lista, y acaso lleguemos a un acuerdo. Limitaos a asustarlos, pero sin derramar sangre. De ninguna manera quiero que la policía meta aquí sus narices.

—Va a ser difícil. Ese gordo comisario de Laffite las tiene muy largas...

—Si se pone pesado se las cortaremos. Vete. Buenas noches. Y que no descuiden la vigilancia de ese Vallon. A pesar de todo, no acabo de estar seguro de que es tan estúpido como aparenta...

Los pasos de un hombre se acercaban a la puerta. En la sombra, Pierre separóse de ella, con los músculos tensos para entrar en acción...

El hombre abrió, silueteándose contra el recuadro luminoso. Era más bien bajo, delgado, estaba en mangas de camisa, y llevaba un arma en funda sobaquera. Parecía muy tranquilo y confiado al cerrar la puerta y dirigirse hacia el vestíbulo difusamente iluminado.

Pierre le cayó encima saltando desde la sombra a sus espaldas apenas había avanzado dos pasos. Su diestra se le cerró sobre el cuello al tiempo que la izquierda le tapaba la boca con un pañuelo hecho una bola y le clavaba una rodilla en los riñones. Atrapado por sorpresa, el otro perdió el resuello, se estiró, quiso y no pudo gritar y revolverse...

Afianzándose sobre un pie, Pierre le volcó encima todo su peso, derribándolo sobre la espesa alfombra, le atrapó el cuello con una presa de judo mientras el atacado trataba de defenderse y fraccionó con todas sus fuerzas, retorciéndoselo. Se escuchó un leve y ominoso chasquido, y de pronto el otro se relajó con violencia, quedando flácido sobre la alfombra... muerto.

CAPÍTULO XIII

Pierre se irguió sobre sus rodillas, mirando alrededor. No se escuchaba ningún ruido delator de que la breve y mortal lucha hubiera provocado la alarma. Como quiera que fuese, su suerte continuaba protegiéndole...

Aspirando hondo, se incorporó, tomando al muerto por las axilas, y lo arrastró con cuidado hasta un rincón del vestíbulo, debajo de la escalera, metiéndolo allí detrás de un historiado mueble. La penumbra —casi oscuridad— que llenaba aquella parte de la casa, haría pasar inadvertido el cadáver mientras no se encendiesen las luces. Y no podía hacer más...

Tras quitarle la pistola y el cargador suplementario, que metió en sus bolsillos, se deslizó sin hacer ruido a través del vestíbulo hacia el otro extremo de la casa. Tenía un objetivo primordial que cumplir antes de hacer una visita a Gaylord en su despacho.

Casi en el extremo de la planta baja, se detuvo junto a una puertecilla cerrada, sacando sus minúsculos instrumentos y manipulando con ellos en la cerradura durante unos pocos minutos. El tiempo urgía, y cada segundo podía significar la muerte irremisible. Por eso sus manos trabajaban seguras y serenas mientras todos sus sentidos estaban en tensión.

Al fin, la puertecilla cedió, abriéndose poco a poco a la presión de sus manos. Pierre encendió el encendedor que acababa de quitarle a su víctima, escondiendo la luz entre sus manos, y dirigiéndola al interior del cuartito. Estaba este —más bien un hueco de cómo metro y medio por un metro— vacío en sus paredes laterales. La frontera presentaba un completo cuadro de instrumentos como el de una centralilla eléctrica.

Rápidamente, Pierre fue desconectando palancas. Terminada su tarea, volvió a salir, cerró la puerta con sigilo y avanzó, ya sin casi preocuparse de hacer ruido, pero tan alerta como antes, hasta el despacho de Gaylord, por dónde aún salía la luz; pasó de largo, dirigiéndose a la habitación aledaña, manipuló en la puerta, abriéndola con facilidad, iluminó el camino con el encendedor a través de la amplia habitación, y fue hasta otra puerta, que abrió suavemente al tiempo que empuñaba la pistola arrebatada al muerto.

En medio de la estancia, y sentado a la enorme y magnífica mesa

de trabajo, Gaylord, envuelto en lujosa bata de seda, examinaba con suma atención algunos documentos. Al parecer, estaba abstraído en ellos, y aunque casi se hallaba de costado, no le vio entrar y encañonarle.

—Buenas noches, Gaylord.

Como si una descarga eléctrica lo galvanizara, el dueño de la mansión se revolvió, mirándole y profiriendo una interjección incrédula. La misma incredulidad que apareció por un momento en toda su expresión.

—¡Usted! ¿Cómo diablos...?

—No se mueva, Gaylord, si en algo aprecia su pellejo —la voz calmosa de Pierre cortaba como una arista de hielo—. Y no trate de llamar a nadie. Acabo de desconectar todo su sistema de micrófonos y timbres de alarma. Además, esta pistola lleva, como puede ver, silenciador. Y no sentiré el menor escrúpulo en matarle, créame.

Con una rapidez que hablaba muy alto de su autodomínio, el rostro de Gaylord se convirtió en una máscara inexpresiva con dos ojos que semejaban placas de hielo azul. Repuso despacio, mientras Pierre se le acercaba:

—Le presento mis excusas, Vallon. Equivoqué mi juicio sobre usted.

—Eso ha ocurrido a algunos.

—¿Qué va a hacer ahora?

—Marcharme y llevarme a la señorita Ojeda y su pectoral de esmeraldas.

—Es usted muy audaz, Vallon... ¿Sabe que hay quince hombres, aparte de mí, dentro de esta casa?

—Catorce. Al que estaba con usted hace poco le he roto el cuello. Esta es su pistola.

Apareció algo como un destello admirativo en los ojos de Gaylord.

—Me gusta usted, Vallon. Será una lástima tener que matarle. Hubiera sido un placer tenerle como socio.

—Ahora es un poco tarde para cortesías, Gaylord. Levántese.

El dueño de la mansión así lo hizo, despaciosamente, bajo la vigilancia implacable de Pierre.

—No intentará que subamos al primer piso, ¿verdad? —dijo lento—. Hay un hombre de guardia allí, y en cuanto le vea comprenderá la situación.

Pierre se mordió los labios. No había caído en ello. Y tenía que correr el albur...

—Puede —dijo, tomando una súbita decisión—. De todos modos, vamos a ir. Vaya delante, y no cometa tonterías. Tiraré a matar.

—No tengo ninguna ga...

Se había vuelto mientras hablaba, y ahora daba la espalda a Pierre. Este tomó la pistola por el cañón, calculó matemáticamente el sitio, alzó el brazo y golpeó seco y contundente detrás de la oreja derecha de Gaylord. El dueño de la casa cortó su frase con un gemido y se derrumbó inconsciente en el suelo. Atrapándolo en el aire, Pierre lo dejó sobre la alfombra, comprobó que su inconsciencia era verdadera, miró alrededor en busca de algo con que amarrarlo, lo encontró en el cordón de su propia bata, lo amarró y amordazó a conciencia, y luego se enderezó, acercándose a la mesa-escritorio y tomando los papeles.

Una ojeada le bastó para comprender su mucha importancia. Doblándolos, se los metió en un bolsillo, así como otros que encontró en un cajón abierto y que no se molestó en examinar. Luego, su atención se fijó en una caja de marfil tallado de maravillosa belleza, que estaba puesta a un lado, sobre la mesa. Una corazonada llevóle a levantar la tapa, y suspiró fuerte al ser heridos sus ojos por el destellar de las joyas. Alargando la diestra, extrajo del fondo de la caja inimitable pectoral da los Ojeda y lo contempló en silencio, mirando luego al inconsciente Gaylord.

—Zorro astuto... Querías sacarme de aquí y te falló de nuevo la cosa. Casi estoy por creer en la leyenda de esta joya... Bueno, a por Isabel y a salir de aquí antes de que la cosa se ponga fea.

Saliendo del despacho al oscuro exterior, avanzó hacia la escalera pistola en mano tras haber cerrado la puerta a su espalda. Y permaneció agachado contra el arranque de la misma mientras el centinela de arriba se quedaba parado en lo alto encendiendo un cigarrillo. Luego, al reanudar el otro la marcha, subió tras él como un gran gato cauteloso.

Al llegar al rellano del primer piso los pasos del guardián de arriba comenzaron a acercarse, pesados y pausados. Pierre se escurrió hacia el lado de la habitación de la muchacha. El que vigilaba el primer piso estaba al otro extremo, y también tardaría poco en llegar aquí. Le era necesario esperarlo entre la oscuridad del fondo del pasillo, para atacarlo por sorpresa sin que el de arriba y los demás notasen nada...

Llegaba ya frente a la puerta del cuarto de Isabel y se disponía a pasar de largo cuando de arriba sonó una voz queda:

—¡Mike!... ¡Mike!

Se detuvo, envarándose. La respuesta del guardián del primer piso no tardó.

—¿Qué te pasa?

—¿Quieres darme fuego? Este maldito encendedor mío no sé qué le pasa, y tengo ganas de fumar.

—Bueno, baja un momento.

—Lo mismo da que subas, hombre. La chica no se va a escapar, y el peligroso es el tipo ese, aunque no veo qué podrá hacer...

—Está bien... Pero, al jefe ya sabes que no le gusta vemos de tertulia cuando hay pájaros que guardar.

—Él está abajo con Sorge. No va a subir precisamente ahora, para ver lo que hacemos.

—¡Hum! No sería la primera vez. ¿Cómo anda ese tipo?

—Debe haberlo tomado con calma. No se le oye desde hace mucho rato. La verdad es que no se oye nada esta noche en toda la casa. Parece como si se hubieran apagado todos los ruidos...

Sigilosamente, mientras los dos guardianes departían, Pierre se acercó a la puerta del cuarto de la joven, extrajo sus «herramientas» y comenzó a manipular en la cerradura. Ahora sí que contaban los segundos... Mientras sus manos ágiles impulsaban la fina ganzúa removiéndola hasta enganchar el pestillo, sus oídos estaban atentos a la apagada conversación que los dos guardianes sostenían apenas a diez metros de distancia y ocultos a su vista por la esquina del pasillo. Si continuaban conversando un par de minutos más...

Con leve chasquido, la cerradura cedió, y Pierre empujó la puerta, metiéndose dentro. De la oscuridad llególe una pregunta silbante, queda...

—¿Es usted...?

—Sí. Cállese...

Cerró con cuidado, evitando hacer el menor ruido, y se quedó pegado contra la puerta, conteniendo incluso el aliento. Terminada la charla, los guardianes se habían separado, y el del primer piso se estaba acercando pausadamente. Se detuvo al otro lado de la puerta unos instantes, y continuó su camino hacia el fondo del pasillo. Nada había notado...

Aspirando con fuerza, Pierre extrajo el encendedor. La diminuta llama le mostró a Isabel, vestida con una falda azul, una blusa de seda y una chaquetilla del mismo género de la falda, y calzada al parecer con zapatos bajos, parada en medio del cuarto, al lado de la cama medio removida. Ella se le acercó, hablando ansiosa:

—¡Gracias a Dios!... ¿Cómo lo ha...?

—No es hora de hablar —cortó él, dándole el encendedor—.

Tome, sosténgalo y alúmbreme. ¿Hizo lo que le dije?

Ella señaló las sábanas rasgadas y anudadas para formar una cuerda.

—Ya lo ve. ¿Cree que podremos...?

Por toda respuesta, él metió la mano en su bolsillo y le alargó el pectoral. Al verlo, la muchacha emitió un leve grito de emoción, tomándolo y mirándole con una expresión que puso de repente fuego en las venas de Pierre.

—¡Lo consiguió!... ¡Oh!... Yo nunca... nunca podré agradecerle...

—Deje eso —le conminó él, seco. Estaba sintiéndose muy desasosegado por la mirada de la joven, su belleza, la proximidad de ella y el encontrarse ambos aquí, en la tibia intimidad de la alcoba —. Ahora no es momento de palabras. He muerto a un hombre, y dejado a Gaylord sin sentido y amarrado en su despacho. He desconectado todo el mecanismo de alarma del edificio. Podemos escapar, pero hemos de darnos prisa, mucha prisa... y tener mucha suerte. Alúmbreme mientras fuerzo la cortina.

La mirada de la muchacha se había hecho más intensa... o tal vez era efecto del juego de luz y sombras en su rostro. Pero su voz queda tenía un tono nuevo al replicar:

—Sí, señor. Dígame cómo.

Se fueron a la ventana, y Pierre se inclinó sobre la cerradura de la cortina de acero. Tenía esta un par de ranuras verticales, como aspilleras, y estaba dispuesta de modo que un hombre parapetado tras ella pudiera batir una amplia porción de terreno. La cerradura no era demasiado difícil de forzar, ahora que ya estaba desconectado el sistema de alarma. Las manos de Pierre manipularon en ella al tiempo que la muchacha le iluminaba escuetamente. Para ello se había casi pegado a él, y el contacto ocasional de sus cuerpos ponía en las venas de Pierre aceleraciones y escalofríos. En su mente, pensamientos que a pesar de sus esfuerzos no podía desechar y le tenían muy preocupado...

Al fin, y con un seco chasquido, la cerradura cedió. Metiendo los dedos por debajo, Pierre fue elevando la cortina de acero centímetro a centímetro, rogando «in mente» que no chirriara. A su lado, la respiración de la muchacha le quemaba la nuca y podía ver de reojo el agitado palpar de su pecho...

Por suerte, las cortinas de acero estaban bien aceitadas. Y pronto penetró en sus pulmones la fresca brisa del golfo. La ventana estaba abierta. Abierto el camino para la libertad...

Rápidamente, Pierre fue a la cama, recogió la cuerda de sábanas, la estiró para comprobar su solidez, afianzó algunos

nudos, ató un extremo al pesado armario adosado junto a la ventana, miró hacia fuera, comprobando el silencio y la oscuridad que rodeaban la casa, y arrojó la cuerda de sábanas. Quedaba un poco corta. Casi un metro. Pero era suficiente...

Se volvió hacia Isabel.

—Vamos, vaya delante. Apenas llegue al suelo, corra hacia aquellos árboles.

Sin chistar, ella obedeció. Pero la falda le impidió alcanzar el alféizar. Pierre la tomó por la cintura, izándola con ligero esfuerzo. Pesaba muy poco, pero el contacto de sus manos con el cuerpo de ella fue como un latigazo para su sangre. Y debió traspasársele a la joven, pues, ya sentada sobre el alféizar, se volvió hacia él, clavándole la mirada de sus ojos magníficos y quemándole el rostro con su respiración...

Un instante después, las manos de Pierre subían a sus hombros, atenazándola, y sus bocas se juntaban.

CAPÍTULO XIV

Fue un beso instintivo, a la vez violento y suave. Pierre sintió las manos de la muchacha engarfiarse en sus hombros, y después la oleada de pasión cedió, dejándole de nuevo la cabeza despejada. La separó, y quedaron mirándose jadeantes.

—Lo siento, Isabel —dijo él, roncamente—. Pero no estoy arrepentido. Baje ahora.

Sin contestarle, ella se soltó, asió la cuerda y se deslizó por ella ayudándose con rodillas y pies. Pierre permaneció contemplándola con medio cuerpo afuera, y tratando de domeñar los potentes sentimientos que le agitaban. Aquel beso había sido como una inesperada revelación...

Cuando ella llegó al extremo de la cuerda, subióse él mismo y comenzó a deslizarse a lo largo de la pared. La casa seguía en silencio, y la suerte parecía continuar protegiéndoles. La brisa del golfo era fresca y sedante. Un cuarto de hora de buena fortuna más, y Gaylord tendría que morderse las uñas en derrota.

Llegó al suelo. Isabel seguía allí, sin haber ido hacia los árboles. Pero no era aquel un momento para regaños. La tomó de la mano y corrió hacia el extremo del jardín a toda la velocidad que le era posible, en compañía de la joven. Ella trataba de mantener su paso, pero resultaba evidente que no lo conseguía. Le fue, pues, preciso amainar, y comenzó a hablarle mientras corrían hacia los árboles.

—Tengo amigos esperándonos al otro lado del lago con una lancha. Si conseguimos diez minutos más, la gente de Gaylord no nos podrá atrapar. Conozco todos estos andurriales como la palma de mi mano. Y ellos no van a atreverse por los tremedales de noche. ¿Podrá aguantar una buena carrera?

—Yo creo que sí...

Siguieron corriendo hasta los árboles, y luego a través de ellos sin detenerse. Pierre mantenía el oído atento a todos los ruidos provenientes de la casa. Al parecer, todo iba bien para ellos. Que durase un poco más...

Pronto se introdujeron en la selva propiamente dicha. La intención de Pierre era rodear el lago y atravesar después hacia el lago Norval, una pequeña sábana acuática a unas seis millas escasas, donde les estaban aguardando Pratt y otros dos en una canoa, tal y como habían quedado antes de que Pierre dejara Nueva

Orleans.

Pero no habían avanzado doscientos metros por el estrecho sendero cuando una voz seca restalló a sus espaldas:

—¡Arriba esas manos y quietos!

Con una imprecación, Pierre se revolvió echando mano a su revólver mientras Isabel emitía, un grito de alarma. Dos sombras emergieron de la oscuridad y antes de que Pierre pudiera sacar su arma, algo chocó contra su cabeza, llenándosela de estrellas y de sombras...

Despertó sintiendo una sensación de frío y un tremendo dolor en la nuca. Incorporándose y dominando las violentas arcadas, se palpó la parte de la cabeza más dolorida, encontrando un coágulo de sangre sobre la oreja izquierda y una brecha bastante grande al parecer. Con un esfuerzo, se levantó del suelo y miró alrededor. Estaba metido entre el follaje, y solo.

Quitándose la camisa, la rasgó en tiras, vendándose la cabeza. Le habían quitado la pistola, así como todo lo que llevaba en sus bolsillos. Y sabía quién fue...

Apretando los dientes, echó a andar. A los pocos pasos en círculo encontró la senda y el lugar donde le habían atacado. También pudo comprobar otra cosa que le hizo meterse deprisa en la espesura. Gaylord había debido dar la alarma, y sus hombres estaban llegando por el camino... con perros.

Aquella era una comprometida situación donde las hubiera. Tenía que pensar rápido, y obrar más rápido aún. Volvió a meterse en la espesura y se encaramó a uno de los árboles, agazapándose entre sus ramas bajas. Tal vez los perros se despistasen con tantas huellas y pasaran de largo, siguiendo a los raptos y a Isabel...

El ruido que hacían al acercarse le demostró que eran varios. No los pudo ver pero sí les oyó. Y supo que Gaylord venía con ellos. Su voz sonaba seca y dura al pasar a pocos pasos de distancia.

—No pueden haber ido muy lejos, de noche, por mucho que Vallon conozca el terreno. Aquí parece ser que se han detenido... Bueno, «Sharp» tiene buen olfato y les seguirá la pista adonde sea...

—Es raro que no hayan ido a por una de las canoas...

—Tal vez temieron no tener tiempo y que hubiera algún guardián. Démonos...

Su voz y los pasos de los otros se perdieron en la espesura. Pierre bajó del árbol esbozando una dura sonrisa y salió al sendero, regresando a la casa. Ahora tenía un nuevo plan...

La casa estaba enteramente iluminada, y parecían haber hombres en ella. De todos modos, no podrían ser muchos. Y en

cualquier caso, no era la casa, sino el embarcadero, la meta de Pierre.

Deslizándose por entre los árboles primero y luego por entre los macizos del jardín, contorneó la casa y llegó al sendero que llevaba al embarcadero, avanzando desde entonces con todo lujo de precauciones. Probablemente habría algún guardián allí, pero probablemente también, no esperaba recibir la visita del hombre al que sus compañeros andaban persiguiendo y se suponía lejos.

Una vez en el borde del agua se metió por entre los pilares del embarcadero, nadando silenciosamente hasta salir al otro lado; y una vez allí trepó hasta la plataforma superior, sin preocuparse de los pequeños botes, tres en total, amarrados cerca de la caseta, y mucho menos de la gran gasolinera. Sacando la cabeza sobre la plataforma oteó hasta descubrir al hombre puesto de pie y rifle en mano que estaba plantado firme sobre sus piernas en el extremo del embarcadero.

Lentamente, Pierre se izó a pulso hasta la plataforma, se puso de rodillas y se escurrió al amparo de la caseta. Al parecer, solo estaba aquí este hombre alertado. Eso era bastante bueno...

Un madero de cómo un metro de largo y bastante pesado se hallaba tirado junto a la caseta. Lo tomó y avanzó pausadamente a la espalda del guardián. Este permanecía quieto mirando hacia el lago. Las luces de la casa no llegaban allí, y el lugar permanecía iluminado solo por las estrellas...

Llegaba Pierre a unos dos metros del hombre cuando una tabla crujió bajo sus pies. En el acto, el otro se volvió con una interjección, levantando el arma.

Pierre saltó hacia delante con todo su ímpetu y levantó la tabla pegándole con ella en plena cara y cortando su grito de alarma. El hombre trastabilló medio inconsciente y antes de que pudiera disparar, Pierre le golpeó, enviándole al suelo sin sentido.

Un instante después se hallaba sobre él. Le había arrebatado el rifle y la pistola y estaba corriendo hacia los botes. Saltó a uno de los pequeños, lo desamarró, tomó los remos, afianzándolos, y bogó con todas sus fuerzas sacándolo del embarcadero y llevándolo a lo largo de la orilla.

El bote era pequeño, de fondo plano y con motor fuera de borda. Resultaba ligero para manejar y pronto estuvo Pierre a cien metros de la casa. Doscientos metros más allá, y antes de que se hubiese descubierto su nueva hazaña, alcanzó la entrada de un canalito estrecho, por el cual metió el bote, convirtiendo los remos en pértigas para impulsarlo. Así caminó durante casi media hora, antes

de decidirse a poner en marcha el motor. Luego que este llenó de ronroneos el aire nocturno, empuñó el timón, y fue guiándolo por el laberinto de pequeños canales, ojo avizor a los muchos peligros de las ramas bajas, hasta salir a un ancho canal que iba hacia el sur.

Hora y media más tarde estaba entrando en el lago Dubac.

Paró el motor, caló los remos y se dio a remar rápidamente. Pero al llegar aproximadamente a la mitad del lago se desvió hacia la orilla Sur, prosiguiendo casi pegado a ella hasta alcanzar la isla de su abuelo. Todo estaba tranquilo cuando amarró el bote a una raíz de mangle y saltó a tierra empuñando el rifle. Despacio, conteniendo sus impulsos, avanzó hacia la casa...

Antes de llegar a ella ya había columbrado la luz en una de las ventanas. Por eso rodeó el lago. Ahora estaba seguro de no haberse equivocado en sus suposiciones. La mujer llamada Olga y sus compinches habían traído aquí a Isabel después de haberle puesto a él fuera de combate. Y lo que le estuvieran haciendo a la joven llenaba de chispas la sangre de Pierre Vallon.

Llegó a espaldas de la casa, pudiendo oír rumor de voces apagadas. La contorneó rápido, tan alerta como un gato montés. Y eso le salvó cuando desde el tejado se le vino encima una figura humana blandiendo un afilado cuchillo.

La acción de su atacante al caerle encima produjo un ligero ruido. El suficiente para que Pierre saltase a su vez hacia adelante girando al mismo tiempo. Su salto hizo al otro errar el golpe, y la punta del cuchillo se limitó a desgarrar superficialmente la espalda de Pierre desde el hombro izquierdo para abajo mientras el atacante perdía a medias el equilibrio quedando por un momento en desamparada posición. La reacción de Pierre fue fulminante y mortífera. Hizo girar en rápido molinete el rifle y golpeó con todas sus fuerzas el cráneo de su ofensor, cascándolo como si fuese una nuez seca.

El golpe sonó hueco en la noche, acompañado de un sordo gemido. Y el hombre del cuchillo se derrumbó quedando hecho un guiñapo en el suelo. Pierre se inclinó sobre él el tiempo justo para comprobar que era el llamado Alonso y que yo no necesitaba vigilancia alguna. Luego prosiguió su avance con dura sonrisa, contorneó la esquina de la casa y se aproximó a la ventana iluminada, pegándose a la pared y mirando a su interior.

CAPÍTULO XV

Al parecer, los de adentro no habían oído la breve lucha. Eran tres: Isabel, sentada en una silla con los brazos atados al respaldo, la cabeza erguida, desafiante la expresión y la blusa entreabierta y algo desgarrada; la mujer que se había hecho pasar por ella cuando Pierre llegó aquí, parada delante suyo con gesto agresivo; y el gigante, cruzado de brazos y contemplando la escena, detrás de ella. La cerrada ventana le impedía oír lo que se hablaba, pero no tuvo ninguna duda acerca de que la mujer llamada Olga estaba amenazando y pidiendo algo. Tal vez la joya...

Luego, mientras miraba, Olga se volvió al gigante dándole una orden, y él se fue hacia Isabel. Esta trató de levantarse, diciendo algo, pero las manazas del hombre la dominaron a pesar de sus violentos esfuerzos, tan fácilmente como si se tratase de una niña. Y Olga se le acercó, metiéndole la diestra en el corpiño y sacando de allí el pectoral con una expresión de satisfecha alegría.

Pierre no esperó más. Avanzó hacia la puerta rápidamente, decidido a intervenir. Al llegar a ella, se dio cuenta de que solo estaba ajustada, pero no cerrada por dentro. Aquellos granujas eran una rara mezcla de desconfianza e imprevisión...

La voz de la mujer llamada Olga sonó seca y ominosa en sus oídos:

—Mi querida señorita Ojeda, esto acaba nuestra estancia aquí... para todos nosotros. Ya hemos perdido demasiado tiempo y corrido riesgos de sobra. Ahora tenemos lo que hemos buscado. Y en cuanto a usted, no nos molestará más. Juan va a retorcerle el cuello ahora mismo, y echaremos su cadáver en cualquier canal perdido mientras viajamos a Nueva Orleans. Cuando la encuentren, si es que la encuentran, pensarán que la mató nuestro amigo Vallon, o mejor aún Gaylord...

Pierre no esperó a oír más. De un violento empujón abrió la puerta con estrépito, plantándose en medio del umbral rifle en mano.

—Se acabó el juego. ¡Quietos y arriba las manos!

Isabel gritó de alegría, Olga de rabia y temor. En cuanto al gigante, se revolvió sujetando a la muchacha con una maldición, y pareció presto a lanzarse contra el intruso. Pero se detuvo al ver el cañón del rifle apuntando a su cabeza.

—¡Pronto, suéltala! —ordenó Pierre, fríamente—. O te vuelo los sesos.

—¡No lo hagas! —chilló Olga.

Con fría sonrisa, Pierre le encaró a ella el rifle, diciendo:

—De acuerdo, preciosa. Entonces será a ti a quién vuela esa linda cabeza. Tú verás qué prefieres.

La mujer palideció, dando un paso atrás. Y el gigante soltó a Isabel, que se apartó de prisa de su lado. Olga mordió fieramente las palabras.

—Debía haberme fijado mejor. Ese imbécil de Alonso... Pero si cree que nos ha dominado, señor, está equivocado...

—Lo que yo creo es cosa mía. Y como puedes ver, muchacha, mi cabeza es lo bastante dura para resistir un culatazo.

—Si yo se lo hubiera dado, no estaría ahora aquí —rezongó el gigante, mirándole atravesado.

Pierre apenas se dignó sonreír.

—Gracias por decirme quién lo hizo. Ya se lo devolví. Y ahora, haced el favor de ponerlos juntitos, pichones. ¡Vamos!

Rechinando los dientes, Olga pareció dispuesta a obedecer. El gigante se movió entonces, pareciendo ir a hacerlo. Los dos cambiaron una mirada rápida.

—¡Cuidado, Pierre!

El alertado aviso de Isabel resultó innecesario, pues Pierre no les había perdido de vista a ninguno de los dos. Cuando el gigante cambió su torpe movimiento por otro rapidísimo atrapando una silla y lanzándosela, él giró el rifle, enviándole una bala. El disparo tembló en cien ecos dentro de la cabaña, y alcanzado en pleno pecho, Juan se tambaleó, deteniendo sus ímpetus. Casi en el mismo instante, Pierre vio por el rabillo del ojo cómo Olga extraía algo de sus vestidos y columbró el destello de la pistola. Pero Isabel también lo vio y obró velozmente, echándosele a la otra encima y pegándole con la cabeza en el brazo. Olga gritó, disparó, pero la bala apenas si rozó el hombro de Pierre, yendo a clavarse junto a la puerta. Un instante después, Olga se revolvía para disparar contra Isabel, el gigante se reponía tratando de abalanzarse sobre Pierre mientras este tomaba a fijar en él su atención, y viendo que la distancia era ya demasiado corta para disparar, pues una de las manazas de Juan ya se había alargado hacia el rifle, lo desvió hacia abajo, evitando por milímetros que lo atrapara, hizo con él un molinete y le pegó en plena cara con el cañón cuando ya se le venía encima.

El golpe medio aturdió al gigante, pero a su vez él pudo

descargar otro que dejó entumecido el brazo de Pierre haciéndole soltar el rifle. Pierre se escurrió como un gato por entre las potentes zarpas, pegó una fiera patada en la espinilla a Juan, atrapó una silla y la arrojó de lado contra Olga, acertándole de lleno en el preciso momento en que iba a disparar contra la medio caída e indefensa Isabel, y derribándola y haciéndole fallar de nuevo el disparo, que rozó la cara de la joven. Olga gritó de dolor al recibir el impacto, y su grito fue como un revulsivo para el gigante, que se lanzó rugiendo contra Pierre, sacudiéndole un manotazo que medio lo levantó del suelo, enviándolo contra la mesa.

Aturdido, sintiéndole bailar luces en los ojos, Pierre sacudió la cabeza, vio que el gigante extraía un enorme cuchillo de caza de su cinto y se le venía encima, levantó un pie, haciendo apoyo en la mesa con sus manos y le golpeó con él en la boca del estómago, quitándole el resuello y haciéndole gruñir. Aprovechando el momentáneo respiro, se escabulló por debajo de él, esquivando por milímetros una cuchillada que de acertarle lo habría abierto en canal, giró sobre sí mismo al tiempo que se sacaba la pistola del bolsillo del pantalón, y revolviéndose, le metió una bala en la rodilla derecha al gigante, deteniendo su impulso homicida y haciéndole caer sobre la rodilla sana.

Pero aun así, no estaba todo resuelto. Juan continuaba armado de cuchillo, y a pesar de sus heridas le sobraba vitalidad para la lucha. En el suelo, Olga se había repuesto, y de nuevo empuñaba su pistola. Isabel, atada como estaba, tuvo el valor y la sangre fría de dejarse caer de nuevo al suelo y encoger las piernas, pegándole con los pies en el costado y el brazo y haciéndole perder de nuevo el arma. Olga se le echó encima, furiosa, y la golpeó y arañó mientras trataba de recuperarla. Pierre se olvidó por un instante de ellas dos para atender a Juan, que trataba de levantarse sin soltar el cuchillo y bramando maldiciones. Toda la parte delantera derecha de la camisa del gigante estaba empapada de sangre, y su apariencia no podía ser más feroz.

Decidido a acabar de una vez, y repugnándole asesinarlo a sangre fría, Pierre atrapó otra de las sillas, la enarboló en alto y le pegó con ella. Juan se protegió la cabeza con un brazo y la silla medio se hizo añicos al golpe. Pero antes de que pudiera recobrarse, Pierre le golpeó con todas sus fuerzas. Y esta vez, el gigante se derrumbó en el suelo, soltando el cuchillo y quedando inconsciente.

Rápido, Pierre se volvió a las mujeres. Olga se había puesto encima, de Isabel y la golpeaba en la cara y el pecho gratando de correrla a un lado, pues la joven se había echado sobre la pistola y

la ocultaba con su cuerpo, aguantando los dolorosos golpes sin poder defenderse. Pierre cayó sobre la arpía, la atrapó sin ningún miramiento por el pelo, echándole la cabeza hacia atrás, y le sacudió una violenta bofetada que la envió chillando y aturdida contra el suelo, Empujándola con el pie rudamente, Pierre se guardó la pistola, adargó una mano y levantó a Isabel, hasta ponerla de rodillas. La muchacha tenía la cara arañada, los labios partidos, desgarrada la blusa y el pelo suelto. Pero le miró de un modo glorioso mientras le decía:

—Desáteme, por favor...

Sin perder de vista a Olga, Pierre retrocedió hasta recoger el cuchillo del gigante, y volviendo junto a la muchacha segó rápidamente las ligaduras de sus muñecas. Olga estaba ya recobrándose y se incorporaba en el suelo, despeinada y furiosa, destruida la belleza de su rostro por una mueca feroz. Trató de recoger otra vez su pistola, y de nuevo se lo impidió Isabel, poniéndole el pie encima de la mano y haciéndola aullar de dolor. Pierre se inclinó a tomar el arma y se la dio a la muchacha, diciéndole:

—Tome, puede servirle. ¿Dónde puso está gata el pectoral?

—Se lo guardó en el pecho.

Olga se había retirado hacia atrás, sujetándose la mano lacerada. Y ahora se incorporó, llameantes los ojos de odio impotente. Pierre se guardó la pistola y le dijo con frialdad:

—Bueno, amiguita, ya ves que has perdido la partida. Entréganos la joya por las buenas.

—¡Jamás! ¡Yo os da...!

Había ido moviéndose hacia atrás, y ahora saltó hacia la pared, alargando la mano hasta un cinto colgado de ella, donde había un cuchillo metido en su funda, debajo de un par de rifles. Pierre le adivinó la intención, saltó sobre ella y la atrapó, tironeándola y echándosele encima. La mujer le insultó, se revolvió, le arañó y pateó... pero pronto él la tuvo dominada en una presa dolorosa, la espalda de ella contra su pecho y sus brazos sujetos allí. No obstante, ella siguió pateando y revolviéndose, sobre todo cuando Isabel se acercó a recuperar su pectoral, lo cual consiguió con no poco trabajo.

—Deme esa cuerda —le pidió Pierre—. Y sujetaremos bien a esta arpía.

Así lo hicieron entre ambos, atándola no solo de manos, sino de pies también. Jadeantes, ambos se pararon en medio de la estancia, mirando a la vencida mujer que mezclaba ahora lágrimas con

insultos y amenazas. Y de repente, Pierre se envaró, aprestando el oído.

—¡Un momento!

—¿Qué ocurre? —se alarmó Isabel, mientras trataba de arreglarse los restos de la blusa sobre el pecho, arrebolada aún.

Sin contestarle, él saltó sobre el caído gigante y aguzó el oído desde el umbral.

A lo lejos, desde el norte, llegaba el ruido inconfundible de motores acercándose por el lago.

Rápido, se volvió al interior de la cabaña y ordenó a la muchacha:

—Coja uno de esos rifles y salga. ¡Aprisa!

Ella le obedeció sin chistar. Mirando a Olga, que había cesado en sus gimoteos y amenazas, Pierre le dijo duramente:

—Amiguita, te has metido en un buen brete. Veremos cómo te las arreglas para convencer a Gaylord de que eres amiga suya. Ahí viene y nosotros te dejamos.

Tomando el otro rifle, salió de la cabaña, cogiendo a la muchacha de la mano.

—Vamos, démonos prisa.

—¿Es Gaylord de veras?

—No puede ser otro. Han estado siguiendo la pista con perros. Dese prisa. Tengo un bote al otro extremo de la isla. Por aquí...

Corrieron jadeando por entre los árboles, hasta salir al otro lado, cerca de donde Pierre tenía amarrado el bote. La muchacha apenas si podía tenerse de pie, y se metió en él, dejándose caer con un suspiro hondo. Pierre desamarró el esquiife y tomó los remos, alejándose de la isla. Luego puso en marcha el motor, tomó la caña del timón y dijo a la joven:

—Tenemos que correr el albur, Isabel. Si nos oyen, vendrán tras nosotros. Pero una vez metidos en el pantano, les desafío a qué nos cacen. Y tal vez no nos oigan por algún tiempo, permitiéndonos ganarles alguna ventaja.

Por toda respuesta, las manos de la muchacha fueron a posarse sobre la que él había puesto sobre su rodilla. Luego, elevó hacia él la cara y dijo suavemente:

—Yo tengo plena confianza en usted, Pierre. Absoluta...



Pierre le golpeó con toda su fuerza...

CAPÍTULO XVI

Las estrellas estaban ya inclinándose hacia el oeste, y alto el lucero del alba. El hombre y la mujer que huían por entre los pantanos estaban en silencio ahora. Hacía un rato que él, sintiéndose lo suficientemente fuerte, había parado el motor y conducía el bote con los remos por uno de los estrechos canales que eran como túneles oscuros bajo los grandes árboles festoneados de lianas. Los remos no hacían apenas ruido al introducirse en el agua, y su avance resultaba casi fantasmagórico. Hasta pocos minutos antes habían sentido tras ellos el «plop-plop» de las canoas perseguidoras, pero ya no se oía. Seguramente, los hombres de Gaylord habían perdido la pista en el enorme pantano.

Hacía frío ahora. Isabel se estremeció, apelotonándose en el fondo del bote y tratando de taparse los desnudos hombros con las manos. Notando su gesto, Pierre le habló afectuoso:

—Debimos habernos apoderado de alguna prenda de abrigo antes de salir de la cabaña. Y lo malo es que no tengo ni camisa para ofrecerle...

—No se preocupe por eso —la voz de la muchacha sonaba extrañamente dulce en la oscuridad—. Podré aguantar el frío.

—Nos queda todavía un buen trecho hasta llegar adonde esperan mis amigos. Tuve que acudir en su auxilio cuando retorné en mí. Lo que no comprendo es cómo no me remataron...

—Ellos tenían miedo. Miedo a Gaylord y a que yo gritara. Ese gigante me dominó con la ayuda de la mujer, y el otro, que le dio a usted el golpe con su rifle, le creyó muerto y lo sacó a un lado del camino a una orden de ella. Luego me arrastraron consigo, amenazándome con degollarme si gritaba. Tuve que Obedecerles. Me llevaron a través de la selva hasta un bote que tenían en un canal y me metieron en él, entrando todos ellos. Por el camino, la mujer me estuvo interrogando acerca de lo que había sucedido y el paradero de la joya. Yo no contesté, y ella me abofeteó. Luego me ataron las manos a la espalda y se pusieron a discutir. La mujer estaba segura de que nosotros habíamos huido con la joya. Los hombres no lo parecían tanto. El que le había pegado a usted les enseñó unas herramientas que le había quitado al registrarle y... dijo... —titubeó antes de seguir— que usted tenía que ser por fuerza un ladrón de primera fila, pues tales herramientas solo estos las

poseían...

Pierre rio suave.

—Muy inteligente ese perillán. ¿Qué más pasó?

—Decidieron llevarme a la isla y allí registrarme. Luego desaparecer y marcharse a Nueva York, de manera que pareciese que era yo quien viajaba. No lo dijeron, pero comprendí que su intención era matarme. Me asusté enormemente, más nada podía hacer. Tuve que resignarme cuando comprendí tal cosa. Llegamos al fin a la casa, me metieron dentro y comenzaron a atosigarme para que les dijese dónde tenía guardado el pectoral. Luego... la mujer me lo quitó, guardándoselo, y dijo al gigante que era hora de deshacerse de mí y marcharse. Él fue a cogerme... y entonces entró usted, dándome la mayor alegría de mi vida. ¿Cómo pudo hacerlo?

—Tengo la cabeza bastante dura. Debí estar poco tiempo sin sentido. Me desperté en el preciso momento, de descubrir que Gaylord ya había dado la voz de alarma y sus hombres nos seguían la pista con perros. Probablemente utilizaron alguna prenda suya, y eso me salvó de que me olfatearan. Luego me fui al desembarcadero, puse al guardián fuera de combate y me llevé este bote. Conozco la región mucho mejor que Olga y sus compinches, y por eso les gané mucho terreno. Desembarqué por detrás de la casa, acercándome con precaución, y cuando Alonso se me echó encima desde el tejado lo esquivé y le deshice la cabeza de un culatazo. Después, ya lo sabe. Y ahora, con un poco de suerte, pronto estaremos a salvo. Una vez en la lancha de mis amigos, Gaylord tendrá muchas dificultades para cazarlos.

—Ojalá sea así... Yo estoy agotada...

—Ponto llegaremos...

Alargó instintivamente una mano para acariciarle los cabellos, y ella se dejó hacer sin protesta. Eran suaves como seda, y fragantes. Pierre se sintió lleno de una poderosa fuerza vital, y habló casi sin pensarlo:

—Isabel, cuando esto termine, creo que voy a hablarle de algo muy importante para mí.

La sintió estremecerse.

—¿No... puede decírmelo ahora?

—Pues... sí, tal vez sí. Antes, cuando la besé...

Se detuvo en seco, separando la mano de la cabeza de la joven. Ella inquirió, asustada de súbito:

—¿Qué ocurre, Pierre?

—¡Silencio!

Detuvo la barca, quedando todo oídos. Y luego metió el remo

derecho en el agua haciéndola virar y encarándola hacia los cañaverales mientras hablaba quedo:

—Nos hemos escapado de milagro. Hay una barca en el canal a menos de cien metros y están acercándose a golpe de remos. Por suerte, el viento viene de allí, y me ha permitido oír la voz de alguien que se quejaba. Agáchese, que vamos a meternos entre las cañas.

—¿Cree que sean ellos?

—Es lo más lógico. Deben llevar algún experto consigo. Una de sus barcas ha dado un rodeo cuando nos perdieron, y se ha metido por este canal para cortarnos el paso por sorpresa. De no haber sido por el viento y esa interjección...

Metió la lancha por entre los espesos cañaverales y los árboles de retorcidos troncos, utilizando para ello tan solo las manos. La tarea era difícil por demás, y peligrosa. Las serpientes venenosas solían pulular por entre las ramas y los troncos de los árboles, y la mordedura de una de ellas sería mortal. Pero era preferible correr aquel riesgo que el que representaban los hombres de Gaylord...

Después, Pierre detuvo la canoa, casi incrustada entre las cañas, y tomó a Isabel por los hombros, atrayéndola.

—Silencio, por favor...

Ella se le apretujó instintivamente. El chapaleo de los remos era ya distinto, y no tardaron en tenerlos casi enfrente. Una voz ronca de hombre llegó a sus oídos.

—Malditos sean este sucio pantano y esa pareja de idiotas. ¿Estás seguro, Potter, de que tenían que venir por aquí?

—Completamente. El conoce los pantanos, y va derecho hacia el lago Ballard. Apagó el motor antes de entrar por este canal, imaginando que por su estrechura no lo descubriríamos y nos despistaría.

—Pues no lo oímos ni tropezamos —dijo una tercera voz—. Y ya me pone los pelos de punta este maldito lugar. Si el jefe no da con ellos pronto, y no se le oye, me parece que vamos a tener que oírle. Está furioso...

—Bueno, nosotros no tuvimos la culpa. Estábamos jugando en nuestro cuarto. Y ese Vallon parece un tipo de mucho cuidado. Creo que lo mejor es que nos detengamos aquí y esperemos la llegada de ellos, si de veras tomaron este camino...

—Para eso, mejor es retroceder unos metros, donde se ensancha el canal un poco. Allí no hay peligro de culebras.

—Pues andando, que solo mentarlas ya me pone enfermo...

Volvieron a chapalear los remos, y la barca se retiró mientras los

hombres dejaban de conversar. Pierre susurró al oído de Isabel:

—Nos han cortado el paso. Debe de venir otra lancha detrás de nosotros. Y no podemos enfrentarnos con esos tres. No nos queda otro remedio que correr el albur del pantano. Es muy peligroso, pero creo que lograremos escabullirnos. ¿Se atreve?

—Yo haré lo que usted mande, Pierre...

—Pues vamos. Procure no hacer ruido, o estaremos perdidos. Tiéndase en el fondo de la lancha. Así no correrá peligro de serpientes.

Ella obedeció, mientras Pierre comenzaba a deslizar el bote por entre los árboles y las raíces, metro a metro, esquivando ramas, bejucos y lianas traicioneras, atento a todo, envuelto en la total oscuridad...

Durante casi media hora prosiguió aquel dantesco deslizarse por el pantano. Una fría niebla se estaba elevando de las aguas estancadas y comenzaban a cantar algunos pájaros. De vez en cuando se desgarraba el follaje y podía verse un trozo de cielo estrellado que comenzaba a adquirir un tono gris. Un frío húmedo hacía tiritar a Isabel en el fondo del bote, pero Pierre no lo sentía, alerta como estaba a conducirlo y esquivar los peligros...

Luego, el bote chocó contra algo, y él habló:

—Hemos tocado tierra firme. Levántese, pues ahora tenemos que andar.

Ella le obedeció. Pierre saltó a tierra, dándole la mano. Se colgaron los rifles de los hombros.

—Sígueme procurando pisar donde yo lo haga. Esto está infestado de coroceras y mocasines. ¿Tiene mucho miedo?

—Bastante...

—Yo también. Pero según mis cálculos, solo estamos a media milla del lago Bailará y la lancha de mis amigos. Podremos hacer el camino por tierra firme hasta la orilla del lago. Con un poco de suerte, todo resuelto.

Echaron a andar. Isabel apretaba la mano de Pierre con fuerza, y a él le agradaba enormemente aquel contacto. Pero no era momento para romanticismos. La selva pantanosa estaba repleta de peligros mortales. Comenzaba a clarear, pero la niebla, espesa y maloliente, era el mayor peligro, al esconder los tremedales al ojo más avezado. Pierre avanzaba encorvado, pisando despacio y al mismo tiempo examinando cada rama y cada bejuco. Por tres veces se detuvo a tiempo, evitando hundirse en uno de los implacables lodazales. Otras dos espantó serpientes grandes, pero no venenosas, mientras Isabel se le apretaba atemorizada. A veces, un fuerte chapaleo les

indicaba la presencia de uno de los casi extinguidos caimanes del golfo, escondido en aquellos andurriales nunca visitados por el hombre...

EL tiempo transcurría lento, pesado, como aquella atmósfera mefítica. Ya casi podía distinguirse el camino a un par de metros de distancia bajo la gris claridad del alba...

Pierre hizo una pausa en el camino cuando llegaron a un pequeño claro, y la soltó, diciéndole:

—Síntese en esa raíz y descanse un poco. Nos quedan apenas doscientos metros para alcanzar el lago, si no me equivoco. Una vez allí se habrá acabado la pesadilla y podrá descabezar un buen sueño.

Isabel así lo hizo. Sentíase agotada al máximo, entumecida, helada, lacerada... Se estremeció, sacudiendo los desnudos hombros y trató de sujetarse la rota blusa sobre el busto sin mirarle a él. Pierre, por su parte, la contemplaba de modo intenso, diciéndose que es extraño cuán inesperadamente puede cambiar para un hombre la vida y sus planes para el porvenir...

Ella cruzó las piernas, mirándole. Apenas si podían verse los rostros, borrosos en la difusa luz gris. Pero su tímida y gloriosa sonrisa llenó de calor las venas del hombre.

—Usted debe estar deshecho, Pierre —dijo dulcemente—. Yo creo...

—¡Quieta! ¡No se mueva!

La voz y la expresión de Pierre habían cambiado súbitamente. No la miraba a ella, sino por encima de su hombro derecho, al tronco en que medio se recostaba. A la fea cabeza triangular y el sinuoso cuerpo amarillento y moteado que había aparecido por detrás del árbol, estando la primera apenas a treinta centímetros de la espalda de Isabel.

Esta no se movió. Perdió de golpe todo resto de color, y silbó apenas:

—¿Una... serpiente?

—De las peores. Una corocora. No se mueva, por Dios...

Mientras hablaba, su diestra se deslizó suave hasta alcanzar la pistola que se había metido en el cinto y la levantó centímetro a centímetro, apuntando a la cabeza del reptil. Este se había detenido y contemplaba a la muchacha rígida y al hombre parado enfrente, indeciso sobre a quién atacar. Isabel había contenido hasta la respiración, y miraba a Pierre con ojos dilatados...

Pierre estaba rezando entre dientes mientras llevaba su arma al punto justo. Apretó el gatillo, y el silencio fue roto en mil pedazos.

Alcanzada de lleno en la cabeza, la serpiente se estiró coleteando y fue a caer, ya inofensiva, sobre la espalda de Isabel, que incapaz de contener los nervios por más tiempo, chilló, saltó, y corrió a refugiarse sollozando entre los brazos de Pierre.

El trató de calmarla, mientras la estrechaba contra su pecho. La besó en los cabellos y en la frente, hablándole con cariñosa dulzura. De pronto, su mirara se cruzó con la de Isabel, sintió su cálido aliento en la mejilla y la nerviosa presión de sus manitas. Ella ya no tenía miedo. Estaba esperando, deseando...

Se inclinó sobre ella, y la besó. Un beso que fue correspondido...

CAPÍTULO XVII

Se separaron tras el instante emotivo y revelador, quedando mirándose a los ojos. Y Pierre habló roncamemente:

—Es inútil decirlo con palabras, me parece. Me he enamorado de ti, Isabel, y esto es lo más hermoso que jamás me ocurrió.

—¡Querido...!

Era una confesión a la vez tímida y apasionada como su beso. Pierre la volvió a besar, gustando despacio el sabor de sus labios. Después, aspiró hondo, volviendo a separarla.

—Debemos conservar la cabeza, Isabel. O de lo contrario, ni tú ni yo podremos gozar jamás de nuestro amor. Este disparo habrá sido oído en una milla a la redonda. Y no creo que nuestro amigo Gaylord y su gente anden tan lejos. Tenemos que apresurarnos a llegar al lago y adonde están nuestros amigos, si no queremos que nos atrapen antes.

Isabel se estremeció, pero ahora no de frío. Y le aferró por el brazo, contestando:

—Vámonos entonces, querido. Trataré de no quedarme atrás...

Él le tomó su rifle, echándoselo con el suyo a la espalda y la tomó de la mano sacándola del claro. Ahora se sentía capaz de luchar contra el mundo entero si preciso fuera para salvar y defender a la mujer que de manera tan sencilla e inesperada se había adueñado de su corazón. Y tenía que sacarla con bien de aquel atolladero, costase lo que le costase...

Por su parte, la joven le seguía dócilmente, alegre y ligera a pesar de su cansancio, sin preocuparse ya por las lianas, las serpientes, las espinas, los tremedales ni casi los enemigos humanos. El amor había estallado de repente en su espíritu, cegándola con su cálida luz y tenía una ilimitada fe en este hombre serio, alto y fuerte que en el curso de las últimas veinte horas le había demostrado de mil modos su hombría y su valor.

Avanzaron así con bastante rapidez, dado lo difícil y peligroso del terreno y el obstáculo de la neblina húmeda y espesa. Cada vez había más luz, y de repente salieron de la verde densidad de la selva pantanosa a la orilla de un pequeño lago sobre el cual se elevaba la niebla como una alfombra blanquecina. Pierre respiró hondo, y se volvió a mirar a Isabel, sonriente.

—Bueno, se acabó lo peor. La lancha debe estar atracada a unos

cien metros de aquí, a la derecha. ¿Estás muy cansada, o puedes aún andar?

—Estoy rendida, pero aún puedo aguantar esos cien metros...

Él la tomó por los hombros, la besó, y le dijo suave:

—Eres una valiente mujercita. Vamos.

No era tan fácil como parecía el camino, pero sabiendo que a poco trecho estaba la salvación, los dos sacaron fuerzas de flaqueza, especialmente la muchacha. De pronto, delante de sus ojos emergió una masa más oscura que el agua, pegada a la orilla casi. Y sobre ella vieron moverse dos figuras humanas. Pierre se detuvo y señaló a Isabel aquellos hombres.

—Ahí está la lancha. Son Pratt y su amigo. Vamos a la orilla, que nos enviarán un bote para recogernos.

Los hombres de encima de la lancha estaban soltando un pequeño bote a popa y uno de ellos se montó en él, remando hasta la orilla. Pierre tiró uno de los rifles, y se agachó a coger a Isabel en brazos para subirla a bordo sin que se mojara. No había entrado con ella dos pasos en el agua cuando a sus espaldas sonó una voz conminativa:

—Mejor que no se muevan, Vallon. Están ustedes encañonados por mi gente.

Pierre se quedó rígido, mientras Isabel se apretaba contra él con un corto grito de terror. El hombre del bote continuó remando, y el que estaba sobre la lancha empuñó un rifle, apuntándoles. Sin moverse, Pierre volvió la cabeza.

De los árboles cercanos estaban surgiendo tres hombres armados de rifles. Y otros dos cerraban la playa por, ambos extremos, apenas a diez metros de distancia. Estaban bien cogidos...

Sintiendo helársele la sangre en las venas a la vez que una cólera fría y violenta le dominaba, Pierre habló, a la aterrada muchacha:

—Hemos caído, en una trampa... Debí haber previsto esto...

Gaylord apareció empuñando una pistola. Llevaba cabeza vendada, y vestía pantalones de montar y botas altas. Se les acercó con dura y helada sonrisa, ordenándoles:

—Vamos, salga del agua y deje en tierra a la señorita Ojeda. Levante luego los brazos bien altos.

Pierre obedeció, apretando los dientes. Ya en la orilla, dejó a Isabel en tierra y levantó las manos, mientras dos hombres se le acercaban, metiéndole en los riñones los cañones de sus armas con poca cortesía y despojándole del rifle y la pistola. Gaylord hizo una cínica reverencia a la muchacha, contemplándola de modo que ella se arreboló cruzando las manos sobre el pecho con un gesto

instintivo, y luego miró a Pierre de forma que no le auguraba nada bueno.

—¡Vaya, al fin terminó la caza! —dijo con acento suave y mortal—. Confieso que me ha dado bastante quehacer, señor Vallon, y que me veo obligado a dar de mano a mis buenos propósitos, sintiéndolo de veras por ambos. ¿Dónde está el pectoral?

Pierre y la joven dieron la callada por respuesta. Gaylord rio quedo.

—Eso es una tontería. Si lo tiene usted, Vallon, será cosa muy fácil el quitársela. Y si lo guarda la señorita Ojeda, como imagino, será mucho mejor que me lo entregue de buen grado. De no hacerlo así, me veré obligado a usar la fuerza.

—No dudo que será capaz de ello —replicó Isabel, mordiendo las palabras—. Pero yo le aseguro que las cosas no quedarán así. Tendrá que matarnos a los dos para encubrir sus crímenes...

—Calla, Isabel, y déjame llevar a mí este asunto.

Gaylord cambió de expresión, mirándoles curioso y a la vez irritado.

—¿Conque esas tenemos? —silbó las palabras—. ¡Vaya, vaya!... Imagino que la azarosa y romántica aventura les ha hecho caer el uno en brazos del otro... Bueno, de eso y otras cosas hablaremos luego en mi casa. Chuck, átale las manos a él, y de modo que no se pueda desatar. Si trata de resistir, Vallon, dispararán contra usted. Y lo mismo si Isabel se pone brava...

Pierre pareció dispuesto a decir algo. En aquel momento, un pájaro cantó lejos, a la derecha, y casi enseguida le respondió otro a sus espaldas y luego otro algo más cerca que los anteriores. Los pistoleros de Gaylord, y este mismo, no pararon mientes en la cosa, pues otros pájaros estaban cantando, y arriba, sobre la niebla que llenaba la superficie del lago impidiendo ver nada a cincuenta metros de distancia, estaban destellando los rayos del naciente sol. Pero Pierre cambió automáticamente de expresión, esbozando una sonrisa y relajando los miembros. Habló calmoso a Isabel:

—No te resistas, querida. Nuestro amigo Gaylord es muy capaz de llenarme el cuerpo de plomo si no somos sensatos...

Gaylord parpadeó, desconcertado. Aparte él, había otros cinco hombres suyos en la pequeña playita y el que estaba sobre la lancha. Todos bien armados. Antes de que pudiera decir algo, Pierre le interpeló con suavidad:

—Imagino que habrá asesinado a mis amigos, ¿no es así?

—Se equivoca. Los cogimos por sorpresa hace apenas media hora. Estaban esperándoles a ustedes muy descuidadamente, y por

eso nos fue fácil descubrirles y acercarnos. Trataron de resistir, pero les quitamos las ganas muy pronto. No están muertos, desde luego, aunque sí uno un poco maltratado. Es usted el que va a morir, mi querido amigo, una vez me haya firmado ciertos documentos.

—¿Y cómo va a hacérmelos firmar, si se puede saber?

—Muy fácilmente —señaló a Isabel con la cabeza—. Ahí tengo el medio. Usted firmará antes de consentir que le hagamos daño a la señorita Ojeda, a quién por lo visto ama, si no me equivoco. Si así lo hace, ambos tendrán de premio una muerte rápida. Si no... bueno, ya lo verán con sus propios ojos y lo sentirán en sus propias carnes.

—Muy melodramático, Gaylord. ¿De veras cree que podrá salirse con la suya?

—Siempre lo hago. Y esta vez será también así.

Ustedes dos, usted especialmente, se han hecho peligrosos para mi seguridad. Nunca mato si no es necesario, pero ahora lo es. Aún tiene que decirme cómo se las arregló para salir de su cuarto y desconectar el sistema de alarma, Vallon. Me lo dirá... y morirá. Uno de mis hombres ha muerto a sus manos, y otro casi. Eso se paga con la vida.

—Muy interesante. Pero yo de usted no estaría tan seguro, Gaylord. ¿Quién le dice que todo va a resultarle tan bien? Yo que usted echaría un vistazo hacia el lago...

Más que sus palabras, fue su tono de voz quien hizo a Gaylord y sus hombres mirar alarmados hacia el lago. Y al hacerlo, la cara del primero se contrajo, mientras a duras penas contenía una exclamación que no contuvieron los demás.

La niebla se estaba levantando lentamente. Y lentamente también, dos lanchas rápidas del servicio de guardacostas, con los motores parados, estaban acercándose a la orilla del lago. Sobre ellas, parapetados en las proas, casi una docena de hombres, la mayoría de uniforme, todo ellos empuñando armas automáticas, las apuntaban sobre el grupo.

—Y hay otros tantos rodeándonos entre los árboles —habló calmoso Pierre, bajando los brazos—. Si os molestáis en mirar alrededor, muchachos, podéis verles. Vosotros decidiréis qué es mejor: hacerles frente a tiros y terminar en la silla los que no mueran en la refriega, o tirar las armas y salir con cinco años de cárcel como máximo.

Los hombres de Gaylord titubearon indecisos. La súbita aparición de las lanchas guardacostas les había cogido de sorpresa. El mismo Gaylord parecía desconcertado. Pero de pronto esbozó una dura sonrisa y miró a los ojos a Pierre.

—Buena jugada, Vallon, pero no tan buena como cree. Muchachos, nada de disparar. Esa es la Ley, y nosotros estamos con ella. El amigo Vallon y su amiguita van a tener que responder por robo y asesinato. Sí, por ambas cosas. Hay un muerto en mi casa y un hombre malherido, y una ventana forzada. Y también una joya valiosa robada, que yo adquirí de manera legal en este país y puedo probarlo. Ustedes dos van a tener que trabajar mucho para convencer a la policía de su historia. Y a mí me va a costar muy poco. Tengo influencias y dinero, amigos...

—Le van a hacer falta, Gaylord —sonrió Pierre.

Isabel se le acercó Impulsiva, cogiéndole del brazo.

—Es muy capaz de acusarte, Pierre —habló tensa—. Escuche, Gaylord; le daré el pectoral sí...

Pierre le acarició los cabellos, denegando:

—No vas a tener que dar nada, querida. Bueno, aquí están los hombres de la Ley.

Por entre los árboles y acercándose por la orilla del agua, aparecieron hasta diez hombres armados con rifles y subametralladoras. Delante de todos venían el comisario de Laffite y su ayudante, así como otro hombre alto de mediana edad, vestido de paisano.

—¡Abajo esas armas, perillanes! —ordenó el comisario, con voz tonante.

Y de mala gana, los hombres de Gaylord las tiraron, así como este. Gaylord se adelantó al encuentro de los hombres de la Ley. Las dos lanchas guardacostas estaban paradas a veinte metros escasos de la orilla.

—¡Hola, comisario! —saludó ampuloso—. Llegan ustedes a tiempo. Llevamos toda la noche dando casa a este par de granujas y asesinos.

El comisario y el hombre alto cambiaron una rápida mirada. Y el segundo inquirió con leve ironía:

—¿Y eso por qué?

—Anoche asaltaron mi casa, mataron a uno de mis criados, malhirieron a otro y a mí me golpearon dejándome inconsciente, robaron algunas joyas valiosas de mi colección y escaparon en uno de mis botes. Ella aún llevará el botín encima. Regístrenla y verán.

—¡Es usted un canalla y un...! —estalló Isabel.

Luego, al sentirse mirada por todos, frenó su ímpetu y fue a cobijarse en los brazos de Pierre, consciente de su semidesnudez y enrojeciendo.

El comisario se quitó su chaqueta y se acercó, tendiéndoselas

con amistosa sonrisa.

—Tome, póngase esto. Estará helada.

Gaylord frunció el ceño, protestando:

—Resulta usted demasiado galante con los delincuentes, comisario. Me parece que tendré que hablar de esto con el jefe de policía del Estado.

—Tendrá que hablar usted de muchas cosas, sí —le contestó duramente el hombre alto—. De más de las que se imagina. Para empezar, puede hablar conmigo. Soy el inspector Dalziell, del F. B. I., y hace mucho tiempo que le ando siguiendo los pasos en espera de esta oportunidad. Alargue esas manos. Foster, ponle las esposas.

Gaylord palideció, apretando los dientes, y alargó la cara con gesto agresivo.

—¿Conque del F.B.I., eh? Pues aunque fuera el mismo Hoover, va a tener que arrepentirse de esto, Dalziell. Voy a hacer...

—Usted no hará nada. Queda detenido acusado de asesinato, compra de objetos robados, inducción al asesinato, contrabando, robo y unas cuantas cosas más. Cualquier cosa que diga en adelante le prevengo que será utilizada contra usted.

Gaylord se revolvió, mientras le ponían las esposas. Sus hombres estaban siendo esposados también. Pierre sonreía, e Isabel permanecía aturrida, sin comprender del todo lo que pasaba.

El inspector Dalziell se volvió hacia ellos, sonriente, y alargó la diestra a Pierre, que se la estrechó.

—¡Hola, Vallon! Debe haber pasado una noche muy movida...

—Bastante, señor. Permítame presentarle a la señorita Isabel Ojeda. Una hermosa y valiente mujer a quién Gaylord tenía secuestrada...

—Tanto gusto, señorita. Ya conocíamos algo de su asunto. Ahora la llevaremos a una de las lanchas y tomarán una buena taza de café, pudiendo dormir después un rato...

—Yo... —Isabel miró de uno a otro de los dos hombres sonrientes—. No comprendo.

—Me figuro que Pierre no le habrá dicho nada. Y es claro que el amigo Gaylord no comprende gran cosa tampoco. Bueno, Pierre Vallon ha sido durante años uno de nuestros mejores agentes en la Interpol. Había solicitado un permiso para ver a su abuelo, y entonces supimos que aquí estaban sucediendo cosas raras. Hace tiempo que estábamos tratando de meter las narices en esa casa-fortaleza de Gaylord, pero no podíamos hacer nada, pues en apariencia se mantenía dentro de la Ley. Cuando Pierre nos habló de las cosas extrañas que aquí ocurrían, le dimos órdenes. Solo que

las cosas se precipitaron un poquito. Como sea, anoche penetramos en la residencia de Gaylord por asalto y encontramos en ella pruebas más que suficientes para enviarlo a la silla. Luego nos dedicamos a buscarles a ustedes. Pudimos localizar las canoas de Gaylord viniendo a este lago y esperamos hasta que tuvo su trampa preparada para ustedes. Entonces le tendimos la nuestra. Afortunadamente, hemos llegado a tiempo.

Entonces ocurrieron dos cosas Gaylord se desinfló, mientras sus hombres mascullaban en voz baja sordas maldiciones. E Isabel se desmayó en los brazos de Pierre.

EPÍLOGO

La tarde de aquel día estaba ya bastante mediada cuando Isabel Ojeda salió de la habitación que había ocupado desde por la mañana en el Hotel del Caribe, en Nueva Orleans. Las ocho horas largas de sueño y una buena ducha habíanle dado de nuevo su normal vitalidad; y un traje comprado de encargo y que le había entrado la camarera poco antes junto con un par de medias oscuras, permitíanle ocultar las señales de los golpes y arañazos recibidos la noche anterior. No podía decirse lo mismo de su cara, pues el maquillaje no conseguía borrar los arañazos y señales de la furia de Olga. No obstante, Pierre, que la esperaba en la salita contigua a su alcoba, la encontró maravillosamente bonita.

Él había dormido un poco después que llegaron a Nueva Orleans, y aparecía fresco y despejado. Fue al encuentro de la joven, tomándola por los hombros con dulzura y besándola en los labios, que ella le ofrecía entre ruborizada y sonriente.

—Estás tan linda como un amanecer, querida. ¿Has descansado bien?

—Completamente. Estaba tan rendida... ¿Y tú?

—Un poco. Tenía muchas cosas que hacer. Pero un buen masaje me ha dejado como nuevo.

Soltándose un poco, Isabel le miró a los ojos.

—Hay muchas cosas que me tienes que explicar. Pierre —dijo seria—. Eso de que seas un agente del F.B.I...

—Lo era. Ven, siéntate aquí y te revelaré todo el misterio.

La condujo al pequeño sofá y la hizo sentar, rodeándole los hombros con un brazo mientras ella esperaba, interesada.

—Ya sabrás, por mi abuelo, que me fui de aquí hace unos diez años, a correr aventuras. Hice la guerra, y al terminar, ingresé en el F.B.I., siendo al poco destinado a servicios en el extranjero, en conexión con el Servicio Secreto. Claro está, yo no podía contarle eso a mi abuelo, pues lo hubiera divulgado enseguida. Así, le hice creer que andaba corriendo aventuras por mi cuenta.

»Hace dos semanas obtuve por primera vez en varios años tres meses de licencia, y decidí venir a ver al viejo, dándole una sorpresa. Por eso nada le comuniqué. Pero al decirlo a mis superiores, ellos se interesaron, y por primera vez supe de la existencia de Gaylord, al que se seguían infructuosamente los pasos

desde hace años, sospechándole metido en toda clase de negocios sucios. Mi jefe directo me pidió entonces que aprovechara las vacaciones para, haciéndome pasar por un inofensivo individuo, trabar contacto con Gaylord y averiguar lo que pudiera sobre él y sus verdaderas actividades. Confieso que lo prometí a desgana... Por lo mismo me entretuve una semana en Nueva York y Washington. Tal vez de haber llegado antes...

»Cuando me enteré de la muerte del abuelo y las circunstancias que la provocaron, pensé en el acto que Gaylord tenía algo que ver con aquello. Fue una simple corazonada. Luego, al llegar a la isla, me encontré a Olga y su gente, supe de labios de ella tu historia y comencé a desorientarme. Allí habían muchas más cosas de las que imaginaban mis jefes...

»Apenas oírles, supe que no eran peruanos. Y cuando descubrí la carta de mi abuelo hablándome del petróleo, de Rockett y de ti, me di cuenta de que estaba metido de cabeza en un asunto de enorme importancia, no solo como agente del Gobierno, sino particularmente. Pero mi cabeza era un lío de suposiciones sin respuesta lógica. Llegué a imaginar que habías sido asesinada por Olga y su gente, más esto no casaba, pues el jefe de policía de Laffite tendría que haberse dado cuenta de la suplantación.

»Luego pensé si él estaría comprado por Gaylord, y Olga sería también una cómplice de este en su sorda lucha contra Rockett por lo que me pertenece. Por eso vine a Nueva Orleans y me puse en contacto con Pratt. Él es uno de nuestros agentes en esta zona, así como su segundo. El negocio de contrabando resulta un excelente «camouflage». Así supe que mi aparición había desatado los acontecimientos, y se me ordenó regresar a los pantanos, averiguar cuanto me fuera posible de tu paradero y la verdadera conexión de la mujer que te suplantaba con Gaylord, entrar como fuese en casa de este y conseguir que se me retuviera allí por lo menos una noche. Tenía que estropear el sistema de alarma y abrir una de las ventanas para dar paso a los compañeros que llegarían en dos lanchas del servicio de guardacostas, a fin de que estos dominasen a la gente de Gaylord por sorpresa, apoderándose de cualquier documento comprometedor para este antes de que pudiera destruirlo. Por eso fui a su casa ayer mañana, en un aparente gesto poco premeditado.

»Pero allí me encontré contigo, y eso me forzó a cambiar todos mis planes. Creo que me enamoré de ti en el primer momento, aunque no lo supe hasta que te besé en el alféizar de la ventana. Como quiera que sea, enseguida decidí sacarte de la casa antes de que los tiros comenzaran. Además, la jactancia de Gaylord me

permitió anudar todos los cabos de aquella que parecía al principio insoluble y descabellada trampa. Si podía apoderarme del pectoral y de algún documento, sacándote de la casa, sobraría para hundirlo con nuestras declaraciones y aquello. La verdad es que estaba obrando fuera de mis instrucciones, pero tú estabas primero...

Se detuvo, inclinándose a besarla, y la muchacha le correspondió con pasión, inquirendo después:

—¿No te harán nada por haberme preferido a tus órdenes?

—No. Al fin y al cabo, todo salió bien. Y he solicitado mi baja del Cuerpo. A propósito. Atraparon a Olga cuando se disponía a escapar con su amante. Los dos están a buen recaudo. También Rockett, uno de cuyos hombres ha confesado que puso la serpiente dentro de la cabaña para asesinar a mi abuelo por orden de él. No va a salvarse de la silla, y creo que Gaylord tampoco. Casi todo su museo secreto se componía de cosas robadas, muchas veces con efusión de sangre. Y de su caja fuerte en la casa de los pantanos se han sacado pruebas más que suficientes para mandarlo quemar.

—¿Qué haremos nosotros ahora?

—Yo voy a ponerme al habla con la «Standard Oil». Esa gente siempre está al tanto, y parece que han averiguado algo, pues he recibido un cable pidiéndome una entrevista para tratar de negocios. Yo... —le tomó las manos, acariciándoselas, y la miró a los ojos— había pensado que podíamos hacer ese viaje juntos... después de casarnos. Aunque tal vez prefieras que nos casemos en tu país...

Isabel se arreboló ligeramente, entreabriendo los labios en una sonrisa dichosa, y le respondió queda:

—Creo que mejor será hacerlo en Lima, querido. Mis padres y el resto de mi familia querrán estar presentes en la ceremonia...

—Entonces lo haremos allí. Voy a preocuparme de sacar los pasajes y todo lo demás. El petróleo y la «Standard» pueden esperar. ¿Y la joya?

Ella sacó de su seno el hermoso pectoral de esmeraldas, que rutilaron con cegadores destellos. Pierre lo miró también.

—Ciertamente, es una magnífica joya, Isabel...

—Sí. Y continúa dándonos suerte a los Ojeda...

Se cruzaron sus miradas. Y lentamente se juntaron sus bocas, mientras el pectoral caía de las manos en el regazo de la joven y ambos se ceñían en un estrecho abrazo. Luego, con ella pegada y apelonada contra su pecho, acariciándole mimosa y feliz, Pierre Vallon la besó en las mejillas, en el pelo, en los ojos... y le murmuró quedamente al oído, entre dos besos:

—También está trayendo la mayor y mejor de las suertes para

FIN

*¡El pánico cunde entre
los habitantes de Los
Ángeles!*

*¡Una banda misteriosa
siembra el terror y la
desolación!*

*¡La policía busca en va-
no una pista!*



Estos sucesos hábilmente enlazados, forman la trama argumental de

LAS RUBIAS MUEREN ASI

Un título apasionante que le entusiasmará, si usted es amante de las emociones fuertes.

LAS RUBIAS MUEREN ASI

El más trepidante relato surgido de la mente del famoso

KEITH LUER

que la siempre sensacional

COLECCION SERVICIO SECRETO

le ofrecerá la próxima semana.

¡No deje de adquirirlo!

Precio de venta: 5 ptas.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Proyecto, 2

BARCELONA

BOLSILIBROS BRUGUERA

ULTIMOS VOLUMENES PUBLICADOS

A 6 ptas.

COLECCION "BISONTE"
424 — R. C. Lindemall
LA MUERTE RONDA EL
VALLE

COLECCION "BUFALO"
121 — A. Rolcest
ESQUIVANDO LA TRAMPA

COLECCION "BONGO"
16 — Alar Benet
TRAFFICO DE ESCLAVOS

COLECCION "PANTERA"
53 — J. de Cárdenas
EL VAGABUNDO DEL
DESIERTO

COL. "SERVICIO SECRETO"
234 — Cliff Bradley
RONDA DE LADRONES

COLECCION "PRACTICA"
COMBINACIONES

A 6'50 ptas.

COLECCION "PIMPINELA"
432 — María Adela Durango
LA FRONTERA DEL OL-
VIDO

COLEC. "MADREPERLA"
273 — Isabel Irigaray
COMO DIOS MANDA

COLECCION "ROSAURA"
322 — May Carré
TRES CITAS

COLECCION "AMAPOLA"
209 — María del Carmen Roy
TIERRA DE PAZ

COLECCION "ALONDRA"
162 — José Luis de Marcenat
TU MAY

COLECCION "GAMBELIA"
102 — Corín Tellado
EL PASADO DE MAURI

COLECCION "ORQUIDEA"
72 — E. Aguilar de Rucker
LA GRAN AVENTURA DE
ELIZABETH

Las obras más selectas, los autores más populares,
la presentación más sugestiva, los hallará siempre
en las Colecciones de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Proyecto, 2 - Barcelona - Hipólito Irigoyen, 645 - Buenos Aires



*¡Un nuevo éxito de la
famosa*

COLECCION DAN

*que deleitará a mayo-
res y pequeños!*

Una serie que sin duda
se hará muy pronto
popular, es la dedica-
da a las aventuras del
audaz

VENDAVAL, EL CAPITAN INVENCIBLE

¡Luchas en los espacios interestelares! ¡Los más
sensacionales inventos del próximo siglo en manos
de seres creados por la imaginación! Y con ellos, el

VENDAVAL, EL CAPITAN INVENCIBLE

¡Un héroe del futuro que narra al mundo actual
sus más apasionantes aventuras!

En todos los quioscos y librerías, hallará los cua-
dernos ilustrados

Serie VENDAVAL, EL CAPITAN INVENCIBLE

Precio del ejemplar: 1'25 pts.

El primer cuaderno que acaba de aparecer, se titula

TINIEBLAS EN LA TIERRA

¡Exíjalo a su proveedor!

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Proyecto, 2

BARCELONA



*El éxito de las reuniones,
lo constituyen los*

COMBINADOS

*Pero, ¿sabe usted pre-
pararlos convenientemente?*

Muchas veces habrás deseado saborear un "Martini"
o un "fizz jingle", pero ninguna de sus amistades
han podido satisfacer su deseo por desconocer los
ingredientes que componen estas bebidas

¡No debe preocuparse más!

El nuevo volumen de la famosísima

COLECCION PRACTICA

resuelve por usted este problema. Leyendo

COMBINADOS

descubrirá la forma de preparar no solo las bebi-
das indicadas, sino también los más famosos cocktails

¡No olvide este título!

COLECCION PRACTICA

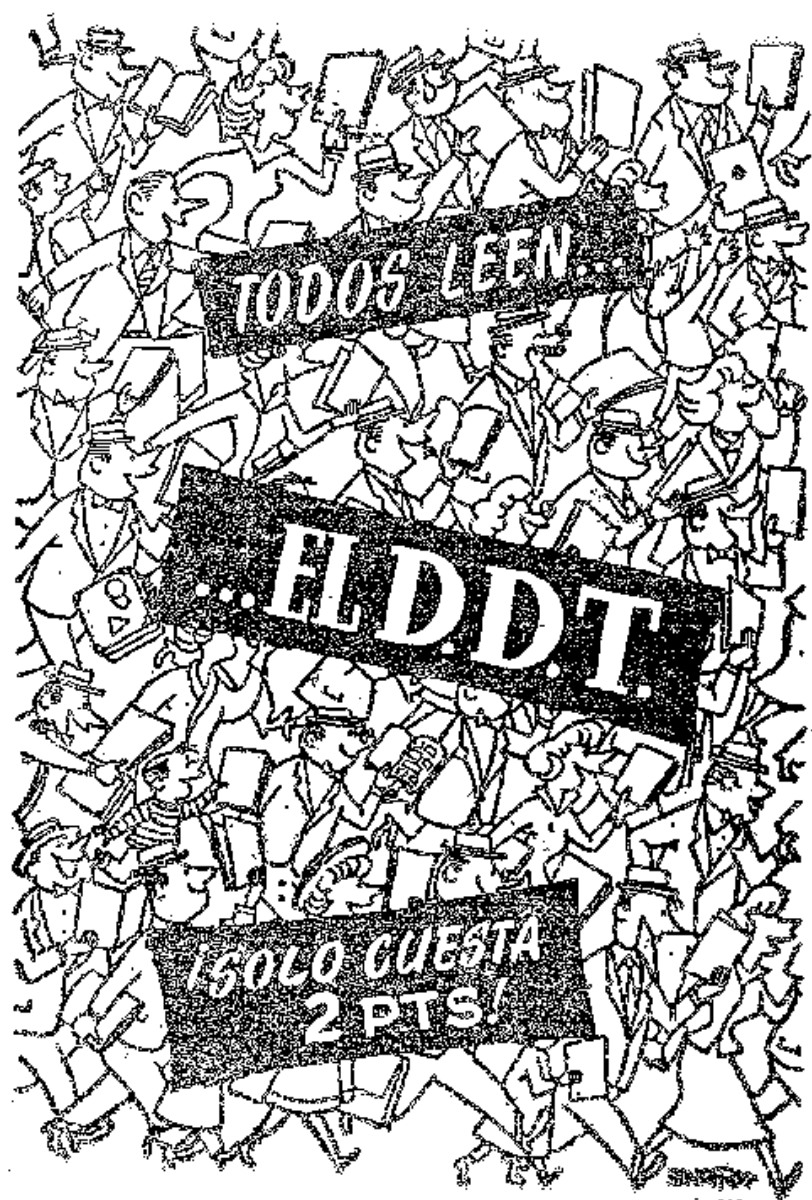
se lo ofrece esta misma semana

Precio de venta: 5 ptas.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Proyecto, 2

BARCELONA



¡UN LIBRO INOLVIDABLE!



NO SERAS UN EXTRAÑO

¡El mayor éxito literario de los últimos años en Estados Unidos!

¡La más sensacional película realizada últimamente en Hollywood!

NO SERAS UN EXTRAÑO

La obra cumbre de *Morton Thompson*, que ha permanecido durante 18 meses a la cabeza de los bestsellers norteamericanos

¡Una ocasión única para usted!

DE VENTA EN QUIOSCOS Y LIBRERÍAS

Precio: 100 ptas.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Proyecto, 2

BARCELONA



*Siempre ascendiendo en
su carrera de triun-
fos*

COLECCION HISTORIAS

*brinda a sus lectores un
nuevo título que une
a su autenticidad, la
emoción y el fervor
con que fué acogido en
el mundo entero*

EL MILAGRO DE FATIMA

Las apariciones de la Santísima Virgen a los tres
pastorcillos, las reacciones de cuantos presenciaron
el extraordinario acontecimiento y los hechos
accesorios, narrados minuciosamente por

ANNE SAINT-VARENT

forman el volumen número 11 de la famosísima

COLECCION HISTORIAS

¡La biblioteca de la juventud!

236 páginas y más de 250 ilustraciones perfecta-
mente compaginadas con el texto

*¡Un alarde de presentación que deleita a los pe-
queños y entusiasma a los mayores!*

Precio del ejemplar: 25 ptas.

EDITORIAL BRUGUEA, S. A.

Proyecto, 7

BARCELONA

LLUVIA DE ESTRELLAS



Myrna Hansen

N.º 207 Nació en Chicago el 5 de agosto de 1934 y su verdadero nombre es el de Myrna Hansen, que es el que emplea como actriz. Sus principales películas son "Obsesión", "El hombre sin estrellas" y "Francis en la armada".

Foto UNIVERSAL-INTERNATIONAL



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

PROYECTO, 2 - BARCELONA - (España)

(E

Precio en España: 5 ptas. Printed in Spain Precio en la Rep. Argentina: \$3'50 Argo: